

Karl
Rahner
Oraciones
de vida

KARL RAHNER

ORACIONES
DE VIDA

*Recopiladas por Albert Raffelt
Introducción de Karl Lehmann*

PUBLICACIONES CLARETIANAS
MADRID

Traducción castellana de la quinta edición de la obra
de Karl RAHNER *Gebete des Lebens*.

Introducción, por Karl Lehmann	7
Comienzo	13
I. ANTE DIOS	15
Ante Dios	17
Dios de mi vida	22
Dios del conocimiento	29
Dios de mis oraciones	35
Dios de la Ley	41
Dios de mi Señor Jesucristo	50
Alabanza de la creación	56
II. CON CRISTO	59
Cristo todo en todas las cosas	61
Oración de Nochebuena	63
Meditación de la Pasión	64
Las siete palabras de Jesús	66
El presente de Jesús y de su vida	77
La presencia de la agonía de Jesús en Getse- maní	82
La presencia de la agonía de Jesús en nos- otros	88
Ascensión y presencia del Señor	94
Seguimiento de Cristo	95

© Publicaciones Claretianas, 1986

Juan Alvarez Mendizábal, 65 dupl., 1.º
28008 MADRID - Teléf. (91) 241 31 65

© Verlag Herder Freiburg im Breisgau, 1984

ISBN: 84-86425-15-8
Depósito Legal: M. 35.868-1986

Seguimiento en el amor al prójimo	98
La palabra de Dios, como promesa para mí ..	99
Encuentro con Jesús	101
III. EN EL ESPÍRITU SANTO	103
Espíritu Santo	105
Liberado por Dios	108
Dios de mi vida cotidiana	109
Vivir por la gracia	115
Oración para pedir la esperanza	119
Oración de mi apostolado	124
Dios de mis hermanos	131
Miseria y pecado	137
Por la Iglesia	140
Hacia el sacerdocio	143
Oración de un candidato en la víspera de su ordenación sacerdotal	146
Oración para implorar el verdadero espíritu del sacerdocio de Cristo	154
El Sacramento del altar	158
Eucaristía y vida cotidiana	161
Oración de un laico	162
Para pedir la justicia y la fraternidad	164
Oración por la paz	167
Oración por los que se dedican a una actividad creadora en el campo del espíritu	171
María	175
Oración a Santo Tomás de Aquino	179
Dios de los vivos	181
Dios que ha de venir	187
Entre la gracia y el juicio	194
Resurrección de los muertos	197
Bendición final	201
Oración por la unidad de los cristianos	204
Conclusión	207
Epílogo del editor	209

Un tema importante de la teología actual es el distanciamiento que existe entre sus métodos científicos y la espiritualidad de la fe cristiana. Hans Urs von Balthasar, en un famoso artículo del año 1948, que conserva todavía hoy todo su valor, puso de manifiesto la separación que se inicia en la Alta Edad Media y se pronunció a favor de una nueva unidad. La dogmática tradicional aparecía como huesos sin carne, mientras que la literatura ascético-espiritual se les antojaba a muchos como carne sin huesos. Una y otra vez, sin embargo, se ha ensayado por diversas partes el superar esta escisión. Basta pensar en los programas de la teología «arrodillada», de la teología «orante» y de la teología «kerigmática» (o de la predicación), tal como se proyectó en los años treinta y cuarenta.

Entretanto, han surgido nuevos desarrollos que han conducido a otra forma de la teología sistemática. El influjo, por ejemplo, del pensar dialógico-personalista y de la filosofía existencial, así como la visión bíblica e histórico-salvífica, han llevado a la superación entre espíritu y vida, razón teórica y práctica. Naturalmente, entran también en juego una serie de razo-

nes que ayudaron a superar la distancia entre idea y existencia, como el movimiento litúrgico, la renovación que arranca de las fuentes de la Sagrada Escritura y Santos Padres, el retorno a la figura originaria de los grandes santos y fundadores de órdenes religiosas.

Karl Rahner es —junto con otros teólogos— uno de los pioneros que no se dieron por satisfechos con aquella teología tradicional tan ajena a la vida. A pesar de la proximidad material en Innsbruck, Rahner no se unió a los esfuerzos de sus compañeros de Congregación a favor de una teología kerigmática. Su gran talento filosófico no le permitía resignarse con esta declaración de bancarrota de la fuerza especulativa de la razón creyente. La auténtica espiritualidad de San Ignacio de Loyola, que le proporcionó especialmente su hermano Hugo, y el estudio de la teología patristica le sugerían igualmente otros caminos. Los libros *Rechenschaft des Glaubens (Apología de la fe)* y *Praxis des Glaubens (Práctica de la fe)* —véase el epílogo del editor de este libro— ofrecen testimonios de una nueva visión de la teología, que también se puede descubrir en E. Krebs, K. Adam, G. Söhngen, E. Przywara, H. U. von Balthasar, H. de Lubac e Y. Congar.

Puntos neurálgicos en la relación entre teología y espiritualidad son la doctrina sobre la oración y la práctica de la oración. Los grandes teólogos fueron también con frecuencia maestros de oración. Nombres como Agustín, Tomás de Aquino y Buenaventura lo demuestran suficientemente. Y lo mismo cabe decir si nos fijamos en Martín Lutero, K. Barth y Dietrich Bonhoeffer. Por eso pareció útil examinar a esta luz la obra de K. Rahner. Las afirmaciones más importantes para una teología de la oración han sido ya puestas al alcance de los lectores en las dos obras cita-

das. Por eso este tercer volumen se ha podido concentrar en modelos de oraciones.

Ya sus primeros años de escritor muestran que la oración nunca fue para K. Rahner un tema secundario. «¿Por qué es necesario orar?», reza el título de su primer artículo, escrito hace sesenta años, cuando él no contaba más de veinte. Junto con sus obras filosóficas de altos vuelos *Espíritu en el mundo* y *Oyente de la palabra* están las oraciones que proceden de su profunda experiencia religiosa: *Palabras al silencio*, el primero de todos sus libros. En 1949 publicó K. Rahner, bajo el pseudónimo de A. Trescher (el apellido de su madre) una serie de meditaciones, *Heilige Stunde und Passionsandacht*, de marcado carácter personal, cuya segunda parte puede verse hoy en el opúsculo *Worte vom Kreuz*. Es bien comprensible su miedo a publicar oraciones compuestas por él mismo que revelan su interioridad. Pero, de hecho, una y otra vez se publicaron algunos de estos testimonios. Con frecuencia los Ejercicios del Fundador son el origen de otros textos posteriores: *Oraciones para el retiro* (junto con su hermano Hugo), *Meditaciones sobre el libro de Ejercicios de San Ignacio* y *Siervos de Cristo*. A éstos hay que añadir retiros para estudiantes, predicaciones de adviento, charlas radiofónicas y meditaciones para diversos círculos de oyentes. Así surgieron en los años setenta toda una serie de textos de oraciones de K. Rahner difícilmente asequibles al gran público.

Karl Rahner tiene un concepto amplio de oración. Toda experiencia de lo alegre o de lo tremendo apunta más allá de sí misma, hacia el país de la esperanza ilimitada, donde mora Dios. A uno que le preguntó: «¿Hace usted oración?», contesta: «Pienso que sí. Mire usted, cuando en mi vida, en las horas grandes y pequeñas, siento cómo me acerco a la frontera del mis-

terio inefable, santo, amoroso que llamamos Dios; cuando me introduzco, por así decir, en este misterio, confiando, esperando y amando; cuando yo acepto este misterio, entonces oro. Y yo espero que así lo hago». Orar es, por consiguiente, un múltiple testimonio de la fe que se traduce en lenguaje.

De este modo hallará el lector en la presente colección muchas oraciones que proceden de situaciones concretas y revelan palabras vividas: Oración de un candidato en la víspera de su ordenación sacerdotal, oraciones comunitarias para actos eucarísticos, oraciones con ocasión de una predicación mariana en el mes de mayo, en Navidad, etc. Con gran penetración meditativa expone K. Rahner las siete palabras de Jesús en la Cruz. Reconoce también la importancia de las fórmulas tradicionales de oración. Así recomienda en el año 1982, en una carta a un joven: «Por más absurdo que pueda parecer hoy, yo te recomiendo que intentes al menos rezar una vez el rosario tú solito. La sucesión tranquila de las mismas palabras pronunciadas reposadamente y una mirada a los misterios de la vida de Jesús que ellos evocan pueden muy bien crear en ti aquel silencio en el que permaneces ante Dios, si tienes paciencia, y procura ensayar lentamente este ejercicio».

Se incluyen además letanías y textos muy cortos, casi como oraciones jaculatorias. En el concepto de Karl Rahner de la oración no se trata, evidentemente, de textos literariamente bien compuestos. Por eso se encuentran en este libro testimonios de todas las fases de la obra rahneriana, que parecen más bien meditaciones y reflexiones personales. Las últimas oraciones, hasta ahora inéditas, demuestran que en este punto se puede llegar a un límite en el que tanto la vivencia personal como un fuerte carácter reflexivo pueden ser dominantes.

No debe extrañarnos que en el espacio de casi cincuenta años se haya cambiado el lenguaje religioso de Rahner. Se podría mostrar sin dificultad cómo, por ejemplo, los cambios de su pensamiento cristológico cristalizan en las diversas oraciones a Jesucristo. Los contrastes más extremados los puede descubrir el lector en la experiencia de la Iglesia de Rahner si compara el texto temprano de la oración «Dios de las leyes» con la oración casi colérica «Por la Iglesia», que procede de sus últimos años. De este modo las oraciones de Rahner marcan el camino seguido por él como cristiano, jesuita y teólogo. Tampoco debe olvidarse la variedad de su temática. Siempre son gritos desde lo profundo, a veces en voz baja y contenidos, pero siempre apasionados y sinceros. El precio por tales oraciones es elevado: no pocas veces es el lenguaje de un corazón herido. Quien publica oraciones sin pulirlas literariamente se convierte en un ser indefenso y vulnerable.

Esta colección de oraciones debe abrir al lector el corazón de la espiritualidad de K. Rahner, pero puede también hacerle descubrir la interna cercanía de la piedad y la teología según su pensamiento. La inabarcable bibliografía sobre K. Rahner —con pocas excepciones— apenas lo ha advertido. Pero sin esta dimensión se desconocería radicalmente la figura teológica de K. Rahner, «pues toda teología abstracta caería finalmente en el vacío si ella misma no se elevara desde las palabras sobre la realidad, para convertirse en oración, en la que podría hacerse realidad aquello de lo que sólo se había hablado». Este libro aspira, por consiguiente, a ser ante todo una guía para la oración.

Los lectores y amigos de Rahner han acogido este libro del gran teólogo con especial alegría e interés desacostumbrado. Si se piensa en las palabras arriba citadas de K. Rahner sobre el rango incomparable de la oración, entonces no es pura casualidad el que esta obra haya sido su último libro publicado en vida del autor, y debiera ser para nosotros un testamento apremiante que nos ha legado. Un hermoso complemento de esta tercera edición es el haber podido incluir una oración de las últimas semanas de su vida (para más detalles véase el epílogo del editor, p. 209).

Karl Lehmann

Morar en medio de la cercana incomprendibilidad de Dios, ser amado por Dios mismo de tal suerte que el primero y último don sea la misma infinitud e incomprendibilidad de Dios, esto es terrible y gozoso a la vez. Pero no nos queda otra opción. Dios está con nosotros.

I

ANTE DIOS

ANTE DIOS

Dios Todopoderoso y Santo, a ti quiero ir y a ti orar. Quiero confesarte a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo; quiero alabarte, bendecirte, adorarte. Quiero darte gracias por tu inmensa gloria.

¿Qué puedo decirte a ti, Dios mío? ¿Debo rebuscar todas las palabras que ensalzan tu santo Nombre, debo darte todos los nombres de esta tierra a ti, el Innominado? ¿Debo llamarte Dios de mi vida, sentido de mi vida; meta de mis caminos, patria de mi soledad, a ti que eres mi dicha más secreta? ¿Debo decir: Creador, Conservador, Santificador, Cercano, Lejano, Incomprensible, Dios de las flores y de las estrellas, Dios de la brisa y de las batallas terribles, Sabiduría, Poder, Fidelidad y Sinceridad, Eternidad e Inmensidad, a ti, que eres misericordioso, justo, amor?

¿Qué puedo decirte, ¡oh Dios mío!» ¿Debo quejarme ante ti porque estás tan lejos de mí, porque tu silencio es tan inquietante y prolongado, porque Tú eres demasiado indulgente conmigo y porque tus caminos, Señor, por los que tenemos que ir necesariamente —no Tú— son tan incomprensiblemente confusos e imprevisibles? Pero, ¿cómo quejarme de tu lejanía, cuando tu proximidad es igualmente in-

quietante; de tu indulgencia, cuando en ella sustentó mi vida pecadora; de la incomprensibilidad de tus caminos, cuando en realidad el desorden procede de mi mala y rebelde voluntad?

¿Qué decirte, oh Dios mío? ¿Debo consagrarme a ti? ¿Debo decir que te pertenezco con todo lo que soy y tengo? ¡Oh Dios mío!, ¿cómo puedo entregarme a ti, si tu gracia no me acepta? ¿Ponerme a tu servicio, si Tú no me llamas? Te doy gracias porque me has llamado. No obstante, tu servicio me resulta difícil. Pero mi corazón cobarde y abatido debe callar y no quejarse de tu servicio. Mi boca debe mentir contra mi corazón —que se quiere rebelar—, pues entonces es cuando dice tu verdad, que es más importante que la mía: Oh, sí, Señor, tu servicio es bueno, tu yugo ligero y tu carga suave. Te doy gracias por todo lo que Tú has querido de mí en mi vida. Bendito seas por el tiempo en que nací. Alabado por mis buenas horas y mis días amargos. Bendito seas por todo lo que me has negado. Señor, no despidas jamás de tu servicio a tu siervo rebelde y perezoso. Tú tienes poder sobre mi corazón. Tú tienes poder sobre mí mismo en aquella profundidad donde sólo yo puedo disponer de mí y de mi destino eterno. Tu gracia es la gracia de eterno poder. Dios sabio, misericordioso, amoroso: no me rechaces lejos de tu rostro. Consérvame en tu servicio todos los días de mi vida. Pídemelo que quieras, pero dame lo que pidas. Aunque yo me canse en tu servicio, Tú no te cansas en tu paciencia conmigo. Tú vienes en mi ayuda, Tú me das la fuerza de comenzar siempre de nuevo, de esperar contra toda esperanza, de creer en la victoria, en tu victoria en mí en todas las derrotas, que son las mías.

¿Qué debo decirte, Dios mío, sino que soy un pecador? Pero esto lo sabes Tú mejor que yo, y yo no lo

creería ni lo reconocería si tu Palabra no se alzase contra mí. Señor, no te apartes de mí, porque soy un hombre pecador. ¿No es mejor esto que decir lo contrario? ¿En dónde podría yo refugiarme con mi debilidad, con mi dejadez, con mis ambigüedades e inseguridades aun en lo mejor que tengo, sino en ti? Dios de los pecadores, Dios de los pecadores comunes, cotidianos, cobardes, corrientes ¡Oh Dios!, mi pecado no es grandioso, es tan cotidiano, tan común, tan corriente que incluso puede pasar inadvertido. Naturalmente sólo en el caso de que no se fije en ti, el Santo por excelencia, y se olvide de que Tú deseas poseer con amor celoso nuestro corazón entero, indiviso, ardiente y dispuesto a todo. ¡Oh Dios!, ¿a dónde podría yo huir? Los grandes pecadores podrían saciarse tal vez durante algún tiempo en la grandeza demoníaca de su pecado. Pero qué hastío suscita mi miseria, mi apatía, la horrible mediocridad de mi «buena conciencia». Sólo Tú puedes soportar tal corazón, sólo Tú tienes aún para mí un amor paciente. Sólo Tú eres más grande que mi pobre corazón (1 Jn 3, 20). ¡Dios de los pecadores, oh Dios de los tibios, de los perezosos, ten misericordia de mí!

Mira, oh Dios, me presento ante tu rostro: Dios santo, Dios justo, Dios que eres la Verdad, la Fidelidad, la Sinceridad, la Justicia, la Bondad. Cuando vengo a tu presencia, debo postrarme en tierra ante ti como Moisés y hablarte como Pedro: «Apártate de mí, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8). Lo sé, sólo puedo una cosa: Ten compasión de mí. Estoy necesitado de tu misericordia, pues soy un pecador. Soy indigno de tu misericordia, pues soy un pecador. Pero tengo un deseo humilde de tu misericordia gratuita, pues no soy un perdido, sino un hombre de esta tierra, que siente todavía añoranza por los cielos de

tu bondad, que con lágrimas de alegría acepta gustoso y humilde el inefable regalo de tu misericordia.

Mírame, Señor, mira mi miseria. ¿A quién podría huir sino a ti? ¿Cómo podría soportarme si no supiera que Tú me soportas, si no tuviera la experiencia de que Tú eres bueno conmigo? Mira mi miseria; mira a tu siervo, el perezoso, el rebelde, el superficial. Mira mi mezquino corazón: sólo te da lo más necesario, no quiere derrocharse en tu amor. Mira mis oraciones: con qué desgana y mal humor te son tributadas. Y la mayor parte de las veces mi corazón se alegra cuando de hablar contigo puede pasar a otra cosa. Mira mi trabajo: es bueno y malo, forzado por la obligación de cada día, raras veces inspirado por el amor fiel a ti. Escucha mis palabras: rara vez son palabras de bondad y de amor desinteresado. Mira, ¡oh Dios!: Tú no ves un gran pecador, sólo uno pequeño. Sólo uno en quien hasta los pecados son pequeños, mezquinos, corrientes, cuyo corazón y voluntad, sentido y fuerza son, bajo todos los aspectos, pequeños, incluso en sus malas obras. Pero ¡oh Dios mío!, cuando lo pienso bien, siento un profundo espanto: esto que he tenido que confesar de mí, ¿no es precisamente la característica de los tibios? ¿Y no nos has dicho Tú que prefieres el frío al tibio? (Apoc 3, 16). ¿No es mi mediocridad una máscara tras la cual se oculta lo peor para que así permanezca inadvertido el corazón cobarde y egoísta, el corazón perezoso e insensible, el corazón que no conoce la magnanimidad y la anchura?

Ten compasión de mi pobre corazón, Tú, Dios de la magnanimidad, Dios del amor, Dios del feliz derroche. Concede a este pobre corazón marchito tu Santo Espíritu para que lo transforme. Arda tu Espíritu en mi corazón muerto y suscite en mí el temor ante tu juicio: ¡si al menos despertara! Que lo llene de temor y de temblor: ¡si al menos sacudiera la rigi-

dez cadavérica de los desesperados y de los resignados! Hazlo un corazón humilde y contrito: ¡si al menos se llenara del anhelo de tu santidad y de la confianza en el poder absoluto de tu gracia! Que tu Espíritu Santo visite mi corazón con el santo arrepentimiento, que es el principio de la vida divina. Que lo visite con la confianza en la fuerza invencible de tu asistencia, que hace los corazones animosos y prontos, alegres y valerosos en tu servicio. Sólo si Tú me concedes tu gracia podré experimentar que estoy necesitado de ella. Sólo el regalo de tu misericordia me hace reconocer y confesar que soy un pobre pecador. Sólo tu amor me da el ánimo de odiarme sin desesperarme.

Tú te has compadecido de mí, Dios Santo. Tu Hijo ha entregado su cuerpo por mí. Por eso puedo invocar tu misericordia. Él ha gustado la muerte, que es salario del pecado (Rom 6, 23). Por eso no tengo que desesperarme en las pecaminosas tinieblas de mi vida. Adoro el misterio que anuncia la muerte de Cristo hasta que vuelva. Por eso puedo estar seguro, cuando la debilidad de la carne o del pecado parecen aplastarme. Por el Crucificado todo ha cambiado: las tinieblas en luz, la muerte en vida, la soledad vacía en proximidad llena, la debilidad en fuerza. Por el Sacramento en el que el Crucificado y resucitado cobra existencia para mí, yo te suplico, Padre eterno, yo, el pobre pecador, a ti, el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo: Ten piedad de mí, ¡oh Dios!, según tu gran misericordia. Y mi pobre corazón contrito cantará eternamente tu bondad. Amén.

DIOS DE MI VIDA

Contigo quiero hablar, y ¿de qué otra cosa puedo hablar sino de ti? Porque, ¿podría existir algo que no tuviera desde la eternidad su patria y último fundamento en ti, en tu espíritu y corazón? ¿Acaso no son siempre mis palabras una expresión que se refiere a ti? Pero cuando hablo contigo, de ti, queda y tímidamente, entonces percibes Tú otra vez una palabra sobre mí mismo, sobre aquel que, sin embargo, quiere hablar de ti. Porque, ¿qué podría decir de ti, sino que Tú eres mi Dios, Dios de mi principio y fin, Dios de mi alegría y de mi inteligencia, Dios de mi vida?

Sí, incluso cuando te reconozco como aquel que no necesita de mí, que se encuentra lejos y elevado sobre todos los valles por los cuales se arrastran los caminos de mi vida, entonces nuevamente te he llamado el Dios de mi vida. Porque ¿serías Tú el Dios de mi vida si no fueras algo más que el Dios de mi vida?

Aunque te alabo, Padre, Hijo, Espíritu, aunque reconozco el misterio tres veces santo de tu vida —que eternamente está tan escondido en los abismos de tu infinitud que no deja huella alguna tras sí en tu creación que pudiéramos descubrir por nosotros mismos—, aunque me hubieras Tú revelado este misterio de tu

vida, ¿podría yo reconocerte y llamarte a ti Padre, a ti Verbo eterno del corazón eterno y a ti Espíritu del Padre y del Hijo, si tu vida no se hubiera convertido por la gracia en mi vida, si Tú no fueras por la gracia, y en tu misma Trinidad, el Dios de mi vida?

¡Dios de mi vida! Pero ¿qué es lo que digo en realidad cuando te llamo mi Dios, el Dios de mi vida? ¿Sentido de mi vida? ¿Meta de mis caminos? ¿Consagración de mis obras? ¿Juicio de mis pecados? ¿La amargura de mis horas amargas y mi más recóndita dicha? ¿Mi fuerza, que bate a mi fuerza llena de desmayo? ¿Creador, conservador, dador de la gracia, cercano y lejano? ¿Incomprensible? ¿Dios de mis hermanos? ¿Dios de mis padres? ¿Hay nombres que no debiera darte? Pero ¿qué he dicho si te los he aplicado todos? Si, manteniéndome a la orilla de tu infinitud, hubiera gritado hacia las lejanías sin caminos de tu ser, juntas todas las palabras que he recogido en la pobre angostura de mi finitud, nunca te hubiera yo acabado de decir.

Pero, ante todo, ¿por qué comienzo a hablarte de ti? ¿Por qué me atormentas con tu infinitud si nunca la alcanzo a medir? ¿Por qué me fuerzas a seguir tus caminos si solamente conducen a la oscura inhospitalidad de la noche que es luz para ti mismo? Solamente lo finito y palpable está verdadera y asequiblemente cerca para nosotros. ¿Puedes Tú ser verdadera y cercana realidad si yo te reconozco como el infinito? ¿Por qué has grabado a fuego tu señal en mi alma, con el bautismo? ¿Por qué has encendido en mí la luz de la fe, esta luz oscura que nos atrae desde la clara seguridad de nuestras chozas a tu noche? ¿Por qué me has hecho sacerdote tuyo? ¿Un hombre cuyo oficio es estar a tu lado para servir a los hombres y en quien, sin embargo, no encontramos el aliento de nuestra finitud?

Mira, Señor, esa inmensa multitud de hombres —perdóname si me atrevo a juzgar de ellos—, pero, ¿piensan frecuentemente en ti? ¿Eres Tú lo primero y lo último que mantiene en inquietud su espíritu y corazón? ¿No se orientan tan bien sin ti en este mundo, en el cual se las arreglan y donde saben con qué deben contar? ¿Eres Tú para ellos en esta vocación suya algo más que aquel que debe procurar que este mundo permanezca en sus veredas, de tal suerte que no necesiten de ti? Dilo Tú mismo, si es verdad lo que yo decía de los hombres —¿quién conoce el corazón de otro hombre, donde, no yo, sino Tú sólo, me comprendes a mí mismo?—. He pensado en los otros —Tú lo sabes, Tú me miras en lo más profundo del corazón, escondido, a quien nada se esconde—, porque muchas veces se levanta un deseo secreto en mi corazón de ser así, como estos otros se me presentan.

Señor, ¡cuán perplejo se halla mi espíritu cuando te hablo de ti! ¿Cómo te puedo nombrar en otra forma que el Dios de mi vida? Pero ¿qué he dicho con ello si ningún hombre es adecuado para ti? Y por esto, una y otra vez, estoy tentado a alejarme de ti a escondidas, hacia los objetos que son más comprensibles que Tú, que son más hospitalarios a mi corazón que tu inhospitalidad.

Mas ¿a qué otra parte deberé ir? Si fuera un hogar para mí la estrechez de la cabaña, con sus pequeñas y familiares chucherías; si lo fuera la vida terrena, con sus grandes alegrías y dolores, ¿no estaría todo ello circundado por tus lejanas infinitudes? ¿Me sería patria la tierra si tu lejano cielo no estuviera sobre ella? Sí, incluso si me quisiera conformar con aquello que muchos proclaman hoy día como el sentido de su vida, aunque yo, con obstinada decisión, quisiera reco-

nocer mi limitación y atenerme solamente a ella, tan sólo podría reconocer esta finitud con ánimo despierto y tomarla sobre mí como mi destino único, porque siempre he mirado de antemano más allá, a las lejanías sin fronteras, en cuyos horizontes desvanecidos comienzan las ilimitaciones de tu vida. Porque toda mi limitación se sumergiría en su propia, embotada estrechez, oculta a sí misma, y no podría convertirse en un dolor anhelante, ni en una resignación decidida, si es que el espíritu consciente no se hubiera ya impulsado sobre su propia limitación hacia las lejanías silenciosas que Tú, la infinitud muda, llenas. De modo que ¿hacia dónde he de huir de ti cuando toda la nostalgia por la infinitud y todo reconocimiento de mi finitud te encuentra a ti?

Por eso, ¿qué otra cosa tengo que decir de ti sino que eres aquel sin el cual yo no puedo ser, que Tú eres la ilimitación, en la cual sólo yo, hombre de lo finito, debo vivir? Y cuando digo esto de ti, entonces me he dado mi nombre verdadero, que siempre repito en el salmo de David: «Soy todo tuyo». Soy aquel que no se pertenece a sí mismo, sino a ti. No sé más de mí ni más de ti —Tú—, Dios de mi vida, infinitud de mi finitud.

¿Qué me has hecho, cómo me has creado para que yo sólo sepa de ti y de mí que eres el eterno misterio de mi vida? ¡Señor, qué enigma tan terrible es el hombre: él te pertenece, y Tú eres el incomprendible! Incomprendible en tu esencia y más incomprendible todavía en tus caminos y tus juicios. Pues si todo tu proceder conmigo es una actuación de tu libertad, es tu gracia gratuita que no conoce ningún porqué; si mi creación y toda mi vida se deben a tu libre decisión, si todos mis caminos son en el fondo tus mismos caminos, inescrutables; si ninguna razón de mi espí-

ritu puede penetrar en ti, en ese caso sigues siendo el incomprendible, aunque te contemple cara a cara. Pero si Tú no fueras el incomprendible estarías sometido a mí, porque yo te habría comprendido y asido, me pertenecerías, y no yo a ti. Pero sería el mismo infierno, sería el destino de los condenados que yo, limitado, con mi ser comprendido, me perteneciera a mí mismo, que me viera obligado a dar vueltas en la cárcel de mi finitud.

Pero, ¿puedes ser Tú mi patria, Tú el que me libertas de los muros de la prisión de mi estrecha finitud: o solamente eres otro nuevo tormento de mi vida cuando me abres la puerta que conduce a tus lejanías? ¿Eres algo más que mi gran insuficiencia, cuando todo mi conocimiento solamente lleva a tus incomprendibles atributos? ¿Eres tan sólo la eterna inquietud para el espíritu sin sosiego? ¿Acaso todas las preguntas deben callar sin respuesta ante ti? ¿No eres por ventura sino el mudo «así-es», ante el cual se desmorona, impotente, toda voluntad de entender?

Te pregunto como necio. Perdóname. Me has dicho a través de tu Hijo que eres el Dios de mi amor. Me has mandado amarte. Con frecuencia tus mandamientos son difíciles, porque muchas veces mandas aquello cuyo contrario atrae más mi espíritu. Pero porque me mandas amarte, me mandas lo que sin tu orden no tendría ánimo de hacer: amarte, amarme a ti mismo muy íntimamente, amar tu propia vida, perderme a mí mismo dentro de ti, sabiendo que Tú me recoges dentro de tu corazón, que yo puedo hablarte a ti, el incomprendible misterio de mi vida, con tuteo cariñoso, porque Tú eres el amor mismo. Solamente en el amor te encuentro a ti, Dios mío. Allí se abren los portones de mi alma. Allí me puedo desasir y olvidar. Allí fluye todo mi ser por encima de

los rígidos muros de mi pequeñez y de mi temerosa autoafirmación, que me ha encerrado en mi propia pobreza y vaciedad. Todas las fuerzas de mi alma fluyen a tu encuentro y no quieren volverse atrás, sino perderse en ti, que eres, por el amor, el más íntimo centro de mi corazón y estás más cerca de mí que yo mismo.

Pero si yo te amo, si ceso de rondar desasosegadamente alrededor de mí mismo con mi tormento de preguntas y contemplo tu luz inaccesible, como con ojos ciegos, sobre todo cuando Tú mismo, incomprendible, te has vuelto el centro más profundo de mi propia vida mediante tal amor, entonces me he olvidado a mí mismo, y conmigo todas mis preguntas, en ti, Dios lleno de misterio. Tal amor te quiere como Tú eres. ¿Cómo podría quererte en otra forma aquel que precisamente te quiere a ti y no tu imagen en el propio espíritu; a ti sólo, con quien se unifica de tal modo que Tú mismo, no solamente tu imagen, perteneces al amante en el instante preciso en que cesó de pertenecerse a sí propio?

El amor te quiere tal como eres, y como sabe que es bueno y que tiene razón y que no necesita de otro fundamento, así Tú le eres bueno y justo, y el amor te abraza sin necesidad de una explicación del por qué Tú eres así. Tu «ser-así» es su más alta bienaventuranza. Por esta bienaventuranza mi conocimiento no quiere forzarte ya a bajar hasta mí para arrancarte tu secreto eterno. Tu amor me arrebató hacia ti, dentro de ti. Cuando yo mismo me renuncié en el amor, eres Tú mi vida misma y tu incomprendibilidad ha quedado dejar absorbida en la unidad del amor. Alcanzar tal incomprendibilidad es bienaventuranza cuando uno tiene licencia para amarte.

Cuanto más lejos está entonces la infinitud de tu

ser de mi nada, tanto más provoca la audacia de mi amor. Cuanto más íntegra es la dependencia de mi problemático ser de tus designios inescrutables, tanto más incondicional debe ser la feliz confianza de mi ser en ti, Dios amado. Cuanto más exterminadora es la incomprendibilidad de tus caminos y juicios, tanto más grande debe ser la santa obstinación de mi amor, la cual es tanto más grande y dichosa cuanto menos te abarca mi pobre espíritu.

¡Dios de mi vida! ¡Incomprensible! Sé mi vida.
¡Dios de mi fe, fe que me conduce a tu oscuridad en dulce luz de mi vida! ¡Sé Tú el Dios de mi esperanza, que consiste en que Tú seas el Dios de mi vida, que es el eterno amor!

DIOS DEL CONOCIMIENTO

¡Cuántas cosas no he dejado desfilas a través de mi espíritu, cuántas cosas pensadas y aprendidas, Dios mío! No como si ahora supiera lo que he aprendido. Aprendí muchas cosas porque me obligaron o porque yo mismo quise; pero el resultado final en ambos casos es el mismo: lo he olvidado. Olvidado, porque el pobre, el estrecho de espíritu no puede tomar y retener una cosa si no deja sumergir la otra. Olvidado, porque quizá en el mismo aprendizaje una secreta indiferencia me impide que un nuevo conocimiento se convierta en algo más que en un nuevo objeto de aburrimiento y de olvido. De todos modos, he aprendido la mayoría de las cosas para olvidarlas de nuevo y para hacer que la experiencia de mi pobreza, flaqueza y limitación exista también en el campo del saber. Sí, este «para» no es una falta de lenguaje que los gramáticos o los lógicos pudieran subrayar con rojo.

Porque, mira, Señor, si el olvidar y dejar sumergir sólo fuera un triste malogro, pero no el justo fin de todo mi saber y de toda mi ciencia, debería yo desear saber todo lo que alguna vez he aprendido. Pero no, me da miedo este pensamiento: yo sabría todo lo que aprendí en las numerosas materias de la escuela y lo

que oí y repasé en la Universidad; todavía sabría yo lo que he oído en conversaciones baladíes, lo que he visto en países extraños y contemplado en los museos. ¿Qué obtendría yo de todo ello si lo supiera? ¿Sería yo más rico o estaría más satisfecho? ¿Cómo debería guardar todo esto? ¿Debería yo tenerlo almacenado ordenadamente en el entendimiento y a disposición, para sacarlo cada vez que se necesite? Mas ¿para qué he de tener necesidad de todo eso? ¿Debería yo volver a vivir mi vida desde el comienzo o deberían, en el mejor de los casos, todos estos conocimientos estar ante mi espíritu en un solo momento?

Pero, ¿qué podría ayudarme el tener conciencia de todo este enjambre confuso e inabarcable de objetos sabidos y adquiridos alguna vez? Dios mío, olvidar es bueno. Y el aspecto más favorable de la mayoría de las cosas que alguna vez supe es que puede uno dejarlas sumergir otra vez, que estas cosas y el conocimiento que de ellas tenemos nos revelan su pobreza interna.

Dios mío, se dice —¿puedo contradecirlo?— que el conocimiento pertenece a lo más elevado del hombre y a los hechos más característicos de su vida. Tú mismo recibes el nombre: «Señor de toda ciencia». ¿Qué debo responder a ello? ¿No está en contra la experiencia de aquel tu viejo sabio?:

Di, pues, mi mente a conocer la sabiduría y a entender la locura y los desvaríos, y vi que también esto es apacentarse de viento, porque donde hay mucha ciencia hay mucha molestia, y creciendo el saber, crece el dolor (Ecl 1, 17 y siguiente).

Se dice que el saber es el modo más íntimo de poseer y abrazar algo. Y a mí se me figura que el conocer apenas toca la superficie de las cosas, que no

penetra en mi corazón, en aquellas profundidades de mi ser en las cuales estoy verdaderamente. No es más, una y otra vez, que un nuevo anestésico para el aburrimiento y el hastío de mi corazón que tiene hambre de vida verdadera y verdadera posesión de los objetos, vida en la que las realidades mismas, no sólo sus conceptos o palabras, fluyan a mi corazón con melódico murmullo.

Ciertamente, Dios mío, el puro saber es nada, no produce otra cosa que el sufrimiento de la experiencia de que uno nunca puede convertir en vida propia la realidad. Sólo la experiencia de un amor que conoce permite a mi corazón llegar hasta el corazón mismo de las cosas. Solamente la experiencia me transforma a mí mismo. Solamente cuando yo estoy del todo en el asunto —y únicamente en el amor que conoce, no en el puro conocimiento, estaré del todo— es cuando el contacto con la realidad me transforma por completo, y sólo entonces tengo un «saber» que soy yo mismo y que no pasa meramente por el escenario de mi conciencia como sombra fugaz, sino que queda porque y como yo mismo me quedo. Solamente algo experimentado, vivido y sufrido es un saber que no sufre decepción, terminando en aburrimiento y olvido, sino que llena el corazón con sabiduría henchida de ciencia y de un amor experimentado. No lo excogitado, sino lo vivido y sufrido ha de llenar mi espíritu y corazón. Y todo el saber aprendido no es más que una pequeña ayuda para la experiencia de la vida, única que da sabiduría para salir al encuentro del mundo con espíritu despierto y preparado.

Gracias a tu misericordia, Dios infinito, yo te conozco no sólo con conceptos y palabras, sino que te he experimentado, vivido y sufrido. Porque la primera y última experiencia de mi vida eres Tú. Sí, Tú

mismo, realmente Tú mismo, no tu concepto, no el nombre que nosotros te dimos. Porque viniste sobre mí en el agua y en el espíritu del bautismo. Entonces nada había yo excogitado ni sofisticado sobre ti. Entonces callaba mi entendimiento con sus ruidosas argucias. Entonces, sin preguntarme, Tú mismo te convertiste en el destino de mi corazón. Tú me tomaste, no fui yo quien te «concibió» con mi entendimiento. Tú has transformado mi existencia desde sus últimas raíces y principios. Me hiciste partícipe de tu ser y vida y me regalaste a ti mismo, y no solamente una oscura noticia tuya en palabras de hombres.

Por eso no puedo olvidarte, porque ya te has constituido en el más íntimo centro de mi ser. Si tú vives en mí, como en realidad vives, transmigran en mi espíritu no solamente palabras vacías y ayunas de toda realidad, que sólo turban mi corazón con su multiplicidad y atropellamiento y cansan mi espíritu. En el bautismo, Padre, has pronunciado tu palabra a través de mi ser, la palabra que estaba antes de todas las cosas, más real que ellas, en la cual toda realidad y vida encontró sostén. Esta palabra, solamente en la cual está la vida, en virtud de tu obra, Dios de la gracia, se hizo experiencia mía. Mi espíritu nunca se hastía de ella, porque es una y, sin embargo, infinita. Nunca se desmorona demasiado en mi espíritu de modo que pudiera hacerme aburrida, porque es eterna y conduce a mi espíritu encima del constante devenir y de la inconstancia a la paz quieta y llena de alegría de la posesión siempre vieja y siempre nueva de todo en uno.

Tu palabra y tu sabiduría están en mí no porque te conozco mediante mis conceptos, sino porque soy conocido por ti como hijo y amigo tuyo. Esta palabra, que, naciendo consustancial contigo de tu corazón,

fue dirigida a mi corazón, requiere todavía una explicación mediante una palabra exterior, que se recoge en la fe mediante el oído. Todavía tu palabra viva me es oscura, todavía repercute desde las últimas profundidades en mi corazón, a las que tú la has dirigido. Apenas quedamente y como en eco lejano va a los planos superiores de mi vida consciente, donde mi saber se ensancha, ese saber que produce enfado y molestias espirituales, y nada más que la amarga experiencia de que esa ciencia se olvidará y merece olvidarse, porque por sí misma nunca será unidad y vida. Y, sin embargo, detrás de toda esta pena y molestia espiritual, ya desde ahora otro «conocimiento» es una realidad plena de gracia para mí: tu palabra y tu eterna luz.

Crece en mí. Irrádiate dentro de mí siempre más. Ilumínate, luz eterna, dulce luz del alma. Resuena en mí siempre más perceptiblemente, palabra del Padre, palabra del amor, Jesús. Nos dijiste que nos revelaste todo lo que habías oído del Padre. Tu palabra es verdad porque lo que oíste del Padre eres Tú mismo. Y Tú eres mío, Tú, palabra que está por encima de todas las palabras humanas; Tú, luz ante la cual toda luz terrena se torna noche. Sólo Tú debes alumbrarme. Sólo Tú hablarme. Todo lo demás que sé y aprendí no debe serme otra cosa que un guía hacia ti, algo que debe madurarme —por medio del dolor que me prepara, según la expresión de tu sabio— para conocerte cada vez mejor.

Y cuando ha logrado esto, entonces ella misma puede otra vez desvanecerse en el olvido. Entonces Tú serás la última palabra, la única que permanece y que jamás se olvida. Entonces, cuando todo calle en la muerte y yo haya aprendido y sufrido todo, entonces comenzará el gran silencio, dentro del cual sólo

Tú resuenas, Tú, palabra por los siglos de los siglos. Entonces todas las palabras humanas se habrán embotado y el ser y la sabiduría, el conocimiento y la experiencia serán una misma cosa: «conoceré como soy conocido», entenderé lo que siempre me has dicho: a ti mismo. Ninguna palabra humana, ninguna imagen ni concepto volverán a interponerse entre Tú y yo. Tú mismo serás la palabra del júbilo, del amor y de la vida que llena todos los espacios de mi alma.

Así pues, sé desde ahora mi consuelo cuando toda ciencia, cuando tu misma revelación en palabras humanas no llena todavía el afán de mi corazón, cuando mi alma se cansa con las muchas palabras que empleamos para hablar de ti, y en las cuales, sin embargo, todavía no te poseemos a ti mismo. Sea que mis pensamientos resplandezcan en las horas tranquilas para volver a empalidescer en la rutina de cada día, sea que me vengan conocimientos para volver a sumergirse en el olvido; tu palabra vive en mí, aquella de la cual está escrito: «La palabra del Señor permanece eternamente». Tú mismo eres mi conocimiento, el cual es la luz y la vida.

Tú mismo eres mi conocimiento y experiencia, Tú, Dios de aquel conocimiento que es eterno y dicha sin fin.

DIOS DE MIS ORACIONES

De mis oraciones quiero hablarte, Señor. Y si otras veces me parece que te fijas poco en lo que mis oraciones quieren decirte, escucha siquiera esta vez mis palabras. ¡Señor Dios, no me admiro de que mis oraciones caigan al suelo tan lejos de ti! Si yo mismo muchas veces no escucho lo que estoy rezando. Mi oración muchas veces es para mí una mera «tarea», un «pensum» que cumplo y después de lo cual estoy contento porque ya lo he pasado. Y por eso en la oración estoy en mi «tarea», en lugar de estar orando contigo.

Sí, así es mi orar. Lo reconozco. Pero, Dios mío, no puedo casi lograr arrepentirme de esa mi oración que en realidad no lo es. ¿Cómo podría el hombre hablar contigo? Estás tan lejos y eres tan incomprensible. Cuando oro es como si todas mis palabras cayeran en una oscura sima, de la cual no regresa eco alguno que pudiera avisar que mis oraciones han dado con el fondo de tu corazón.

Señor, orar toda una vida, hablar sin recibir una respuesta, ¿no es demasiado para mí? ¿Comprendes que ando escapando de ti una y otra vez y que trato y hablo con hombres y objetos que me dan una respuesta? ¿O debo aceptar como palabra e iluminación

tuya la emoción que me llega cuando oro o la ocurrencia que me viene a propósito de la meditación? Dios mío, los devotos llegan aquí al instante. Pero se me hace muy difícil creer esto.

Una y otra vez me vuelvo a encontrar a mí mismo en todas estas experiencias y solamente oigo el vacío eco de mis propias llamadas. Y, sin embargo, yo quiero tu palabra, te quiero a ti mismo. Yo mismo y mis ocurrencias son a lo más útiles para otros, incluso cuando estas ocurrencias se refieren a ti, y las gentes las tienen a lo mejor como profundas. Me estremezco ante mis «profundidades», que son solamente la superficialidad de un hombre, y, por añadidura, muy vulgar. Una «interioridad» en la cual sólo se encuentra uno a sí mismo vacía el corazón mucho más que todas las disipaciones y perdiciones en el trajín del mundo. Únicamente me puedo soportar a mí mismo cuando me puedo olvidar mientras vivo en ti, habiendo salido de mí mismo por la oración. Pero ¿cómo he de poder hacer esto si Tú no te me muestras, si te quedas tan lejos? ¿Por qué guardas silencio? ¿Por qué me encargas hablarte si parece que no escuchas? Si estás mudo, ¿no es esto una señal de que no me haces caso?

¿O es que sí escuchas atentamente mi palabra, escuchas quizá durante toda mi vida hasta que he logrado expresarte todo mi ser, hasta que he manifestado toda mi vida? ¿Callas precisamente porque escuchas con tranquilidad y atención hasta que de veras he terminado, para decirme entonces tu palabra, la palabra de tu eternidad? ¿Entonces, finalmente, mediante la luminosa palabra de la vida eterna, con la cual Tú mismo quieres hablar al penetrar en mi corazón, cortarás el monólogo tan largo como la vida de un pobre hombre agobiado por la oscuridad de este

mundo? ¿Es mi vida, en el fondo, una sola breve jaculatoria —y todas mis oraciones son únicamente meras palabras humanas que sirven para expresarla—, y es tu eterna posesión tu eterna respuesta a ello? ¿Tu silencio, cuando oro, es acaso un hablar lleno de promesas infinitas? ¿Una palabra que es inconcebiblemente más trascendental que cualquier palabra hablada que Tú pudieras dirigir ahora a la finitud de mi estrecho corazón, que por ese mismo hecho se volvería tan pobre y pequeña como mi propio corazón?

Señor, seguramente es así. Pero si esto fuera tu respuesta a mi queja, en el caso de que quisieras hablar, te tengo preparada, a ti, mi Dios lejano, una nueva objeción que procede de un corazón mucho más afligido que por mi queja sobre tu silencio.

Si mi vida ha de ser una sola oración, y mi oración una parte de esa vida que orando se desliza ante tu acatamiento, entonces también debo estar facultado para llevar ante ti mi vida, y a mí mismo. Pero, mira, eso precisamente está más allá de mis fuerzas. Cuando oro es mi boca la que habla. Entonces mis pensamientos y mis resoluciones, si es que oro «bien», representan gustosas su papel, previamente ordenado y ensayado. Mas, en tal caso, ¿sería yo el mismo que ha orado?

Yo no debería orar palabras o pensamientos o resoluciones, sino a mí mismo. Aun mi buena voluntad pertenece todavía a la superficie de mi alma y es demasiado débil para penetrar en aquellos profundos estratos de mi experiencia donde soy yo mismo, donde las aguas escondidas de mi vida surgen y caen según ley peculiar. ¡Cuán poco poder tengo sobre mí mismo! ¿Te amo de veras cuando te quiero amar? El amor es un perderse a sí mismo dentro de ti, un adherirse a ti hasta la última profundidad del propio

ser. Pero ¿cómo debo orar amando, cuando la oración del amor debe ser la entrega del último fundamento de mi corazón, un abrir las más íntimas estancias de mi alma, si yo mismo no tengo el poder de abrir esta estancia que es la más íntima? Me hallo impotente y débil ante mi último misterio, que está sepultado, como una inmovilidad pesada y torpe, en fondos hasta los que no penetra mi libertad cotidiana.

Dios mío, yo sé que orar no tiene que ser forzosamente entusiasmo y arrobamiento, y puede, sin embargo, ponerme todo entero a tu merced y disposición, de modo que nada quede reservado para ti. Una oración que con derecho lleve tal nombre no tiene que ser alegre júbilo y el brillo de un regalarse a sí mismo sin preocupación. La oración puede ser como un sangrar interno, en el cual la sangre del corazón del hombre interior, entre congojas y dolores, se sumerge calladamente en su propia profundidad. Me parece bien si pudiera rezar de esta o de aquella manera con tal que en ello logre darte, orando, lo único que Tú quieres: no mis pensamientos, sentimientos y resoluciones, sino a mí mismo. Pero precisamente no puedo eso porque me soy extraño a mí mismo y no estoy en mí, debido a la cotidiana superficialidad de mi vida, a la cual soy empujado necesariamente. ¿Cómo puedo buscarte a ti, Dios mío, cómo entregarme a mí mismo a ti si no me he encontrado a mí mismo?

Ten misericordia de mí, Dios mío. Cuando huyo de la oración, no quiero huir de ti, sino de mí, de mi superficialidad. No quiero escaparme de tu infinitud y santidad, sino de la desolación del mercado vacío de mi alma, por el cual debo vagar cuando huyo del mundo y no puedo penetrar en el verdadero santuario de mi interior, en el cual sólo Tú deberías encontrarte y ser adorado. ¿No comprende tu misericor-

dia para conmigo que yo, excluido del lugar que Tú habitas y desterrado en la plaza que está frente a tu Iglesia, lleno esta plaza, por desgracia, con la agitación del mundo? Si al menos tu silencio elocuente no me recoge en tu interioridad, ¿no comprende tu misericordia que el vano ruido de ese trajín me es más dulce que la enconada quietud, único resultado de la silenciosa respuesta que en la oración quiero dar la mundo?

¿Qué debo hacer? Me has mandado orar, y ¿cómo había yo de creer que Tú me mandases algo que me fuera imposible realizar con tu gracia? Creo que me has encomendado orar y que con tu gracia también lo puedo. Pero entonces el orar que me exiges en el fondo solamente puede ser: esperar en ti, el silencioso estar preparado hasta que Tú, que siempre estás en el centro más íntimo de mi ser, me abras por dentro del portón, para que yo también entre en mí mismo, al recóndito santuario de mi vida, y allí —al menos una vez— vierta ante ti la copa que contiene la sangre de mi corazón.

Esa será la hora de mi amor. Si ésta llegará en una «oración» —lo que entiendo por oración en el lenguaje cotidiano— o en otra hora decisiva para la salvación de mi alma, o en mi muerte, advierta o no esta hora de mi vida, dure poco o mucho, todo esto sólo lo sabes Tú. Pero debo estar preparado y esperar para que cuando Tú abras el portón decisivo para mi vida —quizá lo hagas queda e inadvertidamente— no frustre yo, distraído con los objetos de este mundo, la entrada en mí y en ti. Entonces tendré en mis manos temblorosas mi propio ser, aquel algo sin nombre en el cual todavía se unifican todas mis fuerzas y propiedades como en su origen, y podré devolverte esta cosa sin nombre en el sacrificio del amor.

No sé si esta hora ya comenzó en mi vida, solamente sé que tendrá su fin definitivo en mi muerte. En esta hora bienaventurada y terrible de mi amor todavía guardarás silencio y me dejarás hablar a mí mismo. Los teólogos llaman tu silencio en estas horas de decisión «noche del alma» y aquellos que la han experimentado de ordinario son llamados «místicos» —una expresión bajo la cual las gentes se imaginan tantas cosas ridículas—, aquellos que han vivido esta hora de eterna decisión amorosa no como todos los hombres, sino que conjuntamente han podido contemplarse en ella a sí mismos.

Y después de la hora de mi amor, que está oculta en tu silencio, vendrá el día de tu amor: «visión beatífica». De modo que ahora, como todavía no sé cuándo vendrá mi hora y si no comenzó ya, debo aguardar en el vestíbulo que está ante tu santuario y el mío. Debo vaciarlo del ruido del mundo y debo soportar, con ayuda de tu gracia y de una fe pura, el amargo silencio y desolación que así nacen. Ese es el sentido más profundo de mis oraciones cotidianas. No lo que en ellas pienso, no lo que resuelvo y siento, no este «hacer» de mi pensar y querer superficiales, no es todo en sí mismo lo que te agrada en mi oración. Todo esto es un mandamiento y gracia tuya para que el alma se halle dispuesta para la hora en la cual le dé la posibilidad de orarse a sí misma en ti. ¡Dame, Dios de mis oraciones, la gracia de aguardarte orando!

DIOS DE LA LEY

En tu palabra se dice de ti, Dios mío, que eres espíritu. Y de tu santo Espíritu se dice que es el Dios de la libertad: «El Señor es espíritu, y donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor 3, 17). Y esta palabra no se dijo de ti en cuanto dominas libremente las latitudes ilimitadas de tu propia vida, sino en cuanto eres espíritu y vida nuestra. ¡Dios de la libertad, Dios nuestro! Mira, algunas veces casi podría parecerme que creemos esta palabra acerca de ti porque sabemos que estamos atados por tu ley sobre la fe, que te reconocemos como nuestro Dios de la libertad porque debemos hacerlo, pero no tanto porque la amplia y libre abundancia de tu vida llene nuestro corazón y tu efervescente espíritu, que sopla donde quiere, nos haya hecho libres.

¿Eres Tú en mi vida el espíritu de la libertad o el Dios de las leyes? ¿O eres ambas cosas? ¿O eres el Dios de la libertad a través de la ley? Las leyes que Tú mismo diste no son cadenas. Que tus mandamientos sean mandamientos de la libertad, es cierto. En su austera sobriedad e inapelabilidad me libran del torpe sumergirme en mi propia estrechez con su pobre y cobarde concupiscencia. Despiertan la libertad del

amor hacia ti. Son verdad porque ordenan poner arriba lo que está arriba y no levantar sobre el altar de la vida propia lo bajo. Y, porque son verdad, libertan estas leyes que Tú mismo diste en la nueva alianza —o has dejado expresamente, puesto que abrogaste la ley vieja cuando Cristo «nos ha hecho libres» (Gál 5, 1)—, y así no nos quedó otra cosa que «la ley de la libertad» (Sant 2, 12). Tus propios mandamientos podrán ser pesados, pero liberan.

Pero, Señor, ¿y las leyes que en tu nombre dieron los hombres? Permíteme, Dios de la libertad y de palabra verdadera, decir alguna vez francamente lo que pasa por mi corazón en horas de mal humor y de fastidio. Tú bondadosamente escuchas tales pensamientos. Señor, Tú abrogaste la vieja ley, «que ni nuestros padres ni nosotros fuimos capaces de soportar» (Hechos 15, 10). Pero pusiste autoridades en este mundo, temporales y, sobre todo, espirituales: y algunas veces se me figura que éstas diligentemente volvieron a llenar los resquicios en las vallas de las constituciones y disposiciones que tu espíritu de la libertad, en el huracán de pentecostés, había arrancado.

Ahí están los 2.414 artículos del derecho canónico, pero éstos propiamente tampoco son suficientes. Para alegría de los juristas, ¡cuántas «respuesta» no se han agregado todavía! Y aquel par de millares de decretos litúrgicos exigen también su observancia. Para alabarte en el breviario «en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones» (Ef 5, 19), necesito tener una «guía», un directorio, que cada año tiene que imprimirse de nuevo, ¡tan intrincado es este alabar a Dios! En el imperio del Espíritu Santo también hay un «diario oficial» e innumerables colecciones de actas, preguntas, respuestas, informes, decisiones, sentencias, citacio-

nes e instrucciones procedentes de muchas Congregaciones y Comisiones. Y ¡qué no saben los moralistas, cuando se trata de hacer preguntas mañosas hasta que todas las disposiciones de la autoridad están ordenadas y declaradas!

¡Y qué problema tan enormemente difícil se ha vuelto la distribución de indulgencias! Hace apenas poco tiempo han disputado doctos teólogos acerca de si un pobre enfermo debía besar el crucifijo de tu Hijo 14 y seis veces más, o menos, para obtener una indulgencia. ¡Cuántas cosas no han inventado y declarado con gran celo tus siervos y mayordomos, a quienes, durante el largo tiempo en el cual Tú permaneces de «viaje» en silenciosas lejanías de la eternidad, quisiste confiarles tu casa! Pero donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad, según dice tu palabra.

No quiero acusar a estos tus servidores inteligentes y fieles que tú constituiste sobre tu grey. Quiero reconocer, ante ti, en alabanza suya, que de ordinario no les toca el reproche que antaño tu Hijo hizo a los escribas y fariseos que están sentados en la cátedra de Moisés (Mt 23, 4): Han atado pesadas cargas que ellos mismos impusieron no solamente a los demás, sino también a sí mismos. Tu grey, Señor, los laicos propiamente, vista la cosa en conjunto, deben cargar tan sólo con tu dulce yugo y tu carga liviana, con la fe en tu palabra, con tu propio mandamiento que nos libera para amar y con la carga de la gracia que emana de tus sacramentos. Y si este yugo nos aprieta es únicamente porque somos débiles y nuestro corazón malo, de modo que no deberíamos quejarnos de tu yugo, sino de nosotros mismos. La carga de la cual ahora me quejo aquí, en el secreto de mi corazón, es, en primer lugar y a lo más, nuestra carga, la que tus sacerdotes

o, en resumidas cuentas, nosotros mismos nos hemos atado y echado a cuestras.

Pero, de todos modos, ¿no es una carga? ¿Es solamente tu libertad la que se nos representa a nosotros, hombres pequeños y mezquinos, ávidos de comodidad, como un lastre y una presión? ¿Es solamente la sobrecarga de tu gracia? Para esta pregunta ¿hay acaso una respuesta más clara e iluminadora que la de tu Hijo (Mt 23, 3): el que tus pequeños siervos deben hacer y observar todo lo que tus grandes siervos les han encomendado y que aquéllos, a los cuales les diste el poder de atar y desatar, algún día deben rendirte cuentas de si su atar fue en última instancia una liberación de sus hermanos hacia tu libertad?

Yo sé, y quiero fortificar mi corazón una y otra vez en la ciencia viviente, que tu libertad nunca puede conquistarse en la protesta contra las autoridades que de ti han recibido su poder. Su pesado poder solamente puede uno superarlo, llegando así a tu liviana libertad, cuando se obra rectamente, cuando lo convierte uno en tu «ayuda para bien» (Rom 13, 3 y s.). Si no me engaño a mí mismo, debo reconocer casi sin cesar que cuando su carga se me ha hecho gravosa no es porque se ofende tu santo espíritu de libertad, sino la vileza de mi comodidad, de mi obstinación, de mi egoísmo, porque en mi trato no tengo consideración ni quiero evitar el disgusto a aquel hermano, para el cual, sin embargo, se derramó la sangre de tu Hijo; porque tengo por permitido cuanto es limpio, porque tengo la ciencia que hincha, pero no la caridad que edifica (Rom 16, 13 y s.; 1 Cor 8, 1 y s.).

¿Y acaso no he declarado varias veces que las empalizadas y los límites no son obstáculos de tu libertad, porque realmente no son ora cosa que una defensa para la conservación de la libertad de amarte

y protección contra la ley que está en mis propios miembros? Mira, yo también he vuelto a experimentar que las leyes humanas de tu Iglesia se han convertido para mí en escuela de la voluntad y de la paciencia, del autodomínio y de la resignación, de la consideración y amor al prójimo, y que uno debe madurar en el deber y no en el «querer». Sí, ciertamente, no todo deber es violencia y no todo obrar gustosamente es por ello mismo alta moralidad y verdadera libertad. El querer consciente se encuentra también en niños irresponsables, pero el deber tomado conscientemente es un signo del hombre que ha llegado a la edad madura. Concédeme que no pertenezca yo siempre a la categoría de los niños irresponsables, los cuales en el juego quieren las cosas de un modo distinto al que deben ser.

Sé también que todas las pequeñas prescripciones y órdenes, ceremonias y costumbres, métodos y artificios que se me ordenan, o al menos se me recomiendan, podrían convertirse en la materialidad de mi amor, si es que tengo amor; que se me convertirán la mayoría de las veces en lastre muerto si yo mismo soy demasiado débil y sin vitalidad para darles a ellas la vida. Tu Iglesia, Dios mío, debe ser visible. Sólo así ella es «el depósito del Espíritu Santo», como la llamó alguna vez San Ireneo. Pero si ha de ser visible, si es que en ella tu Espíritu ha de ser más visible y palpable, entonces debe enseñarse en mandamientos y métodos, en el sí y en el no, en el aquí y en el ahora, en el así y no de otro modo. Y el que concibe todo esto en el corazón creyente y con vigoroso amor penetra por la angosta puerta de los mandamientos en la amplitud de tu espíritu.

Te he dicho ahora muchas cosas, Dios mío, para mostrarte la buena y dispuesta voluntad que tengo

respecto a los numerosos mandamientos y las muchas más prohibiciones de los superiores espirituales que Tú me has impuesto. Quiero guardar todo lo que has ordenado. Y seguramente se me convertirá en bendición. Pero Tú mismo —¿eres Tú el Dios de las leyes?—, ciertamente, Tú quieres que las cumpla. No hay duda. Claro que contribuyen también a la comprensión de tu voluntad muchas cosas que los moralistas escriben al comienzo de sus libros sobre la interpretación, sobre las excusas y la equidad de los cánones, para volverse a olvidar de ellas más adelante, al adentrarse en el tratado. Pero ¿eres Tú el Dios de las leyes? Se me hace difícil poner en claro para mí mismo lo que quiero decir con esta pregunta.

Mira, en los mandamientos que Tú mismo diste casi estás en contra de ti mismo: has hecho su contenido, mandamiento tuyo, porque ya con anterioridad ese contenido era la expresión de tu santa bondad, porque se vuelve uno desemejante a ti cuando no ama lo que Tú mandas.

En cambio, no sucede así en las leyes que proceden de autoridades humanas. El corte del traje clerical no tiene en sí nada que ver con tu santidad: puede uno servirte como sacerdote, véngale corta o larga la sotana. Tú no estás en esto, o mejor, estás en esto y en su contrario a la vez, de un modo igual. Así que, ¿por qué debo buscarte precisamente en este modo si también te puedo encontrar en aquel otro? Nada más que porque los poderes por ti establecidos así lo determinaron? Sí, indudablemente. Pero entonces, ¿por qué han de mandar éstos en esta forma? ¿Por qué toda la extensa zona de lo posible solamente puede llegar a existir en la realidad por una elección arbitrariamente limitada y porque de otra manera se engendrará desorden y anarquía si tocara a cada uno

la elección según su propio talante? Sí, ciertamente, con frecuencia ése será el motivo. Pero, ¿siempre y en cada caso? ¿No podrían concebirse todas las leyes y prescripciones en tu reino, como en un estado, como reglas de tráfico para el orden y la unidad, o como concretización de tu propia voluntad? Si todas las leyes fueran de esta especie no serían ninguna carga para la libertad personal e interna, como tampoco nadie se puede sentir seriamente coartado por las leyes o a las reglas del tráfico.

Pero, ¿qué hay de las otras, las que no son solamente expresión concreta de tu propia ley ni tampoco regulan las solas relaciones exteriores de los hombres entre sí, sino que me atañen a mí en mi interior, en mi ser personal y en su libertad? No te pregunto si debo observarlas porque eso está claro, sino cómo puedo guardarlas en tal forma que pueda yo encontrarte en la libertad. Me piden mi interior porque determinan sobre él y, sin embargo, no están tan llenas de ti mismo como tus mandamientos, de modo que mi sumisión a ellas resulte sin más mi entrega a ti. Me he convencido, de tanto observar, que quien no cuida de lo último se convertirá en un cumplidor exterior e indiferente del precepto, en un «legalista» o en un timorato sin libertad, adorador de una letra, un hombre que cree haber llenado toda la justicia en el cumplimiento de la prescripción humana, aquel que confunde el tipo de imprenta contigo mismo. No quiero ser legalista ni servidor de los hombres, ningún esclavo de la letra. Y, no obstante, debo cumplir el mandamiento de la autoridad humana. De corazón quiero observar las leyes y, sin embargo, no puedo entregar mi corazón a tales leyes; mi hombre interior debe obedecerlas, pero no debe ser siervo de los hombres.

Así que debo mirarte a ti mismo directamente si le

rindo obediencia a una ley de esa índole. Por eso solamente a ti se dirige la adoración. A ti sólo, sin intermediario. No al objeto mismo que se me exige, ni siquiera al objeto como necesario reflejo de tu ser. Precisamente porque nada hay en tal objeto en que pudiera regalarse mi corazón, puede una obediencia como ésa ser la expresión clara de que te busco a ti mismo y sólo a ti. Por eso, o te encuentro solamente a ti, o no te encuentro de ningún modo en semejante ley humana, según la guarde por puro amor a ti o no.

Todavía se te puede encontrar en tus propios mandamientos, aun cuando uno los guarde sin querer amarte en ellos, porque su contenido es la expresión necesaria de la santidad de tu ser. Al guardar las leyes de la autoridad humana, nada se encuentra sino voluntad humana que quita la libertad, si en ello no te ama uno a ti. Si las cumplo como prueba de adhesión a tu amada voluntad libre, la cual dispone de mí según su beneplácito, entonces te encuentro a ti mismo y todo mi ser fluye hacia ti dentro de ti, hacia tus latitudes llenas de libertad, y no ya a las estrecheces de los mandatos humanos. Tú solamente eres mi Dios, en cuanto Dios de las leyes humanas, si eres el Dios de mi amor.

Dame un corazón dispuesto a llevar la carga de los mandamientos de la autoridad de tal modo que este trabajo sea ejercicio de renunciamiento de mí mismo, de paciencia y de fidelidad. Dame tu amor, el único que es libertad verdadera, amor sin el cual toda obediencia ante los hombres es exterioridad o servidumbre. Dame un corazón pleno de santo temor ante toda disposición legal y ante la libertad de tus hijos, pues me redimiste para hacerme partícipe de ella.

¡Venga a mí el reino de tu libertad, que es el reino de tu amor! Solamente en él estoy libre de mí y libre

de todo querer de otros hombres, porque no les sirvo ni a ellos ni por causa de ellos, sino a ti y por ti. En ningún mandamiento pertenezco a los hombres, sino a ti. Quien te pertenece es libre. Porque Tú no eres propiamente un Dios de leyes para que las sirvamos, sino el Dios de un solo mandamiento: servirte sólo a ti y solamente a ti amarte. Y también te ruego, como Tú quieres que yo ruegue, por toda autoridad que has puesto sobre mí, para que su mandamiento jamás resulte otra cosa que la manifestación y la ejecución, en el mundo, de la ley del amor hacia ti.

DIOS DE MI SEÑOR JESUCRISTO

Tú eres el ilimitado, Dios mío, el infinito. En ti todo lo que es y puede ser es realidad eternamente presente. Todo cuanto conozco ha tenido por siempre en tu espíritu su patria eterna. Lo que deseo ya lo tienes Tú en posesión. Lo que amo es siempre, en el fondo, lo que tu amor ya ha contenido: eres Tú mismo. Tú eres la sabiduría, el poder, la bondad, la vida y el vigor, Tú, todo cuanto puedo anhelar e imaginar. Pero ¿cómo puedes ser todo eso a la vez?

Lo que sé y anhelo y amo —allí donde vivo y habito— está siempre desgarrado y fragmentado. Todo se desmorona, los pensamientos son pálidos y sin vida, la bondad está tan débil, el poder está vacío de amor, la fuerza vital, descuidada, se torna en desalmada y brutal. Nunca comprimimos en la estrechez de nuestra finitud todo lo que nos parece bueno, bueno sencillamente porque es a la vez vida y sabiduría, bondad y poder, fuerza y ternura, y todas las demás potencias de nuestra vida, a ninguna de las cuales queremos ni debemos renunciar totalmente.

Solamente podemos una cosa y debemos hacerla: ordenar todas estas cosas, asignar un sitio a cada una de estas fuerzas de nuestra vida y concederle su me-

da justa, para que ninguna absorba violentamente toda nuestra vida y desplace a las demás. Siempre debemos guardar «orden» y medida. Debemos vigilar que el espíritu no se convierta en adversario de la fuerza vital, que la bondad no sea debilidad ni la fuerza dominio animal.

Todas estas fuerzas rodean ávidamente nuestra vida finita y esperan recibir su parte para ser y vivir en nosotros y por nosotros mismos. Nuestra fuerza limitada debe ser repartida moderadamente entre ellas como con medidas miserables. En nada podemos abandonar nuestra vida completamente, en nada gastarnos completamente. Porque si no, aquello y nosotros mismos nos iríamos a pique en semejante exclusividad y derroche desbordado: los que lo saben todo raras veces son hombres amantes; los «todopoderosos», son las más de las veces duros; de los más bellos se dice que son con frecuencia tontos. Y debe ser así: ¿cómo podríamos ser nosotros, seres limitados, todo a la vez?

Y, sin embargo, ¿dónde está la omnisciencia, que es amor eterno; la omnipotencia, que es toda bondad; la vida llena de sangre, que precisamente por eso es espíritu vivo; la belleza, que es espiritual y sabia? ¿Dónde puede crecer, hasta el infinito, cada una de las cosas que son grandes y extenderse sin limitaciones de ninguna especie, imponerse sin consideración y, a pesar de ello, ser así también todo lo demás, en vez de aniquilarlo?

Esto eres Tú, Dios mío. Tú eres todo en todo. Y en cada cosa, en la cual eres, lo eres todo. Cada cosa que sabemos existe en ti, en ilimitación infinita, no desplaza cualquier otro objeto del imperio de la realidad, sino que le da cabida en su propia anchura sin término. En ti se estructura de tal manera el saber,

como saber infinito, que esta omnisciencia se convierte en omnipotencia, y la temible inflexibilidad de tu omnipotencia se torna por sí misma en la fuerza irresistible de tu bondad. Y así, todo lo que en la estrechez de mi limitación se angustia, se atropella y lucha, se convierte, en ti, en una infinitud, que es a la vez unidad e infinitud. Cada una de tus propiedades es, desde luego, por sí misma todo tu ser incomensurable. Lleva en su propio seno toda la realidad.

Así hay al menos alguien a quien debe uno atenerse sin reservas e infinitamente, sin orden, y a quien se puede amar todo cuanto uno quiere. Y ése eres Tú. En el amor de tu santa inconmensurabilidad se vuelve soportable nuestra vida de disciplina, de medida y orden. En ti nuestro corazón puede dilatarse en su nostalgia hacia lo infinito, sin perderse. En ti puede uno desperdigar el corazón en cada cosa aislada y no por ello pierde el todo, porque cada cosa en ti lo es todo. Si llegamos a hallarnos por el amor dentro de ti, entonces desaparece, por decirlo así, la estrechez de nuestra finitud, al menos durante la hora de este amor, y otra vez quedaremos apaciguados de la rutinaria limitación de nuestra finitud.

Así tu infinitud es la liberación de nuestra finitud. Y, sin embargo, Dios mío, debo concederte que cuanto más pienso en ello tanto más me atemoriza precisamente este ser tuyo. Me amenaza en mi seguridad; en él pierdo toda orientación. Se me quiere representar de nuevo entre temor y temblor, como si tu infinitud, en la cual todo se identifica, solamente fuera para ti sólo.

Ciertamente Tú siempre eres todo en cada una de tus propiedades y de tus actos. Tú eres todo en cada uno de ellos, incluso cuando vienes sobre mí, cuando irrumpes en mi vida. Tú no tienes que disponer ex-

presamente que el rayo de tu omnipotencia que cae en mi vida sea también la suave luz de tu sabiduría. Tú puedes hacer que todo tu ser se deslice en tu poder y, sin embargo, tus aguas no se han alejado de ninguna parte. No han abandonado ninguna posibilidad que Tú ya no llenes con tu realidad. Tú puedes ser un juicio inapelable y, sin embargo, para tu oído el eterno juicio de condenación es el júbilo que ensalza tu inconmensurable bondad. Pero para mí, para mi pequeñez, esto es temible y espantoso y hace que se desquicien todas las articulaciones de mi limitación.

Tú siempre eres Tú mismo por completo, como quiera que obres conmigo. Tú eres siempre para ti la unidad infinita de toda realidad, sea que me ames o que pases de largo junto a mí, sea que tu poder o tu bondad, tu justicia o tu misericordia se revelen en mí. Pero precisamente porque Tú eres y serás la infinitud de todo el ser, como quiera que te manifiestes, precisamente por eso no sé, cuando pienso en tu ilimitación, cómo eres conmigo.

Precisamente cuando quiero introducirte en la cuenta de mi vida, debo asentar el número misterioso de tu infinitud, en el cual siempre está contenido todo y cada cosa, y así la cuenta misma de mi vida se vuelve un enigma indesciftable. ¿Cómo puedo contar con tu bondad si ella es siempre en ti santa severidad? ¿Cómo con tu misericordia gratuita si es siempre asimismo tu justicia inapelable? Tú siempre me dices todo: tu infinitud. Pero esta palabra deshace todas las disposiciones de mi limitación. Así, eres la eterna amenaza de mi vida. Tú me haces huir con espanto de toda seguridad.

Señor, me has de decir una palabra que no pueda significar todo y cada cosa a la vez, al comprender todo y cada cosa en insondable unidad. Me has de

decir una palabra con un solo significado, una que no sea todo. Debes, para que el pavor de tu infinitud pueda alejarse de mí, hacer que finalmente tu palabra infinita se convierta en finita, que penetre en mi estrechez, a fin de que se acomode a ella sin que destruya la estrecha casa de la finitud, que es la única en la cual yo puedo vivir. Entonces puedo entender sin que tu palabra o infinitud turbe mi espíritu y oprima mi corazón.

En tu «palabra abreviada» que no lo diga todo, pero sí algo inteligible para mí, volvería yo a respirar. Debes hacer una palabra humana de tu palabra, y ésta decírmela a mí, porque una palabra así yo la podría entender. No digas todo lo que Tú eres en tu infinitud, di solamente que me amas. Dime tan sólo que eres bueno para mí. Pero no lo digas en tu lenguaje de Dios, en el cual tu amor siempre expresa también tu justicia inexorable y tu poder destructor, sino dilo en mi lenguaje, donde no tenga yo que temer que la palabra del amor oculte otra cosa en sí que tu bondad y tu suave misericordia.

¡Oh, Dios infinito, quisiste decirme tal palabra! Mandaste al mar de tu infinitud no anegar el pobre y pequeño reducto en el cual se encierra la limitada parcela de mi vida, pero que también se extiende protegida cabe tu infinitud. De tu mar solamente debía venir el rocío de tu suavidad sobre mi exiguo campo. En palabras humanas viniste a mí, porque Tú, infinito, eres el Dios de Nuestro Señor Jesucristo. El nos habló en palabras humanas, y ya no habrá de significar la palabra del amor lo que yo pudiera temer, porque cuando él dice que nos ama y que tú nos amas en El, entonces proviene esta palabra de un corazón de hombre. Y en un corazón de hombre tal palabra sólo tiene un significado, sólo un significado

bienhechor. Si este corazón humano nos ama, entonces mi corazón se apacigua. Si me ama, sé que el amor de este corazón humanado no puede ser otra cosa que amor, y nada fuera de eso.

Y Jesús realmente me dijo que me ama, y su palabra ha surgido de su corazón de hombre.

ALABANZA DE LA CREACION

¡Oh Dios!, debo confesarte y confesarme a mí mismo algo que una vez más me ha causado extrañeza. Me resulta difícil ver tu creación tan hermosa como sin duda lo es. La Sagrada Escritura halla admirable tu creación; todos los poetas la cantan, incluso San Francisco en su cántico al sol, cuya última estrofa sobre la muerte es la que más me llega al alma.

Sí, lo sé, es culpa mía, es mi apatía, el desgaste de mis fuerzas espirituales lo que me impide dejarme arrebatar ante la contemplación del mar, de los montes nevados, de los bosques sombríos, del cosmos con sus millones de años luz y su curso veloz. Aunque tampoco me estremece el horror de un Reinhold Schneider ante la recíproca destrucción de la Naturaleza en la que unos seres se devoran a otros (aun cuando Pablo me impide considerar este dolor de la Naturaleza como evidente), confieso, no obstante, que lamentablemente no siento como algo espontáneo e inmediato la magnificencia de tu creación, de la Naturaleza. Hay bastante que ver, que oír, que oler en tu creación, por lo que el corazón pudiera y debiera alegrarse y dar gracias. Lo comprendo, pero mi corazón no rompe en un grito de júbilo. ¿Lo atri-

buyes benévola a la edad, que me atrofia y me seca? ¿Debo ser paciente conmigo mismo o debo obligarme con imperativos morales a unirme al coro de los poetas para cantar el poder, la excelencia, lo dulce y lo terrible de tu creación y por ahí vislumbrar quién eres Tú?

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol
que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor
y las estrellas claras que tu poder creó
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!

Por el hermano fuego que alumbra al irse el sol
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana tierra que es toda bendición,
la hermana madre tierra que da en toca ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!

¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones; cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor*.

* Traducción castellana de la Liturgia de las horas, himno de Laudes.

Se puede también orar con un lenguaje que sobrepasa los propios sentimientos. Por esto también esta oración, que yo hago con palabras de San Francisco, puede ser escuchada por ti, Creador de todas las cosas, Creador de este hermoso mundo. Amén.

II

CON CRISTO

CRISTO TODO EN TODAS LAS COSAS

Señor Jesucristo, Palabra eterna del Padre y hombre verdadero, te adoramos. Sé Tú siempre el misterio vivo de nuestra fe y de nuestra vida, que se funda en esta fe: Sacerdote eterno y oblación perenne. Sé Tú mismo nuestra adoración del Padre en espíritu y en verdad. En ti y contigo sea nuestra vida el servicio del Dios Infinito, Tú, sacramento del servicio de la divina majestad.

Vida de los hombres, fuente de la gracia, sé Tú mismo la vida de nuestra alma, la vida que nos hace partícipes del Dios Trino. En ti participamos de tu vida, sacramento de la vida sobrenatural de nuestras almas.

Salvador de los pecados, vencedor misericordioso de nuestros pecados y debilidades. En ti quisiéramos vivir para que tu amor fuerte actúe poderosamente en nosotros, el único amor que es poderoso contra todo pecado ahora y siempre. Por ti y para ti presérvanos de todo pecado, sacramento del vencimiento de todo pecado.

Vínculo de caridad, símbolo de unidad. Déjame estar unido en ti con todos aquellos que Tú me has

mandado amar. Haz que todos nosotros te pertenezcamos cada vez más. Así estaremos también cada vez más unidos unos con otros por ti, sacramento de amor verdadero y de comunión.

Vencedor en el sufrimiento, Redentor crucificado. En ti queremos superar todas las horas oscuras. Haz que todo lo que nos sucede lo aceptemos como participación en tu destino, para que se convierta para nosotros en camino hacia la eterna luz de la Pascua, por ti, sacramento de la comunión en el dolor entre ti y nosotros.

Señor de la gloria eterna: haz que miremos siempre con fe y con valentía tu vida eterna. Sea tu cuerpo para nosotros, cuando te recibamos, prenda de la gloria eterna. Sacramento de vida eterna, concédenos el último deseo de nuestro corazón: el poder contemplarte sin velos tu rostro y adorarte a ti con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

ORACION DE NOCHEBUENA

¡Oh Dios!, eterno misterio de nuestra vida; por el nacimiento de tu Propia Palabra de amor en nuestra carne has plantado la majestad eternamente joven de tu vida en nuestra propia existencia y has hecho que se manifieste victoriosamente. Concédenos en la experiencia de la decepción de nuestra vida la fe de que tu amor, que eres Tú mismo y que Tú nos has dado, sea la eterna juventud de nuestra verdadera vida.

MEDITACION DE LA PASION

Señor Jesucristo, Salvador y Redentor, me arrodillo delante de tu cruz bendita. Quiero abrir mi espíritu y mi corazón a la meditación de tu Pasión santa. Quiero plantar tu cruz frente a mi pobre alma para que arraigue en mi corazón y entienda lo que Tú has hecho y padecido y por quién lo padeciste.

Que me asista tu gracia para que pueda sacudir la torpeza y la indiferencia de mi corazón y olvide, al menos por media hora, la mediocridad de mis días, para que mi amor, mi arrepentimiento y mi gratitud estén contigo. ¡Oh Rey de los corazones!, que tu amor crucificado abrace mi pobre corazón, débil, cansado y afligido; que se sienta atraído interiormente por ti. Suscita en mí lo que me falta: compasión y amor a ti, fidelidad y empeño para perseverar en la contemplación de tu santa Pasión y muerte.

Quiero meditar tus últimas siete palabras en la cruz. Tus últimas palabras antes de que Tú, Palabra de Dios que resuena de eternidad en eternidad, callaras para siempre en esta tierra en el silencio de la muerte. Las pronunciaste con tus labios sedientos, salieron de tu corazón inundado de dolor, fueron palabras del corazón. Las dirigiste a todos. También a

mí. Hazlas penetrar en mi corazón, en lo más profundo, en lo íntimo. Que las comprenda. Que no las olvide jamás, sino que vivan y prendan con fuerza en mi corazón sin vida. Pronúncialas Tú mismo para mí, para que escuche el sonido de tu voz.

Llegará el día en que me hablarás en la hora de mi muerte y más allá de ella. Y estas palabras significarán un comienzo eterno o, tal vez, un fin sin fin. Señor, haz que al morir pueda escuchar las palabras de tu misericordia y amor; haz que no deje de escucharlas. Ahora, concédeme acoger con corazón dócil tus últimas palabras en la cruz. Amén.

LAS SIETE PALABRAS DE JESUS

PRIMERA PALABRA

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34)

Cuelgas de la cruz. Te han clavado. No te puedes separar de este palo erguido entre cielo y tierra. Las heridas queman tu cuerpo. La corona de espinas atormenta tu cabeza. Tus ojos están inyectados de sangre. Tus manos y tus pies heridos son como traspasados por un hierro candente. Y tu alma es un mar de desolación, de dolor, de desesperación.

Los responsables están aquí, al pie de tu cruz. Ni siquiera se alejan para dejarte, al menos, morir solo. Se quedan. Ríen. Están convencidos de tener la razón. El estado en que estás es la demostración más evidente: la prueba de que su acto no es sino el cumplimiento de la justicia más santa, un homenaje a Dios del que deben estar orgullosos. Se ríen, insultan, blasfeman. Mientras tanto cae sobre ti, más terrible que los dolores de tu cuerpo, la desesperación ante tal iniquidad. ¿Existen hombres capaces de tanta bajeza? ¿Hay al menos un mínimo punto común entre ti y

ellos? ¿Puede torturar un hombre a otro así, hasta la muerte? ¿Desgarrarlo hasta matarlo con el poder de la mentira, de la traición, de la hipocresía, de la perfidia... y mantener la pose del juez imparcial, el aspecto del inocente, las apariencias de lo legal? ¿Cómo lo permite Dios? ¿Pueden resonar triunfantes y claros la risa y el escarnio de los enemigos en el mundo de Dios? ¡Oh Señor, nuestro corazón se habría destrozado en una furiosa desesperación! Habríamos maldecido a nuestros enemigos y a Dios con ellos. Habríamos gritado o intentado arrancar, como locos, los clavos para conseguir apretar el puño.

Sin embargo, Tú dices: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». ¡Eres incomprensible, Jesús! ¿Queda aún en tu alma martirizada por el dolor una zona en la que pueda florecer esta palabra? Sí, eres incomprensible. Amas a tus enemigos y los encomiendas al Padre. Intercedes por ellos. Señor, si no fuera una blasfemia, diría que los disculpas con la más inverosímil de las excusas: «no saben». Sí, sí saben, ¡lo saben todo! ¡Pero quieren ignorarlo todo! No hay cosa que se conozca mejor que aquello que se quiere ignorar, escondiéndolo en el subterráneo más profundo del corazón; pero, al mismo tiempo, le negamos la entrada en nuestra conciencia. Y Tú dices que no saben lo que hacen. Sí, hay algo que no saben: tu amor por ellos. Eso sólo lo puede conocer quien te ama. Sólo el amor permite comprender el don del amor.

Pronuncia tu palabra de perdón sobre mis pecados. Di al Padre: «Perdónalo porque no sabe lo que ha hecho». Mas lo sabía..., lo sabía todo, pero no conocía tu amor.

Hazme pensar tu primera palabra cuando recite distraído el Padrenuestro y afirme perdonar a los que me ofenden. ¡Oh Dios mío clavado en cruz!, no sé si

alguien es mi deudor, pero, si es así, haz que pueda perdonar. Necesito tu fuerza para perdonar de corazón a aquellos que mi orgullo y mi egoísmo consideran como enemigos.

SEGUNDA PALABRA

«Yo te aseguro: Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43).

Agonizas y, sin embargo, en tu corazón rebosante de dolor hay todavía un sitio para el sufrimiento de los otros. Vas a morir y te preocupas por un criminal que, atormentado en su martirio infernal, reconoce que su pena fue merecida por su vida de maldad. Ves a tu Madre y te diriges al hijo pródigo. El abandono de Dios te ahoga y hablas del Paraíso. Tus ojos se velan en las tinieblas de la noche y oteas la luz eterna. Al morir nos preocupamos de nosotros mismos, pues los otros nos dejan solos y abandonados; Tú, sin embargo, piensas en las almas que deben ir contigo a tu Reino. ¡Corazón de misericordia infinita! ¡Corazón heroico y fuerte!

Un delincuente miserable pide que te acuerdes de él y Tú le prometes el Paraíso. ¿Cambiará todo cuando estés muerto? ¿Se puede transformar tan rápidamente con tu proximidad una vida de pecado y de vicio? Si pronuncias las palabras de absolución se perdonan hasta los pecados y las bajezas más repugnantes de una vida criminal. Nada puede impedir la entrada a la santidad de Dios. Se puede admitir, llevando las cosas al límite, un poco de buena voluntad en un malhechor, pero su perversidad, sus instintos viciados, la brutalidad, el fango..., ¡esto no desaparece con un poco de buena voluntad y con un arrepentimiento

fugaz en el patíbulo! ¡Uno de esta calaña no puede entrar en el Paraíso tan limpiamente como las almas que se purificaron toda la vida, los santos que prepararon sus cuerpos y sus almas para hacerlos dignos del Dios tres veces santo! Y, sin embargo, Tú pronuncias la palabra de tu gracia omnipotente, que penetra en el corazón del ladrón y transforma el fuego infernal de su agonía en la llama purificadora del amor divino. En un instante, la llama ilumina todo lo que quedaba en él como obra del Padre. El amor destruye la culpa de la criatura rebelde. Y así el ladrón entra en el Paraíso de tu Padre.

¿Me darás a mí la gracia del atrevimiento temerario que exige y espera todo de tu bondad? El coraje de decir, como si fuera el mayor de los criminales: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino».

Señor, haz que tu cruz se alce delante de mi lecho de muerte. Que tu boca también a mí me diga: «Yo te aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso». Que tu palabra me haga digno de entrar en el Reino de tu Padre, absuelto y santificado por la fuerza purificadora de la muerte sufrida contigo y en ti.

TERCERA PALABRA

«Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu Madre» (Jn 19, 26).

Está ya próxima tu muerte, la hora en que tu Madre tenía que estar cerca de ti. En esa hora, en la que no se solicitaban ya más milagros, sólo la muerte, estaba allí a quien dijiste: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2, 4). Esta es la hora que une al Hijo y a la Madre. La hora de la separación y de la muerte. La hora que atrañca a la madre viuda el hijo único.

Una vez más tu mirada contempla a tu Madre. No le ahorraste nada: ni la alegría ni la pena, las dos surgen de tu gracia, las dos procedían de tu amor. Amas a tu Madre porque te ha asistido y servido en la alegría y en el dolor; así llegó a ser completamente tu Madre. Tu Madre, tus hermanos y tus hermanas son los que cumplen la voluntad del Padre que está en los cielos. A pesar de tu tormento, tu amor vibra de la ternura terrena que une al hijo y a la madre. Así tu muerte consagra las realidades que enternecen los corazones y hacen hermosa la tierra. No, nada de esto muere, ni siquiera cuando estás aplastado por la muerte. Todo se salva para el cielo. Muriendo has amado la tierra. En la suprema agonía de la salvación te has conmovido por el llanto de una madre, en ese momento le has dado un hijo y al hijo una madre, por esto la tierra nueva será posible.

Pero ella no estaba sola con el dolor de una madre a quien matan un hijo, estaba en nuestro nombre como Madre de los vivientes. Ofrecía a su Hijo por nosotros. Repetía su «fiat» a la muerte del Señor. Era la Iglesia junto a la cruz. Era la madre de los hijos de Eva. Era la orante en el combate cósmico entre la serpiente y el Hijo de Mujer. Al entregar la Madre al discípulo amado nos la has entregado a cada uno de nosotros.

Tú dices: «Hijo, hija, ahí tienes a tu Madre». ¡Oh palabra que confía un legado eterno! Desde entonces, a pie de la cruz, el discípulo predilecto es quien la acoge. Sus puras manos maternas distribuyen todas las gracias merecidas por tu muerte. Cuando me veas, pobre como soy, dile: «Mujer, ahí tienes a tu hijo; Madre, ahí tienes a tu hija».

El corazón puro y virginal tenía que dar su consentimiento a la boda del Cordero con la Iglesia, su es-

posa, la humanidad rescatada y purificada por tu sangre. Tu muerte no me habrá sido inútil si me acojo a este materno corazón. Estaré presente cuando llegue el día de tus bodas eternas, en las que la creación, transfigurada para siempre, se unirá a ti para siempre.

CUARTA PALABRA

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 36).

Se acerca la muerte. No es el fin de la existencia corporal, la liberación y la paz, sino la muerte que representa el fondo del abismo, la inimaginable profundidad de la angustia y devastación. Se acerca tu muerte. Desnudez, impotencia horrible, desolación desgarradora. Todo cede, huye...; no existe más que el abandono lacerante. Y en esta noche del espíritu y de los sentidos, en este vacío del corazón donde todo abrasa, tu alma insiste en orar. La tremenda soledad de un corazón consumido se hace en ti invocación a Dios.

¡Seas adorada oración del dolor, del abandono, de la impotencia abismal, del Dios abandonado! Si Tú, Jesús, eres capaz de orar en tal angustia, ¿dónde habrá un abismo tal que desde él no se pueda gritar a tu Padre? ¿Hay una desesperación que no se pueda hacer oración si busca refugio en tu abandono? ¿Hay un mudo dolor capaz de ignorar que su grito silencioso sea escuchado en las moradas celestiales?

Recitaste el Salmo 21 para hacer de tu abandono total una oración. Tus palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». El grito desgarrador que tu Espíritu Santo puso en el corazón del Justo de la Antigua Ley. Tú —si me está permitida la explica-

ción—, en el paroxismo del sufrimiento, no has querido rezar de distinto modo a como lo hicieron tantas generaciones anteriores a ti. En cierto modo, en aquella Misa solemne que Tú mismo celebraste como sacrificio eterno has rezado con las fórmulas litúrgicas consagradas, y así has podido decir todo. Enséñame a orar con las palabras de la Iglesia en tal manera que se hagan las palabras de mi corazón.

QUINTA PALABRA

«¡Tengo sed!» (Jn 19, 28).

Juan Evangelista, que la escuchó, nos cuenta: «Sabiendo que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, exclamó: “¡Tengo sed!”». También aquí confirmaste la palabra tomada de los Salmos y que el Espíritu había profetizado ante tu Pasión. En el Salmo 21 se dice de ti: «Mi paladar está seco lo mismo que una teja, y mi lengua, pegada a mi garganta», y en el Salmo 69, versículo 22, está escrito: «En mi sed me han abrevado con vinagre».

¡Oh Servidor del Padre, obediente hasta la muerte y muerte de cruz! Tú miras más allá de lo que te toca a lo que te debe tocar, más allá de lo que cumples a lo que debes cumplir, más allá de los hechos hacia el deber. Incluso en la agonía, en la que el espíritu se oscurece y desaparece la conciencia clara, intentas ansiosamente hacer coincidir todos los detalles de tu vida con la imagen eternamente presente en la mente del Padre. No te referías a la sed indecible de tu cuerpo desangrado, cubierto de heridas abrasadoras y expuesto al sol implacable de un mediodía de Oriente, cumplías la voluntad del Padre hasta la muerte con una humildad inconcebible y digna de adoración. Sí,

lo que los profetas habían predicho como voluntad del Padre se cumple en mí: tengo sed. ¡Oh Corazón de Rey!, aquí el tormento que consume tu cuerpo con rabia insensata es el cumplimiento de un mandato de lo alto.

Así comprendiste toda la aspereza cruel de tu Pasión: era una misión que cumplir, no un ciego destino; era la voluntad del Padre, no la maldad de los hombres; redención de amor y no crimen de pecadores. Sucumbes para que seamos salvos. Mueres para que vivamos. Tienes sed para que restauremos nuestras fuerzas en el agua de la vida. Te abrasas en esta sed para que tu corazón traspasado salte la fuente de la vida eterna. Nos invitaste a esta fuente cuando en la fiesta de los Tabernáculos exclamabas: «Si alguno tiene sed, venga a mí porque de mi seno correrán ríos de agua viva» (Jn 7, 37).

Por mí has sufrido la sed. Tienes sed de mi amor y de mi salvación. Como el ciervo que anhela las corrientes de agua, así mi alma tiene sed de ti.

SEXTA PALABRA

«Todo está cumplido» (Jn 19, 30).

Está cumplido. Sí, Señor, es el fin. El fin de tu vida, de tu honor, de las esperanzas humanas, de tu lucha y de tus fatigas. Todo ha pasado y es el fin. Todo se vacía y tu vida va desapareciendo. Desaparición e impotencia... Pero el fin es el cumplimiento, porque acabar con fidelidad y con amor es la apoteosis. Tu declinar es tu victoria.

¡Oh Señor!, ¿cuándo entenderé esta ley de tu vida y de la mía? La ley que hace de la muerte, vida; de la

negación de sí, conquista; de la pobreza, riqueza; del dolor, gracia; del final, la plenitud.

Sí, llevaste todo a plenitud. Se había cumplido la misión que el Padre te encomendara. El cáliz que no debía pasar ha sido apurado. La muerte, aquella espantosa muerte, ha sido sufrida. La salvación del mundo está aquí. La muerte ha sido vencida. El pecado, arrasado. El dominio de los poderes de las tinieblas es impotente. La puerta de la vida se ha abierto de par en par. La libertad de los hijos de Dios ha sido conquistada. ¡Ahora puede soplar el viento impetuoso de la gracia! El mundo en la oscuridad comienza, lentamente, a arrebolarse con el alba de tu amor. Todavía un poco —ese poco que llamamos historia— y el mundo se inflamará en la hoguera luminosa de tu divinidad, el universo se sumergirá en el océano flamígero de tu vida. Todo está cumplido.

Tú que perfeccionas el universo, perfeccioname en tu Espíritu, ¡oh Verbo del Padre que cumpliste todo en la carne y con tu martirio! ¿Podré decir en la tarde de mi vida: «Todo está cumplido, he llevado a su término la misión que me encomendaste»? ¿Podré repetir, cuando sobre mí descendan las sombras de muerte, tu oración sacerdotal: «Padre, ha llegado la hora... yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar? Padre, glorifícame junto a ti» (Jn 17, 1s.).

¡Oh Jesús!, sea cual sea la misión que me haya encomendado el Padre —grande o pequeña, dulce o amarga, en la vida o en la muerte—, concédeme cumplirla como Tú cumpliste todo. Permíteme llevar a plenitud mi vida.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).

¡Oh Jesús, el más abandonado de los hombres, lacerao por el dolor, es tu fin! Ese final en el que a un ser humano se le llega a quitar hasta la decisión libre entre el rechazo y la aceptación. Es la muerte. ¿Quién te arrastra o qué te arrastra? ¿La nada? ¿El destino ciego? ¿La naturaleza cruel? No, ¡el Padre! El Dios que une sabiduría y amor. Así te dejas llevar y te abandonas con confianza en las manos ligeras e invisibles que a nosotros, incrédulos, prendados de nuestro yo, se nos presentan como el ahogo imprevisto, la crueldad y el destino ciego de la muerte. Tú lo sabes: son las manos del Padre. Tus ojos, en los que ya se ha hecho la noche, son capaces de ver al Padre; se han fijado en la pupila quieta de su amor, y tu boca pronuncia la última palabra de tu vida: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Todo lo devuelves a quien todo te lo dio. Sin garantías y sin reservas confías todo a las manos de tu Padre. ¡Qué amargo y pesado don! El peso de tu vida que acarreaste solo: los hombres, su vulgaridad, tu misión, tu cruz, el fracaso y la muerte. Pero ahora no has de llevarlo por más tiempo; puedes abandonarlo todo y a ti mismo en las manos del Padre. ¡Todo! Estas manos sostienen segura y cuidadosamente. Son como las manos de una madre. Acogen tu alma tan delicadamente como un pajarillo que se alberga entre las manos. Nada tiene peso. Todo es luz y gracia, todo es seguridad al amparo del corazón de Dios, donde la pena se puede desahogar en llanto y donde el Padre seca las lágrimas de las mejillas de su hijo con un beso.

Jesús, ¿encomendarás un día mi pobre alma y mi pobre cuerpo a las manos de tu Padre? Depón el peso de mi vida y de mis pecados sobre la balanza de la justicia en los brazos del Padre. ¿A dónde huiré, dónde me esconderé sino en ti, hermano en la amargura, que has padecido por mis pecados? Hoy me tienes ante ti. Me arrodillo bajo tu cruz. Beso tus pies que, silenciosos e intrépidos, me siguen con el paso sangrante por los caminos de la vida. Abrazo tu cruz. Señor del amor eterno, corazón de los corazones, corazón paciente, traspasado e infinitamente bueno. Ten piedad de mí. Acógeme en tu amor. Y cuando mi peregrinar llegue a su fin, cuando el día decline y me envuelvan las sombras de la muerte, pronuncia entonces tu palabra definitiva: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Oh buen Jesús! Amén.

EL PRESENTE DE JESUS Y DE SU VIDA

Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, verdadero Dios y verdadero hombre, uno en la unidad de la persona y en la indivisible e inconfundible dualidad de las naturalezas, te adoramos porque estás verdaderamente presente entre nosotros.

No sólo estás presente con tu eterna divinidad —por la que eres la misma naturaleza, potencia y gloria del Padre, en la que vivimos, nos movemos y existimos—, desde la que penetras todo lugar con tu inmensidad. Estás entre nosotros con tu cuerpo, tu alma y tu corazón de hombre en el Sacramento del altar. Estas aquí, Tú, el que naciste de la Virgen María. Tú, que has vivido una existencia humana con sus horas grandes y pequeñas, con sus alegrías y sus lágrimas, su monotonía gris y aburrida y sus momentos decisivos. Estas aquí, Tú, el que sufrió y fue crucificado bajo Poncio Pilato. Tú, el que apuró el cáliz del dolor hasta las heces.

Estás presente con tu cuerpo transfigurado por la gloria de Dios. Estás presente con tu corazón humano que irradia la gloria de la eternidad. Tu espíritu humano contempla, cara a cara, la luz inaccesible del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; el Dios trino,

eterno e incomprensible. Sí, estás presente como hombre. No te vemos, pero el ojo de la fe atestigua tu presencia de hermano que comparte la misma naturaleza. Nuestros oídos no te oyen, pero el oído de la fe percibe el canto de alabanza eterna que Tú, sumo sacerdote e intercesor de la humanidad, diriges al eterno Padre con la alegría de tu corazón transfigurado de divinidad.

Te adoramos, te alabamos, te damos gracias y celebramos tu gloria, porque has querido habitar entre nosotros. Nuestro Dios, nuestro origen y principio, nuestra meta y fin. Sí, has querido estar entre nosotros, ser como nosotros. Has querido comenzar desde el principio, has recorrido los senderos de nuestra finitud en este valle de lágrimas para alcanzar el destino final. Tú eres nuestro Destino.

Estás en medio de nosotros. Tu vida humana es increíblemente cercana. Aquello que viviste hace mil novecientos años sólo ha pasado en apariencia. Ha pasado el aspecto exterior de tu vida: ya no naces como un niño pobre, no tienes hambre o sed, no te cansas, no lloras...; la nada cambiante de lo que llamamos vida no pasa por ti, ni Tú lloras por ella. Tu alma no se transforma. No mueres. Todo eso se acabó y fue maravilloso porque era único y pasajero. Todo pasó. Tu vida humana creada, finita y cambiante ha entrado en la eternidad de tu Padre. Ha llegado a su cumplimiento, en donde alcanza la perfección definitiva, la libertad vital en la que el fluir del tiempo se condensa para siempre en el abrazo único e instantáneo de la eternidad. Tu vida humana desapareció para entrar en Dios.

Por eso estás presente, porque tu vida está unida al eterno en el origen de cada cosa, donde el amor y la sabiduría permanecen con presencia inalterable. Tu

espíritu y tu corazón humanos ven y abrazan a Aquel que da al tiempo su eternidad, al devenir su duración, al cambio su reposo, a lo transitorio su incesante estabilidad. En la sabiduría y en el amor eterno de Dios, tu corazón descubre el amor y el abrazo eterno a tu vida pasada. Desde aquí, tu vida posee la realidad completa. Jesús, tu corazón permanece para siempre.

Lo que sucede en la vida humana son sólo acontecimientos externos, pero cuando se sumergen en la oscuridad del pasado anulador engendran eternidad y contribuyen a la formación de nuestro hombre espiritual impregnado de eternidad. No somos un camino que fluye en momentos pasajeros y que se queda tan vacío como al comienzo del caminar. Somos un arcón en el que cada instante, al dejarnos, deposita lo que tiene de eterno: la capacidad libre y humana de decidirnos por El o contra El. Este es el acto definitivo. Es como si las olas del tiempo lamieran silenciosamente la playa de la eternidad con su flujo y reflujo. Como si cada ola, cada instante, cada acción, depusieran cuanto de eterno hay en ellas: el bien y el mal, como los valores eternos de las cosas temporales.

Este bien y este mal, unidos a nuestras obras fugitivas, se depositan en el fondo incancelable de nuestra alma, la penetran y configuran su profundidad escondida y oculta para nosotros, pero no para Dios. Así se alcanza lo eterno en el transcurrir del tiempo: la perennidad del alma, el destino. Y cuando el tiempo cese nada se habrá acabado. Desaparecerán las aguas y vendrá a la luz, manifiestamente, lo escondido: la vida eterna tal como el hombre la forjó y modeló.

Así se te ocurrió a ti. Porque eres hombre y has llevado a cumplimiento una vida plenamente humana.

Tu vida permanece no sólo en Dios, sino para ti mismo. Lo que fuiste vive para siempre. Tu niñez pasó, pero hoy eres ángel que fue niño como lo puede ser cualquier hombre. Tus lágrimas se terminaron, pero hoy eres como cualquiera que alguna vez haya llorado. El corazón no olvida las razones de su llanto. Tus penas han cesado, pero en ti permanece la madurez del hombre que las ha probado. Tu vida y tu muerte transcurrieron, pero lo que maduraron se ha hecho eterno y está presente entre nosotros. El heroísmo de tu vida es presencia de eternidad que supera cualquier obstáculo con el amor que lo forma e ilumina. Tu corazón es eterno porque respondió decididamente sí a las disposiciones del Padre. El sometimiento, la fidelidad, la dulzura, el amor a los pecadores, que surgían en cada momento de tu vida, están presentes como los rasgos característicos de tu libertad y de tu naturaleza humana. Así te encuentras ahora en medio de nosotros. Está presente lo que fuiste, viviste y sufriste.

Pero hay otro motivo por el que tu vida está realmente presente. Cuando vivías, tu pensamiento y tu amor no estaban sólo cerca de tus contemporáneos. El amor de tu corazón humano —y no sólo de tu naturaleza divina— se dirigía a nosotros: yo estaba allí, mi vida, mi tiempo, mi ambiente, mis problemas, mis horas grandes y mezquinas, lo que quiero ser ahora con mi libertad... Tú, en la misteriosa intimidad de tu ser profundo, ya lo sabías todo. Lo acogías todo y lo llevabas en el corazón. Tu vida humana fue modelada por mi vida desde siempre. Ya entonces dirigías mi vida, orabas por mí, dabas gracias por mi Gracia. Tu vida se ocupó de la mía y formaba algo de mi existencia. Y ahora que tu vida se ha hecho presente, y estás aquí presente en el Sacramento, eres el que con su vida eterna envuelve mi conocimiento y mi amor.

Y así te queremos adorar:

¡Oh Jesús! *Te adoramos.*

¡Oh Dios eterno! *Te adoramos.*

¡Redentor nuestro, presente en el Sacramento! *Te adoramos.*

¡Vida y muerte de Jesús, eternamente presentes en el conocimiento y en la voluntad inmutable del Padre! *Te adoramos.*

¡Vida y pasión de Jesús, que desde siempre acogisteis nuestra vida! *Te adoramos.*

¡Jesús, que estás verdaderamente entre nosotros! *Te adoramos.*

LA PRESENCIA DE LA AGONIA DE JESUS EN GETSEMANI

Jesús, estás verdaderamente entre nosotros con tu ser humano: carne, sangre, espíritu y corazón. Estás entre nosotros con tu vida humana, que no desaparece, sino que entra en la realidad eterna de tu corazón.

Tus horas de lucha y agonía en el monte de los Olivos están presentes en esta hora en la que queremos venerarlas con fe, amor, respeto y reconocimiento de la compasión redentora.

Ahora tu alma ve en la gloria del cielo la inalterable voluntad del Padre, que estableció en tu vida estas horas de Getsemaní. Tu corazón adora esta voluntad. Tu alma y tu corazón están aquí entre nosotros.

Tú, que has sufrido las horas de Getsemaní, estás aquí en medio de nosotros. Lo que padeciste ha pasado. No hay tristeza, pena, amargura ni angustia de muerte que afecten a tu corazón desde que penetraste en la felicidad del Padre. Pero lo sufrido marcó tu corazón. Se quedó en él, y así te encuentras ahora entre nosotros. El apóstol afirma que en los días de tu vida mortal presentaste, con fuertes gritos y lágrimas, ora-

ciones y súplicas a Aquel que te podía librar de la muerte, y que así aprendiste a obedecer. Por eso te adoramos y te decimos, como si ahora estuvieras en el monte de los Olivos: ten piedad de nosotros.

¡Oh Jesús!, por la obediencia que aprendiste en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el sometimiento, fruto de la lucha de Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por la aceptación del dolor mantenida en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu amor hacia nosotros, que no cesó ni siquiera en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu bondad, que en Getsemaní no se tiñó de amargura. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu coraje heroico en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu mansedumbre, que no vaciló en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por la angustia y la tristeza de aquellas horas. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu temor y temblor. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu oración en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu caída en tierra. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por la insistencia de tu oración continuamente renovada. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por la aflicción mortal de tu alma. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el ruego de que se alejara el cáliz de la pasión. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu oración: «Que no se haga mi voluntad sino la tuya». *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu grito: «Abba, Padre». *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu triple asentimiento a la voluntad del Padre. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el consuelo recibido del Ángel. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el sudor de sangre de tu agonía en el monte de los Olivos. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el sufrimiento anticipado en previsión de los futuros sufrimientos. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el conocimiento que tuviste en Getsemaní de todos los pecados del mundo. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu asco ante todos los pecados de todos los tiempos. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu conocimiento de mis pecados en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por la aflicción de tu corazón por mis pecados. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu disposición a llevar en Getsemaní todo este peso. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el ahogo de tu corazón ante la inutilidad de la pasión. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por el abandono de Dios en Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu obediencia a la misteriosa voluntad del Padre. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús, por tu amor indefectible hacia Dios. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, intercesor de los afligidos. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, portavoz de todos los que su angustia gritan. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, modelo de todos los que están tentados. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, confortador de todos los que luchan penosamente en la agonía. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, cabeza de todos aquellos que deben llevar los pecados del mundo. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, hermano partícipe del afán y de la desesperación de todo el mundo. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, tú que comprendes cada dolor. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, en quien todo abandono encuentra su patria. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, que perseveras hoy en el amor a los pecadores. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, que admites en tu corazón hasta al peor de los renegados. *Ten piedad de nosotros.*

Jesús en Getsemaní, muéstrate propicio. *Perdónanos, Jesús.*

Jesús en Getsemaní, muéstrate propicio. *Libranos, Jesús.*

De los pecados llorados en Getsemaní. *Libranos, Jesús.*

De la ingratitud hacia tu amor. *Libranos, Jesús.*

De la indiferencia hacia tu amor. *Libranos, Jesús.*

De la falta de sensibilidad hacia tu agonía. *Libranos, Jesús.*

De la resistencia a la gracia obtenida en Getsemaní. *Libranos, Jesús.*

Del rechazo a tu asentimiento al dolor y a la expiación en Getsemaní. *Libranos, Jesús.*

De la duda sobre el amor de Dios en nuestras noches de Getsemaní. *Libranos, Jesús.*

De la amargura en nuestras pruebas de Getsemaní. *Libranos, Jesús.*

De la desesperación en nuestro abandono. *Libranos, Jesús.*

Nosotros, pobres pecadores. *Te rogamos, óyenos.*

Haznos entender tu sufrimiento. *Te rogamos, óyenos.*

Enséñanos a abandonarnos a la voluntad del Padre. *Te rogamos, óyenos.*

Concédenos la perseverancia en la oración en la noche de Getsemaní. *Te rogamos, óyenos.*

Recuérdanos los sentimientos de tu corazón en las horas de Getsemaní. *Te rogamos, óyenos.*

Concédenos entender la penitencia y la expiación. *Te rogamos, óyenos.*

Haznos entender que nuestros sufrimientos son una participación en tu pasión. *Te rogamos, óyenos.*

Llénanos de horror por nuestros pecados. *Te rogamos, óyenos.*

Danos tu fuerza y tu paciencia en nuestros afanes y abandonos. *Te rogamos, óyenos.*

Asístenos en nuestra agonía con el coraje que tuviste ante la muerte. *Te rogamos, óyenos.*

En la hora de la muerte, mándanos tu Ángel de Getsemaní. *Te rogamos, óyenos.*

Enséñanos a velar y a orar contigo en Getsemaní. *Te rogamos, óyenos.*

Pon en nuestro corazón y en nuestros labios la palabra «Padre», cuando Dios nos parezca el Juez severo

y el Dios incomprensible e inaccesible. *Te rogamos, óyenos.*

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. *Perdónanos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. *Escúchanos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. *Ten piedad de nosotros.*

OREMOS: *Jesús, que estás aquí presente por los sentimientos sagrados de tu corazón divino y humano, con los que afrontaste la agonía de Getsemaní y la expiación en obediencia y amor, y con los cuales habitas entre nosotros, te pedimos: llena nuestros corazones de arrepentimiento por los pecados, haznos aceptar la cruz con tu espíritu de expiación y de penitencia y concédenos un amor agradecido como respuesta al amor con el que aceptaste en Getsemaní el comenzar tu pasión santa por nosotros pecadores. Amén.*

LA PRESENCIA DE LA AGONIA DE JESUS EN NOSOTROS

Señor Jesucristo, tú estás aquí presente en el Santísimo Sacramento, pero no sólo así estás entre nosotros: tú vives en nosotros.

Vives en nosotros por tu Espíritu Santo, que nos unge y consagra, incorporándonos por el Bautismo a tu Cuerpo Místico: la Iglesia. Tú eres la vida de nuestra vida, de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Tú has tomado posesión del centro más íntimo de nuestro ser con la fuerza vivificante de tu Espíritu Santo. Las profundidades escondidas de nuestra alma las has transformado, iluminado, santificado y divinizado. No vivimos nosotros, sino Tú en nosotros; ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino sólo a ti. Tú eres la ley de nuestra vida, el impulso íntimo de nuestro ser y de nuestras acciones, la luz secreta de nuestro espíritu, el ardor profundo de nuestros corazones, el esplendor santo de nuestra naturaleza, que la hace semejante a la luz eterna de la misma divinidad.

Estás y vives en nosotros. Nos comunicas tu propio ser y tu propia vida a través de ti, que eres la misma gracia increada, y nos haces capaces mediante la gracia creada de recibirte juntamente con el Dios trinitario. Poseemos y participamos vuestra vida, tu vida.

Así, por la gracia de tu amor, somos verdaderamente hijos e hijas de tu Padre celeste, hermanos y hermanas tuyos, coherederos de la gloria que tu Padre te comunica eternamente y que otorga por gracia a tu alma humana, que es como la nuestra. Estamos llenos del amor Eterno que, en la persona del Espíritu Santo, procede del Padre y de ti. ¡Oh, Jesús!, vives de tal manera en nosotros que tu presencia en el Sacramento no es más que un medio para manifestar, comunicar, acrecentar y reforzar tu presencia de gracia en nosotros. Tu presencia sacramental se acabará al final de los tiempos. Pero tu presencia permanecerá en nosotros. Una vez que caigan los velos de la fe que la cubren, saldrá de las profundidades escondidas del corazón y su nombre será: Paraíso.

Por tanto, si vives en nosotros, nuestra vida, hasta en las banalidades cotidianas, se someterá a las leyes de tu vida. Nuestra vida es una continuación de la tuya. Cuando nos bautizamos comenzó un capítulo nuevo de tu vida: nuestro bautismo es una página de tu biografía. Sí, nos tenemos que conformar a tu imagen, primogénito entre muchos hermanos, nos debemos revestir de ti. Desde el momento en que vives en nosotros debes tomar cada vez una forma más precisa. La gracia secreta de Dios hace de tu alma humana y de tu vida terrena la más pura expresión de su revelación en este mundo visible. De la misma manera, nuestra vida debe revelar la gracia: tu gracia. Todo nuestro hacer y sufrir se ha de conformar con tu vida terrestre y celeste a la vez. Tu has querido llevar una vida en todos los tiempos y en todas las situaciones, en todos los pueblos y en todas las razas. Y como no podías, por la limitación de tu alma creada, obtener esto en la vida terrena, entonces, mediante tu Espíritu Santo salido del corazón traspasado, aferras con tu gracia nuestras vidas y tratas de conformarlas a la

tuya. Así, en todos los tiempos y lugares hasta el final de los días, tu vida prosigue en formas siempre nuevas.

Pero lo mismo que tu vida, por la gracia del Espíritu Santo, asume el aspecto nuevo de nuestras vidas, lo mismo sucede con tus sufrimientos y con tu Pasión bendita. Este fue el acontecimiento decisivo de tu vida. En el bautismo —como dice el Apóstol— fuimos sumergidos en tu muerte. Si somos hijos de Dios, llenos de su Espíritu y coherederos contigo, debemos padecer contigo para compartir la gloria. Llevamos siempre, según tu Apóstol, tu Pasión en nuestro cuerpo para que tu vida se manifieste en nuestro cuerpo mortal. Debes asumir en nosotros, inevitablemente, el aspecto del Crucificado. En los miembros de tu Cuerpo Místico continúas sufriendo hasta el final de los días. Tu pasión sólo llegará a su fin cuando hayan sido lloradas las últimas lágrimas y desaparezca el último dolor, y la última gota sea sufrida en esta tierra. Yo no podré ser tu discípulo si tu cruz no recae también sobre mí, si no me toca una parte de tu Pasión. No podré decir que tu Espíritu y tu ley habitan y actúan en mí. No seré yo tuyo. ¡Estaré, así, lejos de ti, que eres la verdadera vida eterna!

Pero si quieres continuar padeciendo en mí por mi salvación y la del mundo para gloria del Padre, si quieres completar con mi dolor y mis penas aquello que todavía falta a tu Pasión, entonces mi vida tendrá una parte —pequeña, pobre, pero real— de tu noche de Getsemaní.

Si es así, no cumpliré mi «Hora Santa» en el recogimiento pacífico y pío de esta hora en la iglesia. Mis «horas santas» auténticas son las horas en las que los afanes del cuerpo y del alma me pesan hasta destruirme, las horas en que Dios me coloca delante del cáliz de la amargura, las horas en las que lloro mis peca-

dos, las horas en las que grito a tu Padre, ¡oh, Jesús!, sin encontrar escucha aparente. Son las horas en las que la fe se hace una tortura, la esperanza parece transformarse en desesperación, el amor parece haberse muerto en mi corazón. Estas son las verdaderas «horas santas» de mi vida: las horas en las que la gracia atrae misericordiosamente mi corazón hacia tu angustia en Getsemaní. Cuando estas horas caigan sobre mí, entonces, ¡ten piedad de mí, Señor!

Cuando se cierna sobre mí la angustia de tu Getsemaní, permanece a mi lado. Dame la gracia de reconocer entonces tus horas santas, las de tu vida. Hazme entender que no recaen sobre mí por casualidad ciega, por maldad humana o por un destino trágico, sino que son horas de gracia, la gracia de compartir tu suerte en el monte de los Olivos.

Concédeme la gracia de decir sí. Sí a lo más amargo. Sí a todo, porque todo —incluso las consecuencias de mi culpa— es querido por el Amor eterno. Dame la gracia de orar, cuando el cielo esté plomizo y me sienta sepultado en el silencio de Dios, cuando todas las estrellas de mi vida se apaguen, cuando la fe y el amor parezcan muertos en mi corazón y cuando mis labios balbuceen fórmulas de oración que resuenen como mentiras para mi corazón destruido. Que la fría desesperación, que quiere matar mi corazón, sea entonces una oración que confiese todavía tu amor. Que la impotencia paralizante de un alma en agonía, que no tiene nada donde agarrarse, sea todavía un grito que se alza hacia tu Padre. En ese momento —te lo digo ahora, arrodillado ante ti— que todo se sumerja y quede anegado en tu agonía de Getsemaní.

Ten piedad de nosotros, Jesús, cuando el ángel de nuestra vida nos ofrezca, como a ti, el cáliz. Te lo pedimos: ten piedad de nosotros. No te apiades para

ahorrarnos este cáliz. Quien te pertenece debe beberlo como Tú lo bebiste. Pero ayúdanos en esa hora, no para sentirnos fuertes, sino para que tu fuerza triunfe en nuestra debilidad. Te imploramos: ¡ten piedad de nosotros! En tu tormento, en el monte de los Olivos, viste a los hombres en estas horas de angustia y esa visión consoló tu corazón. Haznos ser los hombres de tu consuelo. Te gritamos: ten piedad de nosotros.

Cuando nos hagas partícipes de tus horas de Getsemaní. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando tengamos que reconocer en las horas de aflicción una participación en tus sufrimientos. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando a nosotros, como a ti, nos parezca dura e incomprensible la voluntad de Dios. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando la tristeza, la turbación, la angustia y el miedo nos asalten como a ti. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos remuerdan nuestras culpas. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos llenen de espanto la santidad y la justicia divinas. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando tengamos que pagar y expiar nuestros errores. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando seamos llamados a compartir los sufrimientos de tu Cuerpo Místico, la Iglesia. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando el egoísmo nos tienta a sobrevolar y a quejarnos de nuestros sufrimientos. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando los amigos nos traicionen como a ti. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos falte la ayuda como a ti te faltó. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos envuelva la hostilidad y el odio como a ti. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nuestro amor, como el tuyo, sea pagado con la ingratitud. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos parezca que el Padre no escucha nuestra oración. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando parezca oscurecerse la luz de la fe en la noche del dolor. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando, en las horas de Getsemaní, la desesperación amenace con abatir la esperanza. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando, en nuestras verdaderas «horas santas», el amor de Dios parezca desaparecer. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando no quede nada más que nuestra miseria más profunda y nuestra impotencia extrema junto a la incomprensibilidad de Dios. *Ten piedad de nosotros.*

Cuando nos asalte, como a ti, la última agonía. *Ten piedad de nosotros.*

Cordero de Dios, que en Getsemaní has cargado con todos nuestros dolores. *Ten piedad de nosotros.*

Cordero de Dios, que en Getsemaní y en la Cruz has redimido y santificado nuestros sufrimientos. *Ten piedad de nosotros.*

Cordero de Dios, Tú que introduces en la gloria del Padre a todos los que han padecido contigo y en ti. *Ten piedad de nosotros, ¡oh, Jesús! Amén.*

ASCENSION Y PRESENCIA DEL SEÑOR

Señor, cuando vuelvas, como te has marchado, como un verdadero hombre, te has de encontrar a ti en nosotros como el sufrido, el paciente, el fiel, el bondadoso, el abnegado, como quien se mantiene unido al Padre aun en las tinieblas de la muerte, como el lleno de amor y de alegría. Señor, has de encontrarte en nosotros como nosotros quisiéramos ser y no somos. Pero tu gracia no sólo se ha quedado, sino que ha venido precisamente a nosotros porque Tú, al subir para sentarte a la derecha del Padre, has derramado tu Espíritu en nuestros corazones. Por eso creemos verdaderamente, contra todo lo que nos dice la experiencia, que Tú continúas tu vida en nosotros, aun cuando desgraciadamente encontramos en nosotros a nosotros mismos y no a ti. Subiste al cielo y te sientas a la derecha del Padre con nuestra vida. Vas a volver con esa misma vida para encontrar la tuya en la nuestra. Y el que Tú la encuentres va a construir nuestra eternidad, cuando mediante tu vuelta hayamos entrado en la gloria de tu Padre con todo lo que somos, lo que vivimos, lo que tuvimos y lo que sufrimos.

SEGUIMIENTO DE CRISTO

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, verdaderamente Dios y hombre en una única persona, Dios desde la eternidad, hecho hombre en nuestro mundo, en el cual estás con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos: te adoramos.

Tú lo has compartido todo con nosotros. Tú mismo, glorioso y consustancial resplandor del Padre, has vivido nuestra vida. Tú la conoces. La has experimentado y saboreado. Tú sabes cómo es. No podemos decir que Tú no sabes qué es eso de ser hombre, que Tú no puedes sentir qué significa estar sometido a las fuerzas y poderes de esta tierra. Tú has sentido qué quiere decir tener un cuerpo, la carne del pecado y de la muerte; qué quiere decir permanecer prisionero en la finitud bajo los poderes de esta tierra: hambre, muerte, política, ignorancia, miseria, procedencia, leyes que disponen de nosotros, necesidad de ganar el pan, ser prisionero del ambiente y de las situaciones de la vida que uno no puede elegir. Tú fuiste un hombre. Ser un hombre debe constituir algo bello, bueno y lleno de sentido. Gracias a ti y a tu vida lo creemos.

Tú has compartido con nosotros lo que trajiste a esta tierra: el amor del Padre, su gloria, su vida divina, su verdad, que es la auténtica verdad de toda verdad. Nos has dado todo lo que el Padre te dio: la participación en la naturaleza divina, la filiación, el Espíritu Santo, la vida eterna. Lo aceptamos. Estamos dispuestos a ser infinitamente más que un nuevo hombre: un hijo de la eternidad, un hijo de Dios, heredero de la promesa, tu hermano, templo de tu Espíritu, reales sacerdotes que alaban al Padre y hacen retornar el mundo a su Creador como alabanza, trabajadores en tu viña, testigos de tu verdad, adoradores en espíritu, anunciadores de la luz que brillan, según las palabras de tu apóstol, como estrellas en medio de una generación mala y pervertida (Flp 2, 15).

Vive, pues, en nosotros. Te pertenece nuestra vida y nuestra muerte. Queremos someternos a tu ley de vida. Dispón de nosotros. No queremos extrañarnos, sino aceptar siempre que Tú quieras continuar tu vida en nosotros, la vida ordinaria, cotidiana, la vida amarga. La vida cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre. Queremos seguirte.

Eterno y sumo sacerdote, queremos continuar tu oración a través de los tiempos hasta que el mundo pueda recitar la oración de la oración eterna, el eterno amén de todo cuanto Dios ha hecho. Queremos orar; orar en lo cotidiano, en los grandes momentos de nuestra vida, en lo profundo de nuestras amenazas, en la impotencia de nuestro Getsemaní, en las últimas soledades de nuestros corazones. Te pedimos la gracia de orar siempre y no desistir. Pedimos tu Espíritu Santo para que, sobre las alas de su divina comunicación en la vida trinitaria de Dios, transporte nuestras pobres palabras sobre el abismo de la nada de este mundo hasta la infinitud del Dios eterno. Cree-

mos que nunca oramos solos. Tú estás entre nosotros y en tu Espíritu Santo oras en nosotros cuando oramos en la comunidad de tu pueblo santo y en el aposento solitario. Adorador del Padre en Espíritu y en verdad, ora en nosotros y con nosotros todos los días de nuestra vida.

Queremos ser tus testigos y tus apóstoles. Testigos de tu verdad y de tu amor, misioneros de tu misión para la salvación del mundo. Como el Padre te ha enviado, así nos envías Tú a nosotros. Tu misión es dura y pesada. Nosotros somos débiles, cobardes y desganados, tercos y torpes. Ya tenemos bastante peso con nosotros mismos. Queremos, sin embargo, caminar. Queremos comenzar de nuevo. Cansados y sedientos de paz, tendemos a evadirnos una y otra vez. No nos dejes en paz. Inquiétanos siempre de nuevo. Enséñanos que sólo se puede operar la propia salvación en el desveló por la salvación de los otros. Haznos clarividentes y ágiles en las oportunidades de trabajar por el reino. Danos esperanza contra toda esperanza. Otórganos tu fuerza en nuestra debilidad. Concédenos el amor que es altruista y paciente, confiado y fiel. En nuestro apostolado, haz que no descuidemos a los que nos son más cercanos.

Cuando tu Espíritu vive en nosotros y nos guía, te seguimos. Entonces estás Tú en nosotros y continúas tu propia palabra, la palabra del perdón, la obra de la redención, la transfiguración del mundo. Cuando te seguimos en tu Espíritu acontece un fragmento de tu reino venidero. Ahora todavía estamos en fe y tribulación, bajo la sombra de la cruz. Pero cabalmente así está viniendo tu reino real, el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y de la gracia, de la justicia, del amor y de la paz. Danos la gracia de seguirte fielmente. Amén.

SEGUIMIENTO EN EL AMOR AL PROJIMO

Señor Jesucristo: Tú mismo me has enseñado un camino hacia una fe realmente determinante para mi vida. En el cotidiano, activo y solitario camino de amor al prójimo. En ese camino te encuentro a ti, desconocido y conocido. Llévame, Luz de la vida, por ese sendero. Concédeme andararlo con paciencia creciente y renovada. Dame la incomprensible fuerza de arriesgarme en la entrega a los hombres y de donarme a mí mismo en el don. Entonces Tú mismo sales a mi encuentro en el prójimo, ya que formas una incomprensible unidad con quienes reciben mi amor. Tú eres quien puede asumir la vida *eterna* de los hombres y, al mismo tiempo, eres Aquél cuyo amor, devuelto al Padre, no deja de ser amor al hombre.

Mi fe en ti está en camino, y con el hombre del Evangelio digo: «Creo; Señor, ayuda mi incredulidad». Tú que eres el camino hacia el prójimo, guíame por tu camino. Tú eres el hermano desconocido y buscado, y en él eres Dios y por siempre. Amén.

LA PALABRA DE DIOS, COMO PROMESA PARA MI

Jesús: Tú planteaste la ilimitada pregunta sobre el ser humano, la pregunta que todo lo inquiere y todo lo examina, la pregunta que yo mismo soy. Esto sucedió no sólo con palabras, sino a través de toda tu historia; no lo hiciste a medias y con reservas, como yo lo hago. Yo me aferro a lo único que es seguro y me atengo a la muerte, que soporto sólo y únicamente como interrogante, pero sin que muera activamente. *Tú* eres la pregunta radical que yo mismo debería ser. Es decir, Tú moriste libremente, y en ti Dios se apropió esa pregunta ilimitada, la asumió y la superó en aquella respuesta, que es su insondable misterio, santo y bendito.

Lo que dice sobre ti la Iglesia, de quien soy miembro bautizado, me resulta con frecuencia incomprensible. Enséñamelo a través de mi propia vida. Quiero ser paciente y hombre de esperanza. Intentaré traducir constantemente en mi vida lo que sé de ti. Quiero también ampliar cuanto sé de ti y albergarlo en lo que la Iglesia cree y confiesa de ti.

Tú eres *ayer*, hoy y siempre, porque *tu* vida ante Dios no puede perderse. Tú eres la infinita pregunta en la que participo yo y mi vida mortal, en la que

participa el hombre. Tú eres la Palabra de Dios, porque en ti Dios mismo se me ha prometido y se ha dado a sí mismo como respuesta. Tú eres la respuesta de Dios, porque la pregunta que eres Tú, el moribundo Crucificado, ha sido respondida eternamente por Dios mismo mediante tu resurrección. Tú eres el Dios-Hombre, ambas cosas sin confusión y eternamente indivisibles. Hazme tuyo en la vida y en la muerte. Amén.

ENCUENTRO CON JESUS

Jesús, toda dogmática sobre ti es buena, y gustosamente afirmo de la misma: «Yo creo; Señor, ayuda mi incredulidad». Pero esa dogmática es buena solamente porque puede aclararme la propia imagen que de ti llevo en mi interior, mas nunca me clarificará *a ti mismo* tal como Tú —mediante tu Espíritu— te manifiestas a mi corazón: silenciosamente sales a mi encuentro en el camino de mi vida, como experiencia de tu gracia interior.

Sales a mi encuentro en el prójimo, al que debo entregarme sin esperar nada a cambio; en la fidelidad a la conciencia, a la que debo seguir sin percibir ganancia alguna; en el amor y en la alegría, que no son más que promesa y me cuestionan si merece la pena creer en el amor y alegría *eternos*; en la oscura agua de la muerte, que lentamente asciende desde el pozo de mi corazón; en las tinieblas de la muerte, que se muere a lo largo de la vida; en la monotonía de los pesados servicios de la agitación diaria; sales a mi encuentro por doquier, Tú, el Intimo, el Innominado o el Llamado por tu nombre. En todo busco a Dios para huir de la nada asesina y no puedo abandonar el hombre que soy, al que amo. Pues todo te confiesa a

ti Dios-Hombre. Todas las cosas claman hacia ti, en quien como hombre ya se tiene a Dios sin tener que abandonar al hombre y en quien como Dios ya se puede encontrar al hombre sin temor a encontrar solamente lo absurdo.

Yo te invoco. La fuerza última de mi corazón pugna hacia ti. Déjame hallarte, encontrarte en toda mi vida para que poco a poco llegue a comprender lo que la Iglesia me dice de ti. Sólo hay dos palabras últimas: Dios y hombre, un único misterio al que me entrego plenamente en amor y esperanza. Este misterio es verdaderamente uno en su duplicidad, es uno en ti, Jesucristo. Poniendo mi mano sobre tus llagas te digo juntamente con el incrédulo y buscador Tomás: «Señor mío y Dios mío». Amén.

III

EN EL ESPIRITU SANTO

ESPIRITU SANTO

Señor Jesucristo, Hijo del Padre, sacramento de la vida, pan de los peregrinos, viático y término, camino y patria, seas adorado, amado y loado en tu sacramento.

Señor, hoy es pentecostés. Hoy celebramos el día en que Tú, levantado sobre todos los cielos, sentado a la derecha del Padre, derramaste sobre nosotros el Espíritu prometido, a fin de permanecer Tú con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos, y por El continuarás en nosotros tu vida y muerte para gloria del Padre y salud eterna nuestra.

Señor, mira los espíritus que nos oprimen y danos el carisma de discernimiento de los espíritus. ¡Qué propio de pentecostés sería este don!

Danos el conocimiento, que se abona en el diario quehacer de que, cuando te buscamos y deseamos, el espíritu de tranquilidad, de paz y confianza, de libertad y sencilla caridad es tu Espíritu, y todo espíritu de inquietud y de angustia, de estrechez y de plúmbea amargura es, a lo sumo, espíritu nuestro o de la oscura profundidad.

Danos tu Espíritu consolador. Sabemos que tam-

bién en el desconsuelo, sequedad e impotencia psíquica debemos y podemos ser fieles; sin embargo, nos es lícito pedirte el espíritu de consuelo y fuerza, de alegría y confianza, de crecimiento en fe, esperanza y caridad, de generoso servicio y alabanza de tu Padre, el espíritu de tranquilidad y paz. Destierra de nuestro corazón la desolación espiritual, las tinieblas, la confusión, la inclinación a las cosas bajas y terrenas, la desconfianza sin esperanza, la tibieza, tristeza y sentimiento de abandono, la disensión y el sofocante sentimiento de estar lejos de ti.

Pero si a ti te pluguiere llevarnos también por esos caminos, déjanos, te pedimos, por lo menos en esas horas y días, tu santo espíritu de fidelidad, de firmeza y constancia, a fin de que, con ciega confianza, prosigamos el camino, mantengamos la dirección y permanezcamos fieles a los propósitos que hicimos cuando tu luz nos iluminaba y tu gozo dilatava nuestro corazón. Sí, danos entonces, en medio de tal abandono, más bien el espíritu de animoso ataque, de pertinaz «a pesar de todo» en la oración, en el vencimiento propio y en la penitencia. Danos entonces la incondicional confianza de que, ni aun en esos momentos de abandono, somos abandonados de tu gracia; de que, sin sentirte, entonces sobre todo estás con nosotros, como la fuerza que saldrá victoriosa en nuestra impotencia. Danos el espíritu del fiel recuerdo de tus amistosas visitas pasadas y del otear las pruebas sensibles de tu amor, que vendrán. Haznos confesar en esas horas de desconsuelo nuestro pecado y miseria, sentir y reconocer humildemente nuestra flaqueza y que Tú sólo eres la fuente fiel de todo bien y de todo consuelo celestial.

Cuando tu consuelo nos visite, haz que venga acompañado del espíritu de humildad y del propósito de servirte aun sin consuelo.

Danos siempre el espíritu de fortaleza y de resolución animosa, para reconocer el ataque y la tentación, no disputar con ella ni entrar en componendas, sino decir rotundamente que no, pues ésta es la más sencilla táctica de combate. Danos la humildad de pedir consejo en las situaciones oscuras, sin falsa locuacidad y espejismo roto, y también sin la necia soberbia que nos dice debiéramos arreglárnoslas siempre solos. Danos el don de la sabiduría del cielo, para conocer los puntos flacos de nuestro carácter y de nuestra vida y velar y luchar con la máxima fidelidad allí donde somos más vulnerables.

Danos, en una palabra, tu Espíritu de Pentecostés, los frutos del Espíritu, que, según tu apóstol, son: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia. Si tenemos este Espíritu y sus frutos no somos ya siervos de la ley, sino hijos libres de Dios. Entonces el Espíritu grita en nosotros: *Abba*, Padre. Entonces intercede por nosotros con gemidos inexpresables; entonces es unción, sello y arras de la vida eterna. Entonces es la fuente de agua viva que brota en el corazón y salta hasta la vida eterna y susurra blandamente: «Ven al Padre».

¡Oh Jesús, envíanos tu Espíritu! No te canses de darnos *tu* don de Pentecostés. Aclara el ojo de nuestro espíritu y afina nuestra capacidad espiritual para que podamos discernir tu Espíritu de todos los otros. Danos tu Espíritu para que de nosotros se pueda decir: «Si mora en vosotros el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, El resucitará también vuestro cuerpo moral para la vida por medio de su Espíritu que mora en vosotros». Es Pentecostés, Señor: tus siervos y siervas te piden con la audacia que Tú les mandas: Haz que también en nosotros sea Pentecostés. Ahora y para siempre. Amén.

Dios, eterno misterio de nuestro ser, Tú nos has liberado al convertir tu propia inmensidad en la anchura ilimitada de nuestra vida. Nos has salvado al convertir todo en provisional, excepto tu propia inmensidad. Nos has hecho inmediatamente para ti cuando en nosotros y a nuestro derredor destruyes todos los ídolos a los que queremos adorar y en los que quedamos petrificados. Tú sólo eres nuestro fin sin fin, por eso tenemos ante nosotros el infinito movimiento de la esperanza. Si realmente creyéramos del todo en ti como te nos has dado, seríamos realmente libres. Nos has prometido esta victoria porque Jesús en la muerte la ha conquistado para sí y para sus hermanos, pues te encontró de nuevo como Padre en la muerte del abandono. En Jesús de Nazaret, el crucificado y resucitado, tenemos la certidumbre de que nada nos separará del amor: ni ideas ni poderes y potestades, ni el peso de la tradición ni la utopía de nuestros futuros, ni los dioses de la razón ni los de nuestros propios abismos, ni dentro de nosotros ni fuera. En ese amor el Dios inefable, en su libertad omnicomprendensiva, se nos ha dado en Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Señor, quiero presentar ante ti mi vida cotidiana*. Las largas horas y días llenos de todo menos de ti. Mira esta vida de todos los días, mi Dios amable, que eres misericordioso con el hombre, que casi no es otra cosa que vida de rutina. Mira mi alma que casi no es otra cosa que una calle sobre la cual la chusma de este mundo sigue desfilando sin fin con sus innúmeras bagatelas, con su murmuración y sus trajines, con su curiosidad y su vana presunción. ¿No es, por ventura, mi alma delante de ti y de tu verdad insobornable como un mercado sobre el cual los vagabundos de los cuatro vientos se dan cita y ponen en venta las pobres riquezas de este mundo; donde yo, en eterno y enfadoso desasosiego, y el mundo también y los hombres, exhibimos nuestras cosas que nada valen?

Aprendí alguna vez hace muchos años, como «filósofo» en la escuela, que el alma es al mismo tiempo todo. ¡Ay, Dios mío! ¡De cuán distinta manera he te-

* Alltag quiere decir «de todos los días». Es el modismo que en alemán significa: rutina, trivialidad. El que Alltag sea una palabra yuxtapuesta le permite al autor insinuar analogías distintas, pero de la misma raíz. Difícilmente se puede traspasar este matiz literario al castellano. (N. del T.)

nido que vivir ahora esta palabra respecto a lo que entonces había pensado y soñado! Mi pobre alma se ha ido convirtiendo como en un inmenso almacén, en el cual un día tras otro «todo» se le va metiendo por todos los lados, sin ton ni son, hasta que queda repleto, desbordante, de vida cotidiana.

¿Qué será de mí, Dios mío, si mi vida prosigue así? ¿Qué me pasará en aquella hora en la cual de repente todos estos objetos de la rutina diaria sean echados a una de este almacén, como ocurrirá en la hora de mi muerte? Entonces ya no habrá rutina, entonces de repente seré abandonado por todo lo que ahora llena mis días y mi vida. Pero yo mismo, ¿qué seré en esta hora única en la cual seré más yo mismo, y fuera de eso nada más? ¿Qué seré entonces yo, aquel que durante una vida sólo fue rutina, esto es, trajín y vacío colmado con murmuración y fruslerías? ¿Qué será de mí cuando la pesada violencia de la muerte venga a cobrar inexorablemente y sin misericordia la cuenta justa de mi vida, de los muchos días y largos años? ¿Cuál va a ser entonces el resultado? ¡Dios mío, si Tú fuiste misericordioso conmigo, entonces, en este gran engaño que vendrá sobre el gran equívoco de mi rutina, quizá un par de instantes será el auténtico resto de una vida inauténtica, un par de momentos en los cuales la gracia de tu amor se habrá colado en algún rincón de mi vida llena de trajín rutinario.

Pero, ¿cómo he de cambiar esta miseria de mi rutina, cómo he de volverme hacia el único ser necesario que eres Tú? ¿Cómo he de huir de la rutina? ¿No me empujaste Tú a esta rutina? ¿Acaso no me encontraba ya perdido en este mundo y en plena rutina cuando por primera vez sospeché y comprendí que mi vida verdadera debía ahogarse en ti y no en la rutina? ¿No me hiciste Tú hombre? Pero, ¿qué cosa es el hombre

sino el ser que, insuficiente a sí mismo, anhela tu infinitud y por ello comienza a correr al encuentro de tus lejanas estrellas, y así recorre todas las calles del mundo, y al fin de esos caminos sigue viendo refulgir tus estrellas con serenidad y a la misma distancia?

Y mira, Dios mío, si yo quisiera huir de mi rutina, si yo quisiera volverme cartujo para no tener que hacer otra cosa que permanecer en adoración silenciosa ante tu faz sagrada, ¿estaría yo entonces realmente a salvo, encima de la rutina? Cuando pienso en las horas en las cuales estoy ante el altar o rezo el breviario de tu Iglesia, entonces sé que no son los negocios mundanos los que hacen rutina de mis días, sino que soy yo mismo el que soy capaz de transformar los acontecimientos sagrados en horas de rutina gris. Yo convierto mis días en rutina, no ellos a mí.

Por eso, sé que si en última instancia puede haber un camino que vaya a ti, irá por en medio de mi rutina. Sin la rutina solamente podría huir hacia ti si en esta santa fuga pudiera dejarme a mí mismo atrás. Pero, ¿hay algún camino en medio de la rutina que vaya hacia ti? Semejante camino ¿no me aleja acaso cada vez más de ti, más profundamente cada vez hacia el vacío ruidoso de las ocupaciones en el cual Tú, Dios silencioso, no habitas? Yo bien sé que el movimiento que le llena a uno vida y corazón llega a hasticar, que el «taedium vitae» mencionado por los filósofos, y la saciedad de la vida, de la cual habla tu palabra como la última experiencia en la vida de tus patriarcas, también se convierte cada vez más en una parte consustancial de mi ser.

Sí, finalmente la rutina se transforma por sí misma en la gran melancolía de la vida. ¿Acaso no experimentan también ésta los paganos? ¿Por ventura ya está uno contigo cuando la rutina finalmente enseña

su verdadero rostro, cuando ella misma confiesa que todo es vanidad y tormento espiritual, cuando recojo la experiencia del que predica en tu nombre? ¿Es la rutina, de esa manera tan sencilla, el camino que va a ti? ¿O no alcanza mucho mejor su última victoria precisamente cuando por fin los propios objetos de la rutina, cuando las cosas que en otras ocasiones tan fácilmente ayudan al hombre en el aburrimiento y la desolación se vuelven indiferentes al corazón consumido? ¿Está, pues, un corazón cansado y decepcionado más cerca de ti que otro lozano y contento con el mundo? Propiamente, ¿dónde se te encuentra, si la afición a la rutina hace olvidarse de ti, e incluso el desengaño de la rutina no te ha encontrado todavía y hace más incapaz al corazón amargado y enfermo para encontrarte?

Dios mío, si uno puede perderte en todas las cosas, si ni la oración ni las fiestas santas, ni la paz del monasterio, ni las grandes decepciones por todas las cosas excluyen de sí tal peligro, entonces también estos objetos santos, no rutinarios, pertenecen de todos modos a la rutina. Sí, entonces la rutina no es un «trozo» de mi vida, no es solamente el trozo más largo de mi vida, sino que siempre hay rutina, «todo» es rutina, porque todo me puede robar y echar a perder lo único que es necesario, a ti, mi Dios.

Pero si en ningún sitio me has dado un lugar en el cual pueda refugiarme para encontrarte de veras, si en todas las cosas puedo perderte a ti, que eres para mí lo único, entonces he de poder también encontrarte en todas las cosas, porque de otra forma el hombre nunca podría encontrarte en modo alguno, ese hombre que sin ti ni siquiera puede existir. Entonces debo buscarte en todas las cosas, porque cada día es rutina de todos los días, y cada día es día tuyo y hora de tu gracia.

Todo es rutina diaria y día tuyo a la vez. Dios mío, otra vez vuelvo a entender lo que ya sabía desde hace mucho tiempo. Vuelve a cobrar vida en mi corazón lo que tantas veces me había dicho el entendimiento. Pero, ¿de qué sirve la verdad el entendimiento si no es a la vez la vida del corazón? Una y otra vez tengo que sacar la pequeña nota de Rusbroquio, que ya había copiado para mí hace muchos años, volverla a leer ahora, ya que el corazón la vuelve a comprender. Me consuela una y otra vez leer cómo este hombre espiritual se representaba su propia vida; el que yo todavía guste estas palabras después de tanta rutina en mi vida se me figura como una promesa de que alguna vez bendecirás también mi rutina.

Dios viene sin cesar a nosotros mediata e inmediatamente, y nos exige obrar y disfrutar y que una cosa no resulte violentada por la otra, sino constantemente fortalecida. Y por esto el hombre espiritual posee su vida de dos maneras, a saber: descansando y obrando. Y en cada una está completa y sin dividirse. Pues está completamente en Dios, porque al disfrutar descansa, y está completamente en sí mismo, porque al trabajar ama, y en todo tiempo es excitado y avisado por Dios para renovar uno y otro, descansar y trabajar. De modo que así el hombre es justo y está en el camino hacia Dios con íntimo amor y eterno obrar. Y va penetrando en Dios mediante la inclinación de disfrutar en una paz eterna. Y se queda en Dios, y vuelve a salir hacia todas las criaturas con amor que lo abraza todo, con virtudes y justicias. Este es el escalón más elevado de la vida interior. Todos aquellos que no consiguen el descansar y obrar en un solo ejercicio no han alcanzado esta justicia. Un justo así no puede ser detenido al entrar en sí mismo, porque él entrará tanto gozando como trabajando. Mucho mejor se asemeja a un espejo doble que recoge imágenes en ambos lados. Porque en la parte más elevada de su espíritu recibe el hombre a Dios a la vez que todos sus dones, y a través de la parte más baja recoge, mediante los sentidos, imágenes corporales...

En una sola práctica debo poseer la rutina de cada día y el día tuyo. En la excursión hacia el mundo debo volver dentro de ti, en todo, poseerte a ti, el único. Pero ¿cómo se ha de volver día tuyo mi rutina de todos los días? ¡Dios mío, sólo gracias a ti! Solamente gracias a ti puedo ser un hombre «interior» en el bullicio y distracción de la labor cotidiana. Solamente gracias a ti estoy en mí y contigo cuando salgo para estar con las cosas. Ni la angustia ni la nada, ni tampoco la muerte me libran del estar perdido en los objetos del mundo, como dicen los filósofos de hoy, sino solamente tu amor, el amor a ti. Sólo Tú, objeto y meta de todas las cosas, Tú que satisfaces plenamente, Tú que bastas a ti mismo, eres mi liberación. Tu amor, mi Dios infinito, el amor a ti, que te yergues a través de todas las cosas, a través de su corazón, muy por encima de ellas, hacia tus infinitas latitudes, y te llevas de paso todos los objetos perdidos como himno de loa de tu infinitud. Ante ti toda la multiplicidad se vuelve unidad. Toda dispersión en ti confluye. En tu amor cada exterioridad se torna interioridad. Mediante tu amor toda salida a la rutina de cada día se vuelve incursión hacia tu unidad, la cual es vida eterna.

Pero este amor —que permite a la rutina ser rutina, y a pesar de eso la transforma en retorno hacia ti— solamente me lo puedes dar Tú. Por eso, ¿qué he de decirte en esta hora en la cual me traigo a mí mismo, el rutinario, ante tu presencia? Sólo he de hacerte una petición del más común de tus dones, que a la vez es el más elevado: tu amor. Mueve mi corazón con tu gracia. Permíteme, cuando tiendo la mano a los objetos de este mundo, por la alegría o el dolor, que mediante ellos te comprenda y ame a ti, primer principio de todos ellos. Tú, que eres amor, dame el amor. El amor a ti, para que todos mis días alguna vez desemboquen en el único día de tu vida eterna.

VIVIR POR LA GRACIA

Señor Jesucristo, te adoramos llenos de fe en aquella muerte tuya que es nuestra salvación. Sólo nos encontramos a nosotros mismos en tu Espíritu y Tú mismo estás en nosotros cuando en ti nos perdemos.

Tú has puesto sobre nosotros tu mano el día de nuestro bautismo. Tú has derramado tu Espíritu en nuestros corazones. Tú te has hecho cargo de nuestros pecados y los has sobrepujado con tu gracia. Tú has consagrado todo el ámbito de nuestra existencia para introducirnos en la inmensidad insondable de tu propio Padre. Hemos llegado a ser mucho más de cuanto podíamos barruntar y entender. Hemos sobrepasado por tu gracia nuestro existir cotidiano y, con ello, tenemos acceso durante la misma vida cotidiana a las experiencias más excelsas y profundas que el hombre pueda soñar mientras peregrina por la tiniebla del mundo. Hemos sido ungidos con tu Espíritu, santificados por tu Gracia, renacidos a la vida de verdaderos hijos de Dios, hechos partícipes de la naturaleza divina, sellados para la eternidad. Tu lejanía, la lejanía del Dios eterno, la lejanía de tu luz deslumbrante, la lejanía de tu santidad inmaculada, la lejanía de tu

amor devorador, de tu incomprensible e impetuoso amor, se nos ha vuelto próxima. Todo esto ha entrado en contacto con nuestro corazón porque poseemos el Espíritu Santo. El es el óleo y el sello del hombre interior. El es quien da plenitud a todos los abismos insondables de la vida. El se hace fuente de Vida en nosotros; con El somos capaces de arrostrar hasta la muerte. El es la dicha sin fronteras, una dicha que ha reconducido a sus originales fuentes los riachuelos de nuestras lágrimas, aun cuando en alguna ocasión hayan amenazado con inundar el valle de nuestra existencia. El es el Dios de nuestra interioridad, la santidad del corazón, su júbilo oculto y singular, incluso en aquellos momentos en que rozamos la desesperación y decaen nuestras fuerzas. El se encuentra totalmente en nosotros, de modo tal que, aunque pobres ciegos, llegamos a captarlo por la interior sabiduría de la fe. Sí, El es el Sapiente y el comunicador de toda Sabiduría. El se hace cargo de nuestro ánimo, infundiéndole esperanza en los instantes de abatimiento y desconfianza. El nos llena de amor como amor que nos ama, y así nos habilita para que amemos con generosidad y alegría, aunque tantas veces parezca nuestro corazón frío, pequeño y estrecho. En nosotros es El la eterna juventud que vence el desgaste del envejecimiento de la vida y del corazón. El es la sonrisa que se anuncia ya detrás de nuestros gemidos de dolor. El es la confianza que nos hace valientes, la libertad y la jubilosa beatitud de nuestra conciencia. ¡Oh sí, somos mucho más de lo que creemos! Confesándolo, Señor, te tributamos gloria al tiempo que nos despojamos de nosotros mismos, de nuestras experiencias propias por amor a tu palabra. Al experimentar lo que realmente somos por nuestras propias fuerzas, nosotros, vanidad del vacío, abismo de la miseria, tomamos conciencia de nuestra finitud

y pecaminosidad. Así caemos bajo el juicio justo de tu Palabra. ¡Sí, creemos en tu Palabra! Lo que ella revela de nosotros es nuestra auténtica verdad, nuestra única verdad. Pero, al mismo tiempo, nos encontramos por tu Palabra con la Verdad y el Amor de Dios, aún escondido, mas ya presente; aún creído, pero ya poseído en prenda; aún experimentado como tormento de nuestra esperanza todavía no cumplida y aguijón de una interminable intranquilidad, mas ya consuelo y aliento para la vida eterna; aún sentido como impulso que mueve sin reposo el tiempo, pero ya percibido como apaciguamiento del sábado eterno; aún palpado como juicio sobre nuestros pecados, pero ya sentido como Palabra que nos reconcilia y libera.

Somos tuyos y como tales nos postramos ante tu Sacramento. El es el Sacramento de tu muerte que nos da la vida, el sacramento del silencio que clama en nosotros como verdadera voz que sobrepuja todas nuestras habladurías, el sacramento de tu Cuerpo, que, tomado de esta tierra nuestra, es, para nosotros, prenda de vida celestial. Al contemplar aquí tu cuerpo, te suplicamos: vive en nosotros; que tu Espíritu nos llene. Creemos que tu fuerza llevará a la victoria nuestra propia flaqueza. Creemos que tu verdad se ha sobrepuesto ya a nuestros engaños. Creemos que tu libertad nos está liberando de nuestras estrecheces. Vive en nosotros. Haz que tengamos el coraje de creer que tu bendición se derrama sobre esta tierra nuestra, pues no sólo el cielo está lleno de tu gloria. También quien sucumbió en la batalla por dignificar este mundo llevará la palma de la inmortalidad, con tal que haya luchado con valentía y limpieza. No sabemos ni podemos decir quiénes son los que están lejos, pues tu Gracia los ha elevado y dignificado a todos. No nos sentimos mejores que aquellos que andan a tientas en medio de la tiniebla. No nos sentimos siquiera

más justos que quienes con la apariencia de sus acciones y acaso también con el convencimiento de sus corazones contradicen tus mandamientos. Sobre todos se cierne la palabra última, aquella palabra que no osamos pronunciar por no ser palabra nuestra, sino tuya: la palabra de tu gracia. Descienda sobre todos el Espíritu que confesamos, tu Espíritu Santo. Con tu Palabra y tu Espíritu nos sabremos rebosantes de una gracia que nos llevará a la eternidad. Amén.

ORACION PARA PEDIR LA ESPERANZA

Te pedimos, Dios de la gracia y de la vida eterna, que aumentes y fortalezcas en nosotros la esperanza; danos esta virtud de los fuertes, esta fuerza de los confiados, este ánimo de los incommovibles. Haz que sintamos siempre ansia de ti, que eres cumplimiento infinito del ser; haz que siempre confiemos en ti y en tu fidelidad; haz que, sin vacilación, nos agarremos siempre a tu poder —haz que así sintamos y opera Tú en nosotros, por tu Santo Espíritu, ese sentimiento—, y entonces, Señor y Dios nuestro, tendremos la virtud de la esperanza. Entonces podremos acometer animosos, una y otra vez, la tarea de nuestra vida; entonces vivirá en nosotros la gozosa seguridad de que no trabajamos en balde; entonces haremos nuestra obra y sabremos que, cuando fallan nuestras fuerzas, Tú, Dios omnipotente, operas en nosotros, por nosotros y sin nosotros tu gloria y nuestra salvación eterna, según tu beneplácito. Fortalece en nosotros tu esperanza.

Pero la esperanza de la gloria, Dios eterno, es tu Hijo unigénito. El posee tu ser infinito por toda la eternidad, pues Tú se lo has regalado y constantemente se lo regalas, en generación eterna; El posee,

pues, todo lo que nosotros esperamos y anhelamos; El es la sabiduría y el poder, la belleza y la bondad, la vida y la gloria: El lo es todo en todo. Y El, este Hijo tuyo, a quien se lo has dado todo, se ha hecho nuestro. Se ha hecho hombre. Tu Verbo eterno, Dios de la gloria, se hizo carne, se hizo como uno de nosotros, se humilló y asumió la forma humana, un cuerpo humano, un alma humana, una vida humana, un destino humano hasta sus más espantosas posibilidades. Tu Hijo, Padre santo, se hizo de verdad hombre. Doblamos la rodilla en signo de adoración. Porque ¿quién puede medir lo incomprensible de tu amor? De tal manera has amado al mundo que los hombres se escandalizan de tu amor y toman la palabra de la encarnación de tu Hijo por locura y desvarío. Pero nosotros creemos en lo incomprensible, en la audacia aniquiladora de tu amor. Y porque creemos podemos regocijarnos en bienaventurada esperanza: Cristo en nosotros es la esperanza de la gloria. Porque si Tú nos regalas a tu Hijo, ¿qué puede haber ya que te reserves, qué puede haber que nos niegues? Si poseemos a tu Hijo, a quien se lo has dado todo, tu propio ser, ¿qué nos puede ya faltar? Y El es realmente nuestro, porque es hijo de María, hermana nuestra en Adán, es hijo de la familia de Adán, es de nuestro linaje, de la misma naturaleza, del mismo origen que el resto de los hombres.

Y si todos los hombres formamos en tus designios y en tu voluntad creadora una gran comunión de linaje y destino, y si tu propio Hijo pertenece a esta gran comunión de linaje y destino, es claro que nosotros, precisamente nosotros, pobres hijos de Eva, compartimos el linaje y destino de tu propio Hijo. Somos hermanos del primogénito y del unigénito, hermanos de tu Hijo, coherederos de su gloria. Entramos a la parte en su gracia, en su espíritu, en su vida, en su destino

de cruz y gloria, en su exaltación en el cielo. Ya no vivimos nosotros nuestra vida, sino que Cristo, nuestro hermano, vive en nosotros y por nosotros su vida. He aquí, ¡oh Padre de Jesucristo y Padre nuestro!, que estamos prontos a participar de la vida de tu Hijo. El quiere prolongar en nosotros su vida hasta el fin de los tiempos, quiere revelar en nosotros y en nuestra vida la gloria, grandeza, hermosura y bendición de su vida. Lo que nos acontece en la vida no es azar, no es hado ciego, sino un fragmento de la vida de tu Hijo. Queremos tomar la alegría como alegría de tu Hijo, el triunfo como triunfo suyo, el dolor como su dolor, la pasión como su pasión, el trabajo como su trabajo, la muerte como participación en su morir.

En una cosa señaladamente pedimos tu gracia para participar en la vida de Jesús: concédenos parte en la oración de Jesús, parte con Jesús orante. El es el gran orador de Dios en espíritu y en verdad; El es el mediador señero, por el que nuestra oración puede llegar hasta el trono de la gracia. Queremos orar en El, unidos con su oración. Enséñenos a orar El, con quien somos por su Espíritu una sola cosa. Enséñenos a orar, como El mismo oró: a orar siempre y no desfallecer, a orar con perseverancia, confiada y humildemente, en espíritu y en verdad, con verdadero amor al prójimo, sin el cual ninguna oración es agradable en tu acatamiento. Enséñenos a pedir lo mismo que El pidió: que sea santificado tu nombre, que se haga tu voluntad, que venga a nosotros tu reino, pues si de este modo pedimos tu gloria nos oirás también cuando te roguemos por nosotros, por nuestro bienestar y solicitudes terrenas. Danos espíritu de oración, de recogimiento y de unión con Dios. Recibe, Señor, mi pobre corazón. ¡Está a menudo tan lejos de ti! Es como tierra sin agua, seca y estéril, perdido en las mil

cosas y nonadas que llenan mi diario trajín. Sólo Tú, Señor, puedes recoger mi corazón en ti, Tú que eres centro de todos los corazones, señor de todas las almas. Sólo Tú puedes darme el espíritu de oración, sólo tu gracia puede concederme que, a través de la barahúnda de las cosas, a través de la distracción del diario quehacer, te halle a ti, que eres lo único necesario, lo único en quien mi corazón puede descansar. Venga tu Espíritu en ayuda de mi flaqueza y, pues nosotros no sabemos qué hayamos de pedir, interceda El por nosotros con gemidos inefables, y Tú, que conoces los corazones, oyes lo que desea en nosotros el Espíritu que aboga por nosotros.

Finalmente, te pido lo más difícil y lo más duro: la gracia de reconocer en todo sufrimiento de mi vida la cruz de tu Hijo, de adorar en El tu inapelable voluntad, de seguir a tu Hijo en el camino de la cruz, mientras ése sea tu beneplácito. Concédeme ser susceptible para tu gloria y no sólo para mi bienestar, y entonces sabré llevar la cruz no sólo como expiación de mis pecados. Haz que no me torne amargo en el dolor, sino maduro, paciente, abnegado, manso y henchido de anhelo por aquella tierra en que no habita ningún dolor, y por aquel día en que tú enjuagarás toda lágrima de los ojos de quienes te han amado, y en medio del dolor han creído en tu amor y en medio de la noche en tu luz. Haz que mi dolor sea una confesión de mi fe en tus promesas, una confesión de mi esperanza en tu bondad y fidelidad, una confesión de mi amor: de que te amo más que a mí mismo, de que, por tu causa, amo aun sin ojo al galardón. La cruz de mi Señor sea mi modelo, sea mi fuerza, sea mi consuelo, sea la solución de todos los oscuros enigmas, la luz de todas las noches. Danos que nos gloriemos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; danos que seamos tan maduros en el verda-

dero ser y vivir cristiano, que no miremos ya la cruz como desgracia y contrasentido incomprensible, sino como signo de tu elección, como oculto signo seguro de que seremos eternamente tuyos. Porque fiel es la palabra de que, si con El morimos, con El también viviremos; si con el perseveramos, con El también reinaremos. Padre, queremos entrar en todo a la parte con tu Hijo: en su vida, en su gloria divina y, por tanto, también en su dolor y muerte.

Solamente es necesario que Tú nos des con la cruz la fuerza para llevarla; haz que en la cruz sintamos también tu bendición; danos la cruz de la que tu sabiduría sabe que será para nuestra salud y no para nuestra perdición eterna.

Hijo del Padre, Cristo que vives en nosotros, Tú eres la esperanza de nuestra gloria. Vive en nosotros, somete nuestra vida a las leyes de tu vida, haz nuestra vida semejante a la tuya. Vive Tú en mí, ora Tú en mí, padece Tú en mí, y nada más deseo. Porque si a ti te tengo, soy rico. El que te ha hallado, ha hallado la fuerza y la victoria de su vida. Amén.

ORACION DE MI APOSTOLADO

Tú, Padre, eres el Dios de la gracia gratuita. Te apiadas de quien quieres, cuando y donde te place. Si es una clemencia gratuita el que Tú llames a los hombres a tu propia vida, comprendo bien que esta vocación no es un obsequio que se le da al hombre, a una con la existencia, sino que el hombre solamente podrá encontrarte donde quieras dejarte hallar. Y también, como testimonio de que tu salvación es un don gratuito de la gracia, veo que el camino de la salvación que va hasta tu infinitud ubicua deberá hacer un «rodeo» para pasar junto a aquel determinado hombre nacido en Palestina en tiempos del César Augusto y que murió bajo Poncio Pilato. Es el «rodeo» pasando junto a tu Hijo que se volvió hombre. En su «aquí y ahora», no en el siempre y dondequiera del espíritu versátil, tu gracia se nos hizo participación nuestra. Tu Santo Espíritu sopla donde quiere, donde El quiere, no donde yo quiero. El no está simplemente siempre allí donde algún hombre quiere tenerlo.

Debemos ir allí donde quiera darnos su gracia. Por eso tu salvación está ligada a tu Iglesia visible. Por eso nos viene tu gracia mediante signos visibles. Señor, lo

sé bastante bien. Y me agrada esta característica de tu gracia. Me consuela saber que yo puedo acercarme a ti no solamente en el «espíritu» —el espíritu puro del que hablan los filósofos cuando comienzan a fundar religiones; ése siempre me ha parecido un espectro—, sino en el signo visible del agua bautismal, en la palabra del perdón del sacerdote, en el pan santo de los altares llevo a conocer tu poder y tu presencia en mi vida. Por lo que a mí toca, no deseo ninguna religión de espíritu puro y de interioridad absoluta. En el fondo, no sería otra cosa que la religión de lo puramente humano, en la cual solamente se percibe el propio espíritu y la propia interioridad propia, solamente a uno mismo en lugar de tu palabra libre, la cual nos revela más de ti que lo que tu dedo pudiera escribir en las reducidas páginas de tu creación.

Pero, Dios mío, mediante este ser de tu veneración algo ha entrado en mi vida, algo que a veces se hace muy pesado en mi alma. Me hiciste sacerdote tuyo, y así me elegiste como señal terrena de tu gracia para otros. En mis manos pusiste tu gracia y en mi boca tu verdad. No me sorprende que los hombres te reconozcan cuando Tú les sales al encuentro en tu Hijo encarnado, en la pura agua bautismal, en la silenciosa forma del pan, en la palabra de la Escritura, repleta de sencillez y hondura divina. Pero que Tú incluso quieras venir por medio de mi persona a los corazones humanos que son propiedad tuya, Dios mío, ¿cómo pueden reconocerte así los hombres, a ti en mí? Sí, Tú, eterno peregrino en tu mundo, hasta que entregaste las demás contraseñas del amor, mediante las cuales quieres saludar a los hombres en sus caminos: tu palabra, tu verdad, tu sacramento. Ahora estas cosas únicamente podrán dar con el camino que conduce al más recóndito secreto de las almas libres, si éstas me reciben también a mí, si me toman como soy.

¿Pueden acaso los hombres reconocerte en mí, o al menos pueden comprender que Tú me has enviado como el mensajero de tu verdad, como el portador de tu misericordia? Cuando esta pregunta surge en mi espíritu, tu alegre nueva para mis hermanos casi se me convierte en un peso abrumador para mí, tu mensajero.

Ciertamente sé que me enviaste, yo soy tu mensajero; quizá miserable, pero siempre tu mensajero, enviado por ti y sellado con un sello que no puede perderse. Tu verdad no se falsifica cuando yo la anuncio —yo, hombre pecador, para el cual también vale el «todo hombre es mentira»—. Tu gracia permanece limpia, aun cuando la distribuyan mis manos. Tu evangelio sigue siendo una alegre nueva, aun cuando nadie perciba que el alma de tu mensajero se regocija en Dios su salvador. Tu luz alumbró y convierte nuestra oscuridad y la sombra de muerte de nuestra tierra en el día de tu gracia, a pesar de que esta luz debe buscar su camino a través de los vidrios sucios de mi pequeña linterna.

Yo sé, Señor, yo sacerdote de tu verdadera Iglesia, que no debo hacer depender de la conciencia de mis valores personales mi conciencia de apóstol, ni la disposición de hacer conocer tu mensaje oportuna o oportunamente. Tu sacerdote llega a los hombres no como un «despertador», no como «amigo de Dios», como «indicador», como «staretz», como «pneumático» o como se llaman todos aquellos que solamente pueden participarles a los hombres aquello tuyo que ellos mismos poseen. Vengo como mensajero enviado por tu Hijo, Nuestro Señor, y eso es al mismo tiempo menos y más, mil veces más que todo lo demás.

Pero, Dios de mi apostolado, si yo pudiera realizar tu mensaje modestamente hasta cumplir tu encargo,

y si entonces pudiera vivir mi vida para mí, entonces sin duda tu carga no sería más pesada que la de cualquier otro mensajero y administrador que cumple con su oficio. Pero tu encargo, tu misión misma se ha convertido en mi propia vida; atrae hacia sí inconsideradamente todas las fuerzas de mi vida, quiere vivir de mi vida. Vivo mi vida —mi vida más personal y propia— por la sola razón de que llevo adelante tu mensaje. Soy tu mensajero, y fuera de eso nada. Tu luz, perdóname, arde con el aceite de mi vida. En tu servicio no hay turnos, después de los cuales puede uno ser señor de sí mismo, «hombre privado». Es una honra y una gracia poder servirte con todas las fuerzas. Debo darte las gracias porque hiciste de mi vida servicio tuyo, porque no tengo otra «profesión» que llevar adelante el mensaje de tu salvación. Porque en mi vida la profesión y el amor pueden fundirse totalmente.

Y, sin embargo, esta gracia es la más pesada carga de mi vida. ¡Ojalá pudiera uno en tu servicio dividir oficio y vida! Cuánto más fácil me sería. No como si quisiera servirte solamente durante dos horas al día, no como si yo quisiera o debiera participar a los hombres mis experiencias religiosas, mi penetración o mis ocurrencias.

Al contrario: quiero ser tu mensajero. Debo seguir entregando tu verdad y gracia, y nada fuera de eso. Pero precisamente porque tan sólo quiero y debo esto, quisiera algunas veces el poder separar mejor el oficio y la vida.

Pero ¿puede uno transmitir tu verdad sin haberla comprendido y sin ser aprehendido por ti? ¿Puedo anunciar tu mensaje sin que él mismo me haya tocado el corazón, seguir comunicando tu vida sin estar yo mismo vivo? Tus santos signos producen tu gracia por

su virtud, pero los hombres ¿se dejan señalar por mí con ellos, si mi rostro no es ya para ellos una señal de tu envío? Tu oficio y mi vida son inseparables.

Pero precisamente ésta es la carga de mi vida. Porque mira: incluso cuando hago conocer tu verdad impoluta, al mismo tiempo predico también mi estrechez, mi mediocridad; me predico a mí, el hombre vulgar. ¿Cómo he de conseguir que los hombres separen esa espantosa mezcolanza tuya y mía, que se llama mi prédica, recogiendo tu palabra en el corazón y olvidándome a mí, el predicador? Quiero llevar adelante tu luz. He de alimentarla con el aceite de mi vida, y me coloco, cuando los hombres la quieren ver, delante de ella, de modo que parece no servir de nada, como no sea para alargar y oscurecer más las oscuras sombras de este negro mundo.

Comprendo que al fin de mi vida sacerdotal solamente habré sido tu siervo inútil, el mensajero que mandabas delante para que estuviera en medio del camino a tu venida. Lo que de mí se desprende de gracia es gracia tuya, y lo que sale de mí es nada, un obstáculo, y a lo más un instrumento mediante el cual pruebas a los hombres, para saber si el instinto de su amor hacia ti también te reconoce cuando Tú te disfrazas dentro de mí casi hasta la incognoscibilidad.

Desde mi apostolado, cuando considero esto debo reconocer que no puedo pertenecer al grupo de tus apóstoles animosos de victoria y seguros de sí mismos, sino que siempre me pongo en camino con temor y temblor. No quiero reprochar a estos mis hermanos que son alegres y seguros de sí mismos entre tus servidores, en quienes inmediatamente se ve el convencimiento de que vienen en nombre del Señor de los ejércitos, y que luego se admiran cuando no se les reconoce al instante como embajadores del todopode-

roso. Pero yo prefiero que me concedas ser uno de sus semejantes humildes, de aquellos que, agradecidos de tu don, que es poderoso en la debilidad, se admirarán cuando son recibidos por los hombres. Haz que mi corazón, una y otra vez, tiemble de gratitud por el milagro de que los hombres vuelvan a buscarme y me permitan a mí, pobre pecador, penetrar en el oculto aposento de su corazón, porque todavía son capaces de reconocerte a ti en mí. Así que de buena gana volveré a prepararme para ir a los hombres. Tú me enviaste. Vaya yo, pues, en tu nombre, no en el mío. Permite que tu fuerza sea victoriosa en mi debilidad, si así te place.

Cuando vaya por el camino de mi vida con tu mensaje, entonces me sucederá como alguna vez a tu profeta: infatuado por Yavé y burlado por los hombres. Seré un hombre que es objeto de irrisión para todo el mundo. Entonces debo hablar —¡y ay de mí si no predico!— de ti, de aquel que debería uno nombrar con el silencio; hablar, sí, con el sentimiento torturante de ser metal que resuena y campaña que retiñe. Porque ¿quién puede saber con seguridad si tiene el amor sin el cual todo lo demás es sonido vano? Entonces en tu palabra, y ante las burlas del mundo, seguiré dando vueltas en torno al Jericó de las almas, hasta que Tú derribes sus murallas, para que ningún hombre pueda jactarse ante ti. Pero precisamente así realizaré mi misión. Precisamente así se transformará en una imagen del apostolado de tu Hijo, mi maestro crucificado. Dios de mi apostolado, seas por eso alabado por toda la eternidad.

Concédeme tan sólo la gracia de que yo, que soy la pobre envoltura bajo la cual quieres venir, como Dios escondido, a los hombres, me vea libre del pecado y del egoísmo cotidiano. Aun entonces sigo siendo lo

que debo ser: tu disfraz y tu siervo inútil. Pero al menos seré cada vez más parecido a tu Hijo, que también tuvo que esconder la luz de su divinidad bajo forma de siervo y que fue reconocido en sus vestidos como hombre. Si llevo así tu peso, el peso de tu apostolado, cuando tu misión me oprime, tu dignidad me abate y mi debilidad desaparece en la de tu Hijo, puedo confiar en que el obstáculo que soy para tu venida se volverá, a pesar de todo, una bendición para mis hermanos. Entonces mi imagen de siervo por ti, por ti sólo, se hace invisible tanto para mí como para los demás, y se transforma en la figura sacramental bajo cuya humildad Tú eres el pan de la vida para mis hermanos. Mi vida se consumirá, semejante a la hostia, para que vivan en ti, y Tú eternamente en ellos. Amén.

DIOS DE MIS HERMANOS

Me has enviado a los hombres. Has puesto las pesadas cargas de tus plenos poderes y de las fuerzas de tu gracia sobre mis hombros y me ordenaste ir con palabras severas, casi ásperas. Me despediste de ti con dirección a tus criaturas que quieres salvar, a los hombres. Ciertamente me había movido siempre entre ellos, aun antes de que tu palabra consagrante llegara hasta mí. Me gustaba amar y ser amado, ser buen amigo y tener buenos amigos. Estar así con los hombres es una cosa fácil y agradable. Al fin y al cabo uno se dirige solamente a aquellos que uno mismo eligió y permanece entre ellos todo el tiempo que quiere.

Pero ahora la cosa cambió: los hombres a los cuales he sido enviado los elegiste Tú, no yo. No debo ser amigo de ellos, sino siervo. Y cuando me canso de ellos, no puedo considerar esta situación como señal de haber terminado con ellos, sino que debo aceptarla como una orden que Tú me das de quedarme.

¡Dios mío, qué hombres éstos hacia los que me empujaste! La mayoría de las veces ni siquiera me reciben a mí, tu mensajero, y no quieren los dones —tu gracia y tu verdad— con que me mandaste a ellos. Y, sin

embargo, como un casero molesto, debo una y otra vez tocar en sus puertas. Si al menos yo supiera que de veras te quieren rechazar cuando no me reciben, me serviría de consuelo; porque quizá también yo, tranquila y naturalmente, mantendría cerrada la puerta de mi casa si alguno parecido a mí llegara llamando a ella y afirmando haber sido enviado por ti.

Y aquellos que me dejan entrar en la casa de su vida, de ordinario desean mucho más otras cosas que las que debo llevarles de tu parte. Quieren referirme sus pobres y pequeñas preocupaciones. Quieren vaciar delante de mí su corazón y, Dios mío, qué cosas las que van arrojando hacia fuera: una espantosa mezcla de cosas que conmueven y de ridiculeces, de pequeñas verdades y grandes mentiras, de pequeños dolores a los que dan importancia y grandes pecados que tratan de disculpar.

Y los hombres, ¿qué quieren de mí? Cuando no es precisamente dinero, ayuda terrena o pequeños consuelos de un corazón humano que sufre con ellos, lo que buscan en mí, me consideran, las más de las veces, como un agente de seguros con el cual quieren negociar un celestial seguro de vida, para que Tú no puedas con la omnipotencia de tu santidad y justicia irrumpir en su vida y asustarlos y sacarlos de sus pequeñas penas cotidianas y sus vulgares diversiones dominicales, sino que puedan estar tranquilos para esta vida y la otra.

Qué pocas veces dice alguno: Señor, ¿qué quieres que haga? Qué pocas veces quiere alguno oír el mensaje admirable, íntegramente y sin enmienda, de que se te ame apasionadamente por ti mismo, que se te ame a ti por voluntad tuya, no sólo por voluntad propia, que se te ame y no únicamente se te respete, y se tenga un saludable temor de tu juicio. Qué pocas ve-

ces quiere alguien recibir el regalo de tu gracia como efectivamente es: tajante y claro, para gloria tuya, no únicamente para nuestro consuelo, casto y puro, silencioso y animoso.

Me enviaste a tales hombres. Y no puedo huir. Cuando los encuentro así como te he dicho, eso no es signo para huir de la tierra de lo demasiado humano, sino la señal de que he encontrado el barbecho juntamente con piedras y espinos y veredas bien endurecidas sobre las cuales Tú, incomprensible y pródigo Dios, quieres saber que he arrojado la semilla de tu verdad y gracia. Y entonces debo observar cómo cae sobre caminos y rocas y zarzales, y es comida por los pájaros del cielo y permanece infecunda. Sí, incluso cuando parece que cae en buena tierra da la impresión de que al germinar se transforma otra vez en aquello en cuyo corazón fue sembrada: en humanidad pequeña. El verdadero fruto que se multiplica en 30, 60, 100 veces, parece que sólo lo ves tú. Cuando creo verlo, todavía tengo que dudar: ¿caso Tú mismo no dijiste que ninguno de nosotros sabía quién era realmente digno de tu reino?

Cuando así me quejo contigo de los demás hacia los que Tú me enviaste, no quiero decir que yo soy mejor que mis hermanos. Conozco mi corazón, y Tú lo conoces mejor; no es de condición distinta del de los hombres a los cuales yo llego en tu nombre. Y si me quejo por lo difícil de tu embajada sé que ya me estoy volviendo como aquellos de quienes me estoy quejando: un hombre pequeño, que desea ser consolado, que siempre piensa en sus dolores y que ni siquiera durante una hora puede olvidarse de sus propias penas y conveniencias, mientras guarda silencio ante la grandeza de tu servicio desinteresado. Pero precisamente por eso: ¿no tengo ya suficiente con-

migo mismo? ¿Acaso mi corazón no es ya suficientemente miserable y débil para que todavía otros vengan a vaciar su corazón en el mío?

¿O acaso sana mi corazón de su propia miseria espiritual cuando en silencio y pacientemente se entrega sin queja, cuando valientemente mantiene su sitio en el servicio de los hermanos y de este modo se convierte en testimonio, para este mundo, de que tu corazón es más grande que el nuestro, de que eres magnánimo y paciente, de que tu misericordia no nos desprecia y de que tu amor no es superado por nuestras miserias? ¿He cuidado de mí de la mejor forma cuando me olvido a mí mismo, cuando cuido de los demás desinteresadamente? ¿Se aligera mi corazón cuando lleva la carga de los demás, sin pesadumbre, día a día, callada y pacientemente? Si la embajada que me confiaste fue tu misericordia para conmigo (¿y cómo podría dudarlo?), debe ser así. Porque sin duda quietes que, por medio de esto, posea mi alma en la paciencia, que soporte a mis hermanos con paciencia.

Pero mira, Dios mío, cuando con tu verdad y tu gracia, algo así como en gira pastoral, llego a los humanos y llamo a la puerta de su hombre interior, y cuando me dejan entrar, de ordinario solamente me llevan a los aposentos en los cuales viven su vida de rutina; platican de ellos mismos y de sus negocios terrenos, muestran su mobiliario, hablan mucho para callar de lo que se trata, para hacerme olvidar a mí y a ellos el propio objeto de mi visita: introducirte en la más recóndita cámara de su corazón, a ti, mi Dios, como lo más sagrado, donde lo eterno de ellos se encuentra mortalmente enfermo, donde debería haber un altar erigido a ti, sobre el cual ardieran los cirios de la fe, de la esperanza y del amor.

En lugar de eso, me reciben en las salas donde hacen su vida rutinaria. Fácilmente encuentro una puerta para éstas; pero en vano busco el portón que vaya a las últimas profundidades, donde habrá de decidirse el eterno destino de un hombre. A veces casi me parece que hay hombres que viven su propia vida tan «exteriormente» que ni ellos mismos jamás han encontrado el camino y la puerta hacia aquella intimidad en la que cada uno está enfermo, a punto de morir o en condiciones de seguir viviendo.

¿Cómo he de encontrar así el camino? ¿O no hay tal camino para mí? ¿Así que sólo soy un mensajero, aquel que en la «puerta de servicio» entrega su mensaje y tus dones, sin poder alguna vez entrar en el más íntimo «alcázar» de un alma ajena, para procurar allí que tu mensaje y tu don se conviertan realmente, en este hombre, en vida eterna mediante su libre amor? ¿Quieres Tú, mediante esta única y decisiva gestión de un hombre, estar y tratar completamente solo con él en lo más íntimo de su corazón? ¿Se ha acabado ya mi ministerio pastoral cuando he cumplido mi «deber», cuando he llenado mi comisión? ¿No puedo ni debo llevarte a lo más recóndito de otro hombre, puesto que Tú ya siempre estás allí, Tú, el que lo llenas todo y en quien todos viven y son, Tú, el que siempre estás ya allí para salvación o condenación de cada hombre?

Pero, si me has ordenado cuidar yo mismo de las almas y no solamente cumplir «mi deber», entonces mi preocupación ha de poder penetrar en cada una de las cámaras más ocultas del prójimo, en su centro más íntimo, en su «chispita» del alma. Y puesto que sólo Tú has encontrado propiamente el camino hacia allá, Tú, con tu gracia —a cuya suave omnipotencia ningún corazón se cierra, cuando quiere compadecerse de algún hombre—, por eso sé que sólo Tú eres el ca-

mino y la puerta por los cuales encuentro el alma de mi hermano. Debo saber encontrarme en ti, cada vez más hondamente dentro de ti, si es que he de ser algo más que un huésped más o menos bien visto y soportado en la vida cotidiana de los demás hombres, si he de poder entrar allí donde habita tu eterna luz o la eterna oscuridad en el hombre. Porque Tú eres lo más absolutamente íntimo y la última inaccesibilidad de cada hombre en sí. Tú la llevas en tu insondable amor y omnipotencia, a la cual aun el reino de la libertad de cada hombre está sometido. Y por eso tus colaboradores se limitan solamente a preocuparse de las almas, rey de los corazones.

Así que no me has enviado lejos de ti al darme el encargo de dirigirme a los hombres, sino que mediante tal encargo me has impuesto de nuevo tu único mandamiento: encontrar mi camino en el amor hacia ti. Todo ministerio pastoral es, en su último y verdadero ser, únicamente posible en ti, en tu amor que me liga a ti, y así me lleva allí donde sólo Tú puedes hallar el camino que conduce a los corazones de los hombres. A ti te encuentro en el amor y en aquello que es vida del que verdaderamente te ama a ti: en la oración. Si hubiera yo orado más estaría más cerca de las almas. Porque la oración que no sólo mendiga tus dones, sino que me hace vivir a mí mismo dentro de ti, por el amor, no es solamente una ayuda que acompaña al ministerio pastoral, sino su primera y última acción. Señor, enséñame a orar y a amarte. Porque apoyado en ti olvidaré mi propia pobreza. Porque entonces podré lo que ella deja en el olvido: introducir con paciencia la pobreza de mis hermanos en tu riqueza. Entonces en ti, Dios de mis hermanos, podré ser verdaderamente un hermano para los hombres, uno que les puede ayudar en lo único necesario: encontrarte.

MISERIA Y PECADO

De nuevo vengo ante ti, mi Dios, que eres el santo y justo, el verdadero y fiel, el sincero y bueno. Al entrar a tu presencia tengo que postrarme como Moisés y exclamar como Pedro: «Apártate de mí, que soy un pecador». Lo sé; sólo puedo decirte propiamente una cosa: apíadate de mí. Estoy necesitado de tu gran misericordia, pues soy un pecador. No soy digno de tu misericordia. Pero tengo humilde confianza e invoco tu graciosa misericordia; todavía no soy un hombre perdido, sino un habitante de esta tierra que aún lleva la añoranza del cielo de tu bondad y que humildemente acoge con lágrimas de alegría el regalo sin fondo de tu misericordia.

Señor, mira mi miseria. ¿A quién iría si no es a ti? ¿Cómo podría yo soportarme a mí mismo si no es en la convicción de que Tú me soportas, en la experiencia de que todavía eres bueno conmigo? Fíjate en mi miseria. Mira a tu siervo, el cobarde y terco, el superficial. Mira mi pobre corazón: te da sólo lo imprescindible, no quiere prodigarse en tu amor. Mira mis oraciones: te son presentadas con desgana y mal humor y mi corazón casi siempre se alegra cuando puede dejar de hablar contigo y pasar a otras ocupaciones.

Contempla mi trabajo: mal que bien está forzado por la presión de lo cotidiano; raramente está hecho en el fiel amor a ti. Escucha mis palabras: escasamente son palabras del amor y la bondad generosa. Mira, ¡oh, Dios!: no ves a un gran pecador sino a uno pequeño. Hasta mis pecados son pequeños, ruines, monótonos. Mi voluntad y corazón, mi sentido y mi fuerza son mediocres en todas las dimensiones. Incluso en las malas obras. No obstante, Dios mío, cuando contemplo esto me siento profundamente horrorizado: ¿no es esto que digo de mí mismo precisamente lo característico de un tibio? ¿No has dicho Tú que prefieres a los fríos antes que a los tibios? ¿No es mi mediocridad un camuflaje tras el que se esconde lo peor, para no ser reconocido: un corazón egoísta y cobarde, un corazón perezoso e insensible a la magnanimidad y la anchura?

¡Apiádate de mi pobre corazón, Tú que eres el Dios de la magnanimidad y del amor, de la bendita liberalidad! ¡A este pobre y seco corazón otórgale tu Espíritu Santo para que lo transforme! ¡Que tu Espíritu cauterice por dentro mi yerto corazón con el miedo ante tus juicios a fin de que despierte! ¡Que lo llene de temor y temblor con tal de que sacuda la rigidez letal de los desesperanzados y resignados! ¡Que lo haga humilde y abatido con tal que lo llene de aspiración a la santidad y de confianza en el poder de tu gracia! ¡Que tu Espíritu visite mi corazón con la santa penitencia, que es el principio de la vida celeste! ¡Que lo visite con la confianza en la fuerza de tu Consolador que torna los corazones valientes y activos, alegres y audaces en tu servicio! Sólo si me das tu gracia sentiré que tengo necesidad de ella. Sólo el regalo de tu misericordia me hace entender y admitir que soy un pobre pecador. Únicamente tu amor me da el coraje de odiarme sin desesperar.

Dios santo, te has apiadado de mí. Tu Hijo ha entregado su cuerpo por mí. Por eso puedo invocar tu misericordia. El ha saboreado la muerte, que es salario del pecado. Por eso no me veo coaccionado a desesperar en medio de la oscuridad pecadora de mi vida. Rindo homenaje al misterio que anuncia la muerte del Señor hasta que vuelva. Puedo, por ende, confiar aun cuando la debilidad de la carne, el pecado, parece aplastarme. Gracias al resucitado todo ha cambiado: la tiniebla en luz, la muerte en vida, la vacía soledad en cercanía colmada, la debilidad en poder. Mediante el sacramento en el cual el crucificado y resucitado se hace presente para mí, te suplico, Padre de la misericordia y Dios del consuelo: ten piedad, ¡oh Dios!, según tu gran misericordia y mi pobre corazón alabará tu bondad por toda la eternidad. Amén.

Dios mío, tengo que orar por la Iglesia. Lo hago todos los días en la celebración de la cena de Jesús. Mi fe puede vivir únicamente en la comunidad de aquellos que constituyen la santa Iglesia de Jesús. Por eso (junto a otras muchas cosas) es indispensable para mi salvación que ella pueda ser también la patria y fundamento de mi fe.

Naturalmente, ya sé que esto puedo serlo y lo será siempre para mí gracias al poder de tu gracia irrevocable. Puesto que también es, sin embargo, la Iglesia de los pobres pecadores, puede ser, en diversa medida, fundamento y casa de mi fe: me puede facilitar y dificultar la fe en ti y en tu victorioso amor para conmigo. La verdad es que no me tengo por mejor que otros en la Iglesia; sé muy bien que no soy en absoluto un espléndido argumento en favor del origen de la Iglesia a partir de la voluntad salvífica de Dios, yo que soy un miembro de esa Iglesia a la que debería representar.

Por esa razón, sin embargo, me es lícito decir que mis hermanas y hermanos en esta Iglesia con frecuencia constituyen una tentación cuando me pongo a orar: creo en la Iglesia que es una, santa, católica y

apostólica; creo en la comunión de los santos y, por ello, en la vida eterna. ¡Qué aburridos, viejos, preocupados por el prestigio de la institución, qué miopes y dominantes me parecen con frecuencia los dignatarios en esta Iglesia, qué conservadores y clericales en el mal sentido de la palabra! Cuando, llenos de unción y penetración, se disponen a exhibir su buena voluntad y su generosidad, entonces lo ponen peor. Casi nunca oigo que confiesen pública y claramente sus fallos y desaciertos. Desean que creamos hoy en su infalibilidad y que olvidemos las equivocaciones y omisiones capitales que cometieron ayer. Frecuentemente caen en santa indignación con respecto a determinados hechos. Pero percibo con menos claridad su santa cólera acerca de un orden social que constituye la causa última de los mismos. Moralizan mucho. Pero apenas resuena nada del torbellino de alegría que estalla del espíritu y del corazón de todos ante el mensaje de tu gracia, en la que te nos comunicas Tú mismo. Y lo cierto es que su sermón moral tendría muchas más posibilidades de ser escuchado si fuera como una observación de pasada en esta alabanza de tu gloriosa gracia, plenitud de vida que Tú quieres comunicarnos.

Ya no quiero hablar de los comportamientos oficiales de tu Iglesia, que me parecen tan paralizadores; como si la Iglesia no fuera universal, sino europea, con exportación a todo el mundo. Hace trescientos años se quemaban brujas entre nosotros, y a uno que dudase de que las brujas existían podía irle muy mal. Hoy ya no existe en la Iglesia esta locura colectiva, pero ¿sabemos con seguridad si no existen otras formas de locura con las cuales la Iglesia colabora ingenuamente? Entre los partidarios de la vieja locura colectiva había también gente de buena voluntad, santa, culta y piadosa, que no cayeron en la cuenta de

cuán profundamente contradecía al Evangelio su propio comportamiento. ¿Está la Iglesia de hoy inmuni- zada por principio contra tal atrocidad? ¿Cómo podría yo saberlo? ¿Cómo se podría demostrar tal inmunidad?

Dios mío, ten piedad de nosotros, pobres, estre- chos y pecadores insensatos que formamos tu Iglesia. Ten misericordia de los que se llaman tus represen- tantes (sinceramente esta palabra no es buena, ya que Dios no puede dejarse representar). Ten misericordia de nosotros. Yo no quiero ser de aquellos que critican a las autoridades en la Iglesia y, por su parte, contri- buyen más que ellas a la falta de credibilidad de la Iglesia. Menos todavía quiero ser de aquellos que me- ditan insensatamente si aún quieren permanecer en la Iglesia. Quiero esforzarme siempre en tener ojos claros que puedan ver el milagro de tu gracia, que si- gue aconteciendo hoy en la Iglesia. Admito que yo veo más claramente esos milagros en los pequeños de la Iglesia (por ejemplo, en Andrés, que durante sus estudios lavó de forma gratuita un año entero la ropa de los jóvenes recogidos en un hogar) que en los gran- des de la Iglesia, a la mayoría de los cuales les va muy bien en su aburguesamiento. Pero tal vez mis ojos estén pesados y estoy predispuesto contra el «domi- nio» y el «poder».

Es legítimo cantar himnos en la santa Iglesia. A lo largo de todos los tiempos ella confiesa tu gracia y que Tú eres indeciblemente más excelso que todo lo que puede ser pensado fuera de ti. Y por eso existirá hasta el fin de los tiempos, aun cuando yo espero el reino de Dios, que supera incluso a la Iglesia. Pero también la lamentación un poco amarga y la súplica por la misericordia de Dios para con la Iglesia consti- tuyen un elogio de esta Iglesia y de tu misericordia.

HACIA EL SACERDOCIO

Señor Jesucristo, Hijo del Padre, sacerdote eterno. Nos has llamado a tu servicio. Nos has dicho: *sígueme*. Quieres regalarnos tu propio sacerdocio. Tene- mos que ir en tu nombre, en tu misión y en la fuerza del Espíritu y dar frutos. Debemos proclamar tu pa- labra, la palabra de la verdad; debemos repartir tu gracia, recordar tu muerte, celebrar tu sacrificio, otor- gar tu perdón, convencer de tu misericordia al co- razón desesperado de los hombres. Tú, Señor, nos has llamado a ser tus sacerdotes. Nos has convocado para estar de tu parte, para luchar, vivir y morir a tu lado en la única verdadera controversia y en la única decisión radical de la historia que está contigo o con- tra ti. En consecuencia, debemos luchar con tus ar- mas. Y eso, a su vez, significa: amarte como eres, se- guirte a donde vayas. Tú eres el hijo del hombre, pobre, humilde, y tu camino es el real camino de la cruz. Señor, tu encomienda es inmensa y nuestra fuerza es pura impotencia. Mas puesto que Tú nos llamas, te decimos ya ahora con plena confianza: Aquí estoy, envíame.

Para que en tu nombre podamos colaborar un día llenos de Espíritu y de fuerza en el trabajo por tu rei-

no, para que seamos hombres sacerdotales cuando nos consagres sacerdotes por manos del obispo, te pedimos: Danos ya hoy tu Espíritu septiforme, el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de temor al Señor.

Haznos hombres alegres y valientes. Danos un corazón lleno de bondad, entrega, humildad. Haznos sobrios y vigilantes, sinceros y disciplinados, constantes y laboriosos, modestos y magnánimos. Danos el amor a ti. Vive en nosotros. Sé Tú el centro de nuestro corazón y la única ley de nuestra vida. Permítenos orar en ti y contigo. Que nuestra fe esté escondida contigo en Dios, que los ojos de nuestra fe puedan ver constantemente lo eterno a través de todas las cosas. Danos amor a la oración, tenaz persistencia en el trabajo científico de cada día, la voluntad de una completa formación de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Sobre todo, danos ya ahora tu espíritu sacerdotal: espíritu de sacrificio, espíritu de valor para proclamar tu verdad y tu gracia oportuna e inoportunamente. Concédenos el incansable espíritu del amor a los hombres, por los que Tú has muerto en la cruz. Que vivamos ya ahora lo que vamos a predicar después. Introdúcenos en ti, pues te vamos a tener en nuestras manos. Que nos dejemos llenar y conducir por el Espíritu que vamos a derramar.

Jesús, sacerdote eterno, adorador del Padre, primogénito entre muchos hermanos, amor encarnado y verdad del Padre, corazón del mundo, misericordia de Dios, juez y Señor de mi vida: Tú nos has llamado. Tus dones son sin arrepentimiento, son un puro sí. Confiamos en ti, pues eres fiel. Nos mantenemos en pie porque Tú nos has bendecido. Nos movemos porque nos has llamado. Caminamos tus caminos con co-

razón ensanchado. Ponemos la mano en el arado sin mirar atrás. Con tu fuerza llegaremos. Seremos sacerdotes tuyos por tu gracia. Te serviremos como sacerdotes y te encontraremos. Nuestra acción de gracias será nuestro corazón y las almas que llevemos al reino de tu amor eterno. Amén.

ORACION DE UN CANDIDATO EN LA VISPERA DE SU ORDENACION SACERDOTAL

1. Mañana, Dios mío, se dirá: «Postulat sancta Mater Ecclesia, ut hos praesentes diaconos ad onus presbyterii ordinetis».

Así, pues, lo quiere tu Iglesia. Tú en tu Iglesia. No te he elegido yo, sino Tú a mí. Qué afortunada es esta elección, porque es tu elección, la elección de tus caminos inescrutables que son el amor y la compasión.

Qué terrible es esta elección, porque es tu elección, pues Tú eliges según la soberana libertad y la independencia de tu poder, Tú eliges lo débil para que sea sobrehumano, lo pequeño para que sea lo mayor, a fin de que nadie se vanagloríe, sino que sólo la virtud de Dios se cumpla en nuestra debilidad. Haz que yo comprenda que también al *onus presbyterii* se refiere tu palabra: «Mi yugo es suave, y mi carga, ligera»; que el peso aniquilador de la cruz de tu sacerdocio sea para mí un peso dichoso como venido de Dios, el peso que sobrepase todas las gracias.

Y luego escucharé la pregunta del obispo: «Scisne illos esse dignos?». Señor, ¿quién será digno de ti? ¿Quién será digno a tus ojos? ¿La nada ante la realidad suma, el pecado ante la santidad abrasadora?

Tendré que rezar como Isaías, cuando fue llamado a ser profeta y oyó el tres veces «santo» del serafín caído en adoración: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros y habito entre gentes de labios impuros!».

Pero Tú me haces digno, porque tu voz, tu gracia y poder son mi dignidad, y yo, a pesar de mi *Domine, non sum dignus*, puedo decir valiente y confiado, como Isaías: «Adsum» —aquí estoy, envíame.

2. Y entonces me impondrá el obispo las manos sobre la cabeza, en silencio, y en medio de este silencio tu palabra omnipotente y el ardor de tu espíritu me transformarán en sacerdote de tu Hijo, mi Señor, como en una noche de navidad o de pascua, *dum silentium tenet omnia*. Tu espíritu descenderá sobre mí, la dádiva graciosa de Dios, que no es espíritu de timidez ni cobardía, sino espíritu de pureza, de amor y de cordura (2 Tim 1, 6, 7); el espíritu que hace sacerdotes, oferentes y testigos de tu palabra; el espíritu que nos saca de nosotros mismos y nos dedica, juntamente con nuestra vida, al sacrificio de Cristo para la salvación del mundo.

El obispo me impondrá las manos, al igual que en el Antiguo Testamento se imponían también al condenado y a la víctima expiatoria de los pecados. Pues he de seguir al que Tú, sin que El tuviera que ver con el pecado, hiciste pecado por nosotros (2 Cor 5, 21), a fin de que por medio de El nos tocara en suerte la justicia de Dios; he de seguir al Cordero de Dios, que tomó sobre sí los pecados del mundo (Jn 1, 29), al que Tú cargaste con la culpa de todos nosotros (Isaías 53, 6). Como Mosiés constituyó a Josué en caudillo de su pueblo por la imposición de sus manos, «y él fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos» (Dt 34, 9), como los levi-

tas eran constituidos en tales por la imposición de las manos (Núm 8, 10), como Jesús imponía las manos sobre los niños y los enfermos y los apóstoles imponían las manos a sus discípulos, para que pasara a ellos su propio espíritu, cuando los separaban y enviaban a la obra para la cual les había llamado el Espíritu (Act 13, 2, 3).

El obispo me impondrá las manos y yo quedaré incorporado a las filas de tus siervos, que desde hace dos mil años van a predicar tu nombre ante reyes y pueblos a través de todos los tiempos y países. En la serie sin interrupciones, que Tú comenzaste y estableciste cuando tu Hijo, nuestro Señor, dijo: «Id por todo el mundo...; mirad que yo estoy entre vosotros». En la serie ininterrumpida de la misión, del encargo de un destino común, de una nueva fuerza y poder, en la única y santa dinastía de tus sacerdotes, que se propaga perpetuamente, no por la sangre ni por la voluntad de la carne, sino por el nacimiento del espíritu y el poder de tu encargo. En la cadena ininterrumpida de tu género sacerdotal, que no desaparecerá hasta que vengas a juzgar a los vivos y a los muertos. El obispo me impondrá las manos. Y luego las retirará en silencio de mi cabeza. Pero tu mano, Señor, quedará reposando sobre mí.

Tus manos reposarán sobre mí.

Las manos del Omnipotente, más blandas que las manos maternas.

Las manos que todo lo han creado y todo lo conservan.

Las manos que a veces pesan sobre el hombre y a veces me oprimirán en mi vida sacerdotal.

La mano que daña y cura.

Las manos del Dios viviente, en las que es terrible caer.

Las manos a las que encomendaré mi espíritu a la hora de la muerte.

Cuando tu mano repose sobre mí; por medio de la mano del obispo, y con tu mano, tu Espíritu, se podrá aplicar a mí la profecía de Isaías:

«El espíritu del Señor omnipotente está sobre mí, por cuanto me ha ungido el Señor y me ha enviado, para que anuncie a los pobres la buena nueva. A vendar los corazones rotos me ha enviado, a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia del Señor» (Is 61, 1 ss.).

Entonces podré decir con Jesús: «Hoy se ha cumplido esta palabra de la Escritura» (Lc 4, 21). Mañana me impondrán también fraternalmente sus manos, como en el caso de Timoteo, mis hermanos, mis compañeros en las batallas del Señor, a fin de que viva y actúe en todos nosotros *un* espíritu y *una* fuerza y *una* misión, a fin de que el espíritu sacerdotal de la Iglesia de Jesús siga propagándose. Entonces formaremos parte del consejo de los presbíteros, seremos adultos, seremos contados entre los mayores. Sobre nosotros pesará la responsabilidad de cuidar que no se extinga el espíritu de los apóstoles y los mártires, el espíritu fiel, fuerte, desprendido, creyente, abnegado, el espíritu arriesgado, combativo, valeroso que hemos recibido.

3. Entonces cruzará el obispo la estola sobre mi pecho, sobre mi corazón, y me impondrá la vestidura sacerdotal, la casulla. Señor, además del vestido bautismal, me das la vestidura sacerdotal. Haz que lleve limpios ambos cuando comparezca ante tu tribunal. Por mí mismo estoy desnudo y desprovisto ante tu acatamiento, porque ¿quién es más que nada y pecado a los ojos de tu incorruptible justicia? Pero, vísteme con la vestidura de la justicia y de la honestidad, envuélveme a mí, hijo pródigo, en el manto de

tu gracia, de la luz y de la eterna claridad. Y añáde-me a esto la armadura de la luz (Rom 13, 12), para que me ciña con la verdad, me proteja con la coraza de la justicia, calce mis pies con la prontitud para anunciar la buena nueva de la paz, proteja con el escudo de la fe, con el yelmo de la salud y la espada de la palabra de Dios (cf. Ef 7, 6).

4. Después ungirá el obispo y atará mis manos en forma de cruz.

Las manos, que deben bendecir,
las manos, que deben dispensar la paz de Dios a los pecadores,

las manos, que extenderé en oración por el santo pueblo de Dios,

las manos, que sostendrán el cuerpo y la sangre del Señor.

«Llenar las manos» es una expresión que ya en el Antiguo Testamento indicaba la ordenación como sacerdote. ¡Llena mis manos con tu bendición! Haz que sean siempre diligentes en tu servicio y atadas a tu mandato. Haz que nunca se alarguen al mal. Haz que tu cruz, símbolo de tu amor, me abrase siempre como llaga en mis manos, para que también yo merezca llevar los estigmas de Cristo en mi cuerpo. Haz que esté yo siempre ungido para tu real sacerdocio y para ser tu profeta, lo mismo que ungió a Aarón y a sus sacerdotes, a los reyes y a los profetas. Haz que sea yo ungido como tu Ungido, el Mesías, nuestro Señor, «con el aceite de la alegría ante todos mis compañeros, con el aceite del vigor y de la santidad, con el aceite del Espíritu Santo, el aceite de la Divinidad. Con la unción que permanece en nosotros y nos instruye acerca de todas las cosas (1 Jn 2, 17).

5. Luego, el obispo confiará por primera vez la patena y el cáliz con las ofrendas a mis manos consagradas. *Calicem salutaris accipiam et nomen Domini*

invocabo. Sostendré la patena destinada a llevar el Cuerpo del Señor. Tomaré el cáliz que encierra en sí el rescate por los pecados del mundo. Seré tu sacerdote, y mañana ya, y desde mañana todos los días de mi vida, celebraré el sacrificio de Cristo. Tendré potestad para predicar y anunciar la palabra que cambia al mundo en el Señor. Ofreceré el sacrificio perpetuo de la alianza nueva y eterna. Sostendré en las manos el cuerpo que fue entregado por nosotros. Alzaré el cáliz con la sangre que fue derramada por mí y por todos, para que quedáramos redimidos y santificados en la verdad. Distribuiré tu cuerpo a mis hermanos, el sacramento de la gracia, de la muerte del Señor, el sacramento de la unidad y del amor, el sacramento del nuevo cuerpo y de la resurrección. Seré asumido con mi vida en tu muerte. Seré tu sacerdote.

6. Después estarás Tú ante mí, Señor Jesucristo, Sacerdote por toda la eternidad, y me mirarás como miraste a tus apóstoles, con la mirada de la omnisciencia y del amor insondable, y también a mí me dirás: «*lam non dicam vos servos, sed amicos meos*». Os he llamado amigos, pues os he revelado todo lo que he oído del Padre (Jn 15, 15). Señor, soy tu siervo y el hijo de tu esclava, soy tu amigo, pues Tú mismo lo has dicho, y tu palabra es eficaz y omnipotente. Soy amigo tuyo, pues me has dado todo lo que tienes: tu padre, tu vida, tu gracia, tu misión, tu potestad, tu oficio, tu destino, tu cruz, tu muerte y eterna victoria. Y sobriamente dices, además, en mi santa exaltación: «*Vos amici estis, si feceritis quae ego praecipio vobis*» (Seréis mis amigos si hacéis todo lo que yo os encargo).

7. Y entonces recitaré otra vez el Credo, la «preciosa confesión de muchos testigos» que ya hizo Timoteo (1 Tim 6, 12). El Credo de los apóstoles, de mis antepasados. El Credo de la antigua fe de mi in-

fancia. El Credo que alegró mi juventud. El Credo al que me he mantenido fiel en mis años maduros, que sobrepasa toda la sabiduría del mundo, palabra de Dios que dura por toda la eternidad. El Credo al que se orienta ahora mi palabra, mi trabajo, mi auge, el que debo decir y vivir.

8. Y nuevamente volverá a imponerme las manos el obispo y me dirá que soy enviado para atar y desatar, para juzgar y perdonar en tu nombre. Haz que aprecie siempre este oficio callado, serio y humilde de perdonar los pecados. Este ministerio consagrado a lo más serio y aciago de la vida humana: el pecado. Este ministerio de tu misericordia inacabable y de tu longanimidad. Este ministerio en el que se aúnan tu justicia y tu gracia, lo más humano del hombre y lo más divino de Dios. Este ministerio de vida eterna.

9. Finalmente tomará el obispo mis manos entre las tuyas y prometeré a la Iglesia obediencia y fidelidad. Obediencia dura y fiel, obediencia abnegada, obediencia en la que el hombre se olvida de sí mismo al entregarse en una tarea que es mayor que él mismo; obediencia en la que se pierde el hombre para re-
encontrarse en esta fidelidad y bondad eterna. Señor, he aquí que pongo mis manos en tus manos. Tómame de ellas y condúceme: a través de alegría y pena, de honra y vituperio, en el trabajo y en el dolor, en lo diario y en los momentos solemnes, en el santo silencio de tu casa, pero también por los caminos largos y polvorientos del mundo. Llévame Tú, hoy y siempre, llévame al reino de tu vida inacabable.

10. Una vez que haya sido llamado así y levantado por ti, ungido con la fuerza y enviado, me levantaré y me retiraré como sacerdote tuyo, como ungido tuyo, tu mensajero, tu testigo, tu sacerdote por toda la eternidad. El ordenarme como sacerdote es

propiamente la última y gran palabra que dices en mi vida, tu llamamiento último, decisivo y definitivo. El que desde este momento conforma mi vida para siempre. Todo lo que desde ahora suceda en mi vida será sólo consecuencia, resonancia de este llamamiento definitivo, cumplimiento de este definitivo mandado, que dominará para siempre en mi vida. Concédeme, por tanto, que merezca ser encontrado fiel. Tú me has llamado, Tú terminarás tu obra (Tes 5, 24). Pues tus dádivas son ajenas al arrepentimiento. Haz que la oración matinal de mi vida sacerdotal, en el día de mi ordenación, sea esta que te dirijo inspirado en el espíritu de Ignacio, tu santo adalid:

«Verbo Eterno, Hijo increado de Dios.
Enséñame la verdadera generosidad.
Enséñame a servirte como mereces.
A dar sin llevar cuenta.
A luchar sin temer las heridas.
A trabajar sin buscar descanso.
A sacrificarme sin esperar otra recompensa
que la certeza de haber cumplido tu voluntad.
Amén.»

ORACION PARA IMPLORAR EL VERDADERO ESPIRITU DEL SACERDOCIO DE CRISTO

Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, Verbo eterno del Padre, Sumo Sacerdote de todos los hombres:

Te damos gracias porque has tenido a bien disponer para tu sacerdocio. Reconocemos que nos has escogido, y nosotros a ti, que somos indignos y débiles y que, sin tu gracia, no seríamos capaces de seguir tal llamamiento. Pero Tú nos has dispuesto. Debemos ser tus testigos. Te damos gracias, Angel del Gran Consejo. Debemos proclamar tu verdad. Te alabamos, Palabra de eterna verdad. Debemos renovar tu sacrificio. Te alabamos, Sacerdote y víctima por toda la eternidad. Debemos administrar tu gracia. Te bendecimos, Gracia encarnada del Padre, y te damos gracias, solamente gracias, porque nos has llamado a tu santuario, a tus altares y a tu propia misión sacerdotal. Te damos gracias. También por nosotros hablaste al venir al mundo. También yo he venido para hacer tu voluntad; Tú me preparaste un cuerpo. También por nosotros suspirabas aquella larga noche en que rezaste por tus apóstoles, antes de elegirlos. También por nosotros fuiste manso y paciente al soportar a tus discípulos, que eran incapaces de entender. También por nuestro trabajo sentiste júbilo, cuando alababas

a tu Padre, al regresar los discípulos. También por nosotros rezaste lleno de preocupación, para que no titubesase nuestra fe y fuéramos robustecidos en Pedro si Satanás pretendía cribarnos como se criba el trigo. También nosotros estábamos presentes en tu espíritu, cuando Tú dabas a los apóstoles la ley de su vida en el sermón de la montaña y en el «padre nuestro», el compendio de su oración. También a nosotros se refería tu palabra, cuando decías a tus apóstoles: no se turbe vuestro corazón; no temáis, hombres de poca fe, os he puesto para que vayáis y traigáis fruto; no está el discípulo sobre el maestro; el que no renuncia a todo no puede ser mi discípulo; en tus apóstoles nos llamaste amigos, niñitos, mis hermanos, que te son tan caros como un hermano, una hermana y una madre. Tu palabra quería tocar también nuestro corazón cuando decías a tus apóstoles estas palabras y muchas más que nos ha transmitido tu Evangelio como legado destinado a tus sacerdotes y que nosotros deberíamos leer de rodillas y con lágrimas en los ojos. A *nosotros* te referías cuando dijiste palabras ante las que se han postrado temblorosos todos los poderes y fuerzas de la historia: «Id, enseñad a todos los pueblos y bautizadlos; haced esto en memoria mía; a quien perdonéis los pecados, le serán perdonados; lo que desatéis en la tierra será desatado también en el cielo». ¡Oh Jesús!, sacerdote y rey por toda la eternidad, Tú quieres que seamos y sigamos siendo tus sacerdotes. Seas alabado por toda la eternidad.

Mira, Señor, nosotros queremos comenzar una y otra vez a ser aquello a lo que Tú nos has llamado. Nos entregaremos de nuevo, alegres y valientes, al día cotidiano, en el que debemos madurar aún más, hasta ser apóstoles y sacerdotes de tu santa Iglesia. Tú mismo nos envías a estos caminos. A menudo son largos, pesados y monótonos para nuestro débil e impa-

ciente corazón. Danos, por tanto, tu Santo Espíritu y, en esta nueva peregrinación nuestra, el espíritu de tu sacerdocio, el espíritu de temor de Dios, el espíritu de comprensión, el espíritu de humildad y de casto temor de poder deshonrar al Dios santo por nuestros pecados, el espíritu de fe y de amor en la oración, el espíritu de castidad y de pureza varonil, el espíritu de ciencia y sabiduría, el espíritu de amor fraternal y de unidad sin envidia ni discordia, el espíritu de alegría y de confianza, el espíritu de longanimidad y magnanimidad, el espíritu de obediencia, de paciencia y de amor a tu santa Cruz. Haz que en este camino tengamos siempre ante los ojos a Dios, tu Padre, que caminemos siempre en su presencia, trabajemos honradamente en la formación de nuestros sentimientos, nos mantengamos unidos fraternalmente, llevemos los unos las cargas de los otros, y de esta forma cumplamos tu santa ley.

Haz también que cada día seamos más semejantes a ti mediante nuestro esfuerzo fiel, sostenido, desinteresado, especial, por nuestras súplicas, ¡oh Sabiduría eterna de Dios!

Pero, sobre todo y por encima de todo, danos la gracia de la oración y del amor a ti, ¡oh Jesús! ¿Qué somos sin ti? Unos extraviados. Pero ¿cómo podríamos poseerte si no es haciendo de ti, cada día de nuevo y cada día más, el centro de nuestro corazón, sea por la oración, sea por el amor? Concédenos, Señor, si de verdad nos quieres tener por sacerdotes tuyos, aquellos dones sin los cuales no se puede ser en verdad sacerdote tuyo, otórganos la gracia de la oración, del recogimiento, de la interioridad. Sosténnos, si queremos apartarnos de ti, distrídos y esparcidos; atráenos a ti, si somos insensatos, y si fuere menestar con las espinas del dolor, de la amargura de corazón y de la

penuria. Concédenos sólo una cosa: la gracia de ser de verdad hombres de oración y de serlo más cada día. Si somos hombres de oración, estaremos y continuaremos siempre en comunión contigo, seremos en medida creciente lo que somos según tu voluntad y lo que debemos ser: tus discípulos, tus apóstoles, tus sacerdotes, los testigos de tu verdad y los administradores de tus misterios.

Nos gloriamos y te alabamos por ser tus sacerdotes: sacerdotes, y nada fuera de ello, sacerdotes en servicio pleno. Tú nos miras, tu mirada penetra hasta nuestro corazón, tu amor nos llega al corazón. Y dices: vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (Juan 15, 14). Y nosotros nos atrevemos a dirigir a ti nuestra mirada, con humildad y confianza, y decir: con tu gracia seremos lo que nos has mandado ser. Amén.

EL SACRAMENTO DEL ALTAR

Hoy nos postramos, Señor, ante el Sacramento del Altar en tu Santa Iglesia, este sacramento que es signo de la Eterna Alianza de Dios con la generación de todos los redimidos. Señor, te contemplamos a ti que te haces presente a nosotros con tu carne y tu sangre, con tu cuerpo y tu alma, con tu divinidad y tu humanidad. Te adoramos, te bendecimos, te damos gracias. Tu presencia entre nosotros es anuncio de tu muerte. Así apareces como el que fue traicionado por nuestros pecados en la noche del mundo, como el que ha superado con su propia muerte al mundo por medio del silencio de Dios, como el que reconcilia cielo y tierra, como la víctima en la cual todos nos hacemos oblación consagrada a Dios, como la fuerza que nos arrebató a la invisible y ardiente llama del Espíritu, como el que mantiene la vida del mundo al tiempo que lo santifica y salva en Dios.

Señor, nos postramos ante el sacramento que nos une contigo, Hijo del Padre y verdadera Palabra suya, Tú que también eres hijo del hombre. Al comer de este pan permanecemos en ti y Tú en nosotros. Cuando gozamos de ti nos transformas en ti mismo y haces que la fe, la esperanza y la caridad crezcan en nuestra

existencia. ¡Oh Pan de la vida y prenda de la gloria!, cuando participamos de ti nos convertimos nosotros, que somos muchos, en un solo cuerpo. En tu pan celestial experimentamos el juicio sobre nuestro egoísmo y al propio tiempo recibimos la fuerza del amor que, liberándonos, nos reúne y hace solidarios contigo. Cuando nosotros, tu única y santa comunidad, te elevamos como víctima de la nueva alianza, cuando te comemos, anunciamos tu muerte hasta que vengas. En ese trance renuevas Tú en nosotros el misterio de tu muerte. En tu muerte hemos sido bautizados. Y cada vez que recibimos este sacramento anunciamos tu muerte que es vida eterna. Eres pan para nosotros y te haces cada día palabra en que el Padre nos comunica aquella eternidad suya que nace de la eternidad y a la eternidad conduce. Vive en nosotros como la santa inquietud que nos lleva a la verdad cada vez que gocemos de ti, como el inexorable núcleo de sobrehumana verdad contenido en cada una de las pequeñas verdades humanas. Este pan no es sólo un signo pleno de la eterna Palabra, sino también un velo suyo en medio de este mundo de sombras y de aproximación. Que de igual manera sea un signo la verdad de los hombres, una primavera de aquella eterna verdad que un día esperamos poder contemplar cara a cara. Cuando te recibamos, Señor, ven a nosotros como la Verdad de toda verdad. Hazte presente entre nosotros como esperanza de la verdad permanente hacia la que se orienta nuestra hambre de Vida eterna. En el Sacramento del Altar tu humanidad es la prenda de unión con la divinidad. En él tu humanidad nos toca y nos consagra.

Ayúdanos con tu sacramento a perfeccionar en nosotros lo que ya hemos comenzado a ser: hombres llenos de pureza y libertad en el cuerpo y en el alma, hombres en quienes la presencia de tu gracia se ha

convertido en signo actuante para aquellos que comparten su vida con nosotros, para aquellos a los que tenemos que servir. Te adoramos y te recibimos como primicia de la Vida eterna, ¡Oh Tú, el Dios oculto, silente, ofrecido a través de nuestra vida y nuestra muerte! ¡Te adoramos y te acogemos, vida, verdad y libertad sin fronteras! Tú eres para nosotros la beatitud gozosa de cuanto ahora nos resulta incomprendible de Dios. Tú eres plenitud eterna de aquella bienaventurada entrega de toda criatura al Padre, cuando Dios sea todo en todas las cosas.

Que cuanto celebramos en la liturgia de esta ofrenda eclesial, en la adoración de este sacramento, en la comunión de tu cuerpo y sangre se vaya haciendo culto vivo que eleve la monotonía cotidiana y santifique los momentos privilegiados del discurrir de la historia; que tu sacramento santifique nuestra vida y nuestra muerte. Que Tú mismo seas nuestro viático cuando nos llegue el momento de salir de este mundo y ya nadie nos pueda ayudar, cuando llegue la hora de asemejarnos a ti en la muerte y la noche nos sorprenda, cuando todo nuestro ser se hunda en la indecible majestad de la muerte. A cuantos hemos celebrado tu muerte en el Sacrificio de la Misa da la gracia de poder proclamar tu muerte salvífica a través de nuestra propia muerte. De esta manera tu muerte llegará a hacerse actual como potencia escondida y sentido final de nuestra misma muerte. Concédenos ahora el don de creer ahora en tu sacramento, de celebrarlo en la esperanza y el amor, de venerarlo con renovada sencillez en medio de nuestra vida y de preguntar así el día del Señor. ¡Oh Señor!, que tu sacramento nos acompañe por todos los caminos del mundo; que él nos conduzca al Reino del Padre, al cual sea todo honor y gloria, contigo y el Espíritu Santo. Amén.

«Señor, ven, entra en mi corazón, Tú que eres el Crucificado, el muerto, el que ama, el veraz, el paciente, el humilde, Tú que asumiste una vida larga y fatigosa en un rincón del mundo, desconocido por los tuyos, poco amado por los amigos, traicionado por ellos, sometido a la ley, a merced de la política desde el primer momento, refugiado cuando niño, hijo de un carpintero, predicador que cosechó fracasos, hombre que amó y no encontró correspondencia, hombre sublime a quien no comprendieron los que le rodeaban, abandonado y caído incluso en el abandono de Dios, Tú que lo sacrificaste todo, que te encomendaste en las manos de tu Padre, que dijiste: "Padre, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Voy a recibirte a ti tal como eres, quiero hacer de ti la más íntima ley de mi vida, quiero hacer de ti el peso y la fuerza de mi vida. Al recibirte a ti acepto mi vida diaria tal cual es. No necesito contarte sublimes sentimientos de mi alma, puedo extender ante ti mi vida diaria tal cual es, porque la he recibido de ti mismo: la vida diaria y su luz interna, la vida diaria y su sentido, la vida diaria y la fuerza para soportarla, la normalidad, que se ha convertido en el ocultamiento de tu vida eterna.»

ORACION DE UN LAICO

Señor, me pongo siempre un poco nervioso cuando escucho la palabra «laico» en la Iglesia. Si alguna vez se habla de los laicos es para tildarles tácitamente de personas poco o nada entendidas en algún asunto. Sin embargo, yo tengo el derecho y el deber de entender todo cuanto sea posible acerca del mensaje de Jesús y de su Reino. No está predeterminado por nadie que sólo quienes poseen potestad ministerial posean conocimiento del Reino y tengan capacidad para encarnarlo.

Carezco de potestad ministerial y no aspiro a tenerla. Quienes la poseen son dignos de estima en la medida en que sirvan a la causa que es también mi causa: llegar a ser con radicalidad un cristiano en el que pueda actuar el Espíritu de Dios, llevando una vida comprometida en el seguimiento de Cristo. Por tanto, ser jerarca significa no estar sobre mí, sino estar junto a mí dentro de la Iglesia. Y es que la gracia de Dios nos llega no sólo a través de los signos sacramentales administrados por la jerarquía, sino que está en las manos libérrimas de Dios, el cual la otorga a quienes se la piden.

Sé bien, Dios santísimo, que la responsabilidad de

mi ser cristiano crece sobre estas bases. Yo tengo que rendir cuentas de si las gracias y los carismas que configuran mi vida obran con suficiente energía hasta el punto de hacerse sensibles a los demás. No es mi cometido predicar desde el ambón. Me compete algo más difícil si cabe: dar testimonio del Evangelio a través de mi vida. En un medio ambiente que ni rechaza expresamente lo cristiano ni muestra verdadero amor hacia ello, me resulta particularmente difícil demostrar lo que soy en su justo lugar y tiempo. Me resulta complicado hacer ver que uno puede sentir únicamente la plenitud definitiva de la propia vida cuando todo el ser se cimenta, ¡oh Dios!, sobre ti y vive desde la gracia.

Ciertos cristianos más valientes y generosos que yo me demuestran con su testimonio que cuando se está dispuesto a sobrepasar ciertas barreras llega uno a liberar a otros que parecían vivir detrás de puertas cerradas a cal y canto. ¿Por qué, pues, soy tan pusilánime, tan perezoso como me veo obligado a reconocer? Palabras como «misional» y «apostólico» parecen tener hoy un sabor ya rancio. Mas ¿soy aún capaz de preguntarme por su significado? Cuando estos conceptos no se me presentan como algo obvio, ¿no tendré que pensar que he ido a parar en una existencia indigente y menesterosa?

Dios mío, concédeme valor y energía para ser un laico que merezca el nombre de cristiano. Amén.

PARA PEDIR LA JUSTICIA Y LA FRATERNIDAD

Tú quieres que te pidamos que nuestro quehacer sea el producto de nuestra propia libertad. No puede ser de otro modo. Somos realmente tus colaboradores en la historia del mundo, pero sólo por que Tú así lo estableciste. De este modo nuestras mismas obras son un regalo de tu gracia. De tal manera, somos todos artífices y al propio tiempo receptores de tu actuar soberano aun cuando actuamos nosotros. Afortunadamente es así, pues si tuviéramos poder para realizarlos por nosotros mismos nuestra obra no sería más que vacuidad y pecado.

¡Oh Dios inabarcable!, permite, no obstante, que eleve hasta ti el lamento de toda la historia. La historia de nuestros logros no nos aparece tan transparente como para poder pensar que en ella se hace reconocible algo de tu herencia. Desde el mazo que mató a Abel hasta los hornos crematorios de nuestros días, todo es un amasijo de horrores, canalladas, miserias y destrucción.

En verdad podrías decir: esto es el fruto de una libertad que permití se os concediera sin quererlo de veras. Pero, ¡oh Dios inabarcable!, lo he oído y aprendido de todos los grandes maestros y teólogos desde

San Pablo hasta nuestros días, pasando por San Agustín: nuestra libertad, a veces corrompida, está como envuelta en el poder de tu fuerza y de tu insondable predestinación; no queda limitada por nada, ni siquiera por nuestra libertad. Con todo, tu predestinación no puede suprimir nuestra libertad a la hora de realizar dentro de la tuya ilimitada cuanto te resulta agradable.

Me lo digo a mí mismo y no a ti. No lo hago para estrechar la inmensidad inabarcable de tu sabiduría, ni para dar valor a tu majestad y quitárselo a la mediocridad de nuestra existencia cotidiana. Me revuelvo contra quienes piensan que no debería existir un Dios que desborda todas nuestras medidas. Incluso estas afirmaciones, aun estando expuestas a una crítica implícita, se hallan realmente penetradas por la majestad de tu grandeza. Ahora mismo estoy hablando así para hacerme más consciente de que es preciso implorarte aquella justicia y fraternidad, que son, al mismo tiempo, fruto de nuestro empeño existencial.

Lo sé muy bien, Señor: tenemos que librar un rudo combate contra nuestro egoísmo, aun cuando éste se halle oculto y pretendamos buscar para él bastardas justificaciones. Hemos de hacerlo esperando contra toda esperanza, a fin de arrancarle a nuestro enteco corazón un poco de justicia y fraternidad. Es una certeza irrefutable que he de ser citado ante tu tribunal para dejarme juzgar acerca de estas virtudes, y así alcanzar la salvación eterna o la eterna condenación. Seré juzgado yo y no otro en mi lugar. La justicia y la fraternidad nada tienen que ver hoy con una actitud intimista o un compromiso deslizado hacia el puro pietismo. Incluso en circunstancias de revolución se me exige que asuma los postulados de no violencia tal y como se expresan en el Sermón de la Montaña. Aun

siendo verdad que durante el decurso de la historia terrenal no debemos descargar sobre tí nuestros compromisos en favor de la justicia y la fraternidad, no es menos cierto que ninguna de nuestras empresas en estos campos son pensables si se las saca del ámbito de aquella santísima justicia y fraternidad que Tú has inaugurado para nuestra salvación en tu Hijo Jesús.

Por ello mismo me atrevo a decir: Danos lo que mandas. Danos justicia y fraternidad en este mundo. Soy consciente de que la casi interminable historia de la humanidad tiene que esperar hasta aquella consumación en la que se hará patente que Tú has oído mi ruego. Te ruego, no obstante, que perdones mi insistencia. Concédeme experimentar ya ahora un poco más de justicia y sensatez, de amor fraternal. En este momento te escucho decir: vete y realiza cuanto me has pedido; sólo entonces se habrán cumplido tus expectativas y se verán oídas tus preces. Amén.

¡Oh Dios!, Tú eres el Creador santo del mundo, de la tierra y de los hombres. He aquí tu voluntad: Tú has querido que en la evolución continua del hombre, éste llegue a un punto en el que se provoque no sólo alguna catástrofe parcial, sino que pueda llegar a la aniquilación y al suicidio total. ¿No hubieras podido evitar la posibilidad de tal evolución? ¿No tendría que terminar la historia humana en tu luz y en tu paz, que son mucho más que todas las etapas juntas de una evolución interrumpida? ¿No es acaso ésta nuestra esperanza? O tal vez esta propensión a la destrucción que hay en el hombre ¿no nos descubre quiénes somos nosotros y quién eres Tú? Sí, el punto más alto al que puede llegar la criatura por sí sola marca inexorablemente y también de modo imprevisible el comienzo de su ruina.

¿Es que no te sientes estremecido por el gran holocausto, porque Tú contemplas desde tu eternidad toda nuestra maldad, desde las acciones de Caín hasta el último suicidio? Sin embargo, nosotros, tus criaturas, no tenemos derecho alguno a permanecer impasibles ante tanto fratricidio, ante tanta autodestrucción. Frente a la sola idea de la pura posibilidad de

que tanta barbarie se derrumbe sobre la humanidad no podemos admitir una complicidad tácita, un puro inventario de calamidades. Si tal hiciéramos ya habríamos merecido el infierno, aunque todo quedara en posibilidad sin llegar a su realización. Pero Tú, Dios mío, no has interpuesto tu poder en la carrera humana a lo largo de su historia en su decurso ilusorio y alocado. Sin embargo, tras padecer tanto desatino, no le queda al hombre más remedio que echarse a tus pies llorando, ¡oh Dios bueno que nos has creado!

En realidad nadie puede saber exactamente si la catástrofe habrá de consumarse a través de las masacres que cada día se amontonan sobre nuestra conciencia o por vía de inventos humanos en apariencia inocentes. Será tu juicio devorador quien hará todo manifiesto.

Hay algo que nos resulta muy claro. Tú has querido que la historia humana tenga un término. Y esta historia se encamina inexorablemente hacia él. Pero, ¡oh Señor de toda clemencia!, ¿es que tengo que pensar que el fin de la historia acaecerá en el terrible holocausto? Pero aun en el caso de que tuviéramos que someter a tu augusto tribunal tanta locura, tendríamos aún entonces que reconocer que este suicidio absoluto es únicamente la manifestación de nuestro propio pecado, efecto de nuestra voluntad destructiva contra la tuya creadora. Todo ello no sería sino la frustración en nosotros mismos y por nosotros mismos de tu querer sobre nosotros, que desea que vivamos y sintamos la existencia recibida como regalo de tu amor sin medida.

Dios mío, si tal suicidio ocurriera, sólo sería obra de nuestras manos. Tú mantendrías alejado de él tu voluntad. Y es que nuestra libertad sufre a veces mio-

pía y ofuscamiento, ilusoria aproximación al mundo, arrogancia extrema, tendencia a contar sólo con lo más superficial de nuestra existencia; por ello mismo no se da cuenta a menudo de que todo descansa en la potencia soberana de tu propia libertad, de tus decretos inescrutables. ¡Oh Dios de las misericordias!, haz que esta criatura tuya, tan pequeña y necesitada de tu conmiseración, apele al fin a su propia responsabilidad. Es muy cierto que está en nuestras manos evitar la aniquilación atómica de la humanidad. Que no nos entreguemos al juego fatal de una paz basada en el puro equilibrio del terror; que no nos resignemos a pensar que podemos escapar al desastre a través de puras negociaciones entre egoístas igualmente poderosos y arrogantes; que no renunciemos a tener coraje para asumir el escándalo de las Bienaventuranzas y del Amor de tu Hijo, manifestado máximamente en la Cruz.

De todos modos, Dios clemente, me acojo a tu misericordia. Si así te place, aniquílanos y pon fin a la sucia historia de la humanidad. Permíteme, no obstante, que te adelante una pregunta: ¿has permitido que la historia de la humanidad discurriera durante cientos de siglos para que todo termine ahora, justamente a dos mil años de la muerte de tu Hijo? A la luz del Evangelio hemos de pensar más bien que todo comienza ahora. Haz que la humanidad siga viviendo. Así y sólo así podrá rendirte gracias por tu inmensa gloria.

Para que todo esto sea una realidad, concede a todos los hombres valentía para comprometerse en la paz y en un desarme verdadero y sensato. Concede también a tu Iglesia el valor para enseñar no sólo de qué forma pueden astutamente conciliarse los diversos egoísmos, sino cómo se debe y se puede estar de

parte de una justicia desinteresada; haz que la Iglesia sea capaz de proponer con claridad cómo es preciso actuar en favor de la paz por la aceptación de la locura de la Cruz. Convierte el corazón de los poderosos para que dejen de tener como justas las bastardas apetencias que irremisiblemente los llevan a la pura autodefensa; que no se traicionen a sí mismos ni traicionen a los demás cuando dicen que prestan algún servicio a la causa de la paz, almacenando armas cada vez más horrendamente sofisticadas. Por último, te pido que seas Tú mismo quien nos enseñe a cada uno a vivir en la exigencia de todo cuanto conduce a una paz interior desinteresada e incondicional.

ORACION POR LOS QUE SE DEDICAN A UNA ACTIVIDAD CREADORA EN EL CAMPO DEL ESPIRITU

Dios eterno, creador de todos los hombres y de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, Dios de toda la historia, señor y objeto, fuerza y luz de toda cultura, te presentamos hoy nuestras súplicas por todos los que crean esa cultura.

Señor, ¿quién pide por ellos? Y, sin embargo, sabemos que Tú quieres ser su objeto y su fuerza creadora, su trabajo y su obra. Porque Tú quieres al hombre en el pleno y siempre nuevo desarrollo de su ser; Tú quieres al hombre que es la propia obra de sí mismo. Tú amas al hombre que en su obra realiza, encuentra y expresa su propio ser, el ser que es una imagen de tu propia grandeza. Los hombres sólo pueden ser con tu gracia lo que han de ser conforme a tu voluntad, padre de todo autor, eterno origen de toda luz, espíritu de toda verdadera inspiración.

Por eso te rogamos e imploramos que descienda sobre ellos tu Espíritu Santo: despierta entre nosotros hombres de fuerza creadora, pensadores, poetas, artistas. Los necesitamos. También se refieren a ellos las palabras de que el hombre con sólo el pan corporal sigue hambriento si no se alimenta con la palabra de tu boca. Da a esos hombres jóvenes el valor de ser

fieles a su vocación, de soportar el dolor y el peso de esta vocación, de no traicionar su misión por alcanzar dinero o el aplauso de hombres superficiales, que sólo buscan la distracción. Cuando dicen en sus palabras o en sus imágenes, en sus notas o en sus gestos lo que hay en el hombre —porque proclaman lo que ellos mismos han experimentado—, haz que lo digan *todo*: Dales la experiencia de que el hombre no es solamente el infierno herméticamente cerrado de su propia nada, sino también la tierra bella y bendecida, sobre la que se extiende el cielo de tu propia infinitud y libertad. No tienen por qué llevar siempre en sus labios: sólo deben llamarte por tu nombre cuando los llena el aliento de la pura felicidad o del más duro dolor. Fuera de esos casos deben honrarte con tu silencio. Fuera de esos casos deben alabar a la tierra. Pero al mismo tiempo deben llevarte siempre calladamente en sus corazones, de los que brota su obra. Y entonces la canción más modesta será un eco de júbilo de tu cielo, y lo que narren sobre los más tenebrosos abismos estará abrazado por tu misericordia y por una añoranza de la luz y del amor eterno. Y hasta su intento de entretenernos será un reflejo de la suave paciencia con la que nos amas en nuestra vulgaridad de todos los días. Dales el valor de buscar la luz y la alegría. Ese valor es tu gracia en las tinieblas de nuestros días y en la vacía pobreza de nuestros corazones. Pero dáselo, porque necesitamos ese elevado valor. Dales el valor de distinguir y de decidir. No tienen por qué enredarse en largos razonamientos. Pero sus obras deben dar a conocer que las ha creado un corazón no partido, que está abierto a todo, pero que en todo solamente te busca a ti y lo busca todo en ti, que no conoce una paz cobarde entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Dales el valor de saber comenzar siempre de nuevo, porque sólo así

encontrarán su origen en lo ordinariamente verdadero. Hazles decir lo que *tu* Espíritu ha depositado en sus corazones, no lo que quieren oír *los* poderosos, en los que se ha agrupado cerradamente la mediocridad. Cuando experimenten que sus esfuerzos han sido vanos y sientan la decadencia de su creación, la mala acogida por parte de sus contemporáneos, concédeles creer que ante ti nada es vano, que Tú has visto con entusiasmo su obra y que has tomado en el tuyo su corazón roto.

Tu Palabra eterna, el Esplendor de tu esencia y la Imagen de tu grandeza ha venido personalmente a nuestra carne, ha asumido todo lo humano como *su* propia realidad. Con más poder y más amor que el que puede poner cualquier otro en la creación que ha salido de sus manos, ha puesto su propio corazón en medio de lo que sus manos han formado, para que el hombre mismo sea la imagen y la expresión de tu grandeza. Y por ello, independientemente de que lo sepamos o no, toda creación de la cultura es un fragmento de la propia historia de tu Palabra, porque todas las cosas han quedado transformadas en su propio mundo, al que vino para vivirlo conjuntamente con él, para sufrirlo conjuntamente con él y para glorificarlo, de forma que tu Palabra ya jamás estará sin ese mundo por toda la eternidad. Haz que aquellos por los que pedimos comprendan todo esto. Todo lo que crean es inexorablemente o un trozo de la cruz, en la que se clava con propia culpa a tu Hijo, y por tanto es condenación, o una fase de la venida del reino eterno de este Hijo, y por tanto es gracia. Porque ese reino no sólo viene de fuera como fin y juicio de este mundo. Desde el momento en que tu Palabra descendió a su creación y se hizo corazón de todas las cosas, ese reino viene del centro de la realidad terrena, como misteriosa gracia. Por eso todo lo que los hombres

crean puede y debe ser una promesa de que tu reino eterno está viniendo, el reino de la verdad y del amor, el reino de la glorificación del hombre no dividido en alma y cuerpo, tierra y cielo. Por eso concédeles también que proclamen y fomenten ese reino, en el que se salvarán eternamente, transformadas y glorificadas, todas las cosas que ha creado el hombre como partícipe de tu poder creador. Que venga sobre ellos el Espíritu de tu Hijo, para que tu nombre sea alabado ya ahora en este tiempo y por los siglos de los siglos en la eternidad. Amén.

MARIA

¡Virgen santa, verdadera madre del Verbo eterno, que ha venido a nuestra carne y a nuestro destino; mujer que has concebido en la fe y en tu seno bendito la salvación de todos nosotros; madre, pues, de todos los redimidos, siempre viviente en la vida de Dios, cercana a nosotros, pues los unidos a Dios son los que nos están más próximos!

Con agradecimiento de redimidos alabamos la eterna misericordia de Dios que te ha redimido. Cuando comenzaste a existir ya te había prevenido la gracia santificante, y esa gracia que no tuvo en ti que arrepentirse ya no te ha dejado de su mano. Tú has seguido el camino de todos los hijos de esta tierra, los estrechos senderos que parecen serpentear sin sentido fijo a través del tiempo, caminos de vulgaridad y de dolores hasta la muerte. Pero caminos de Dios, senderos de la fe y del incondicional «hágase en mí según tu palabra».

Y en un momento que ya no se borrará de la historia, sino que permanece por toda la eternidad, tu palabra fue la palabra de la humanidad y tu sí se convirtió en el amén de toda la creación al sí decidido de Dios, y tú concebiste en la fe y en tu seno al que es al

mismo tiempo Dios y hombre, creador y criatura, felicidad inmutable y que no conoce cambio y destino amargo, consagrado a la muerte, destino de esta tierra, Jesucristo, nuestro Señor.

Por nuestra salvación has dicho el sí; por nosotros has pronunciado tu «hágase»: como mujer de nuestra raza has acogido para nosotros y cobijado en tu seno y en tu amor a aquel en cuyo solo nombre hay salvación en el cielo y en la tierra. Tu sí ha permanecido siempre y ya nunca ha vuelto atrás. Ni aun cuando se hizo patente en la historia de la vida y de la muerte de tu Hijo quién era en realidad aquel a quien tú habías concebido; el cordero de Dios, que tomó sobre sí los pecados del mundo; el hijo del hombre, a quien el odio contra Dios de nuestra generación pecadora clavó en la cruz y, siendo luz del mundo, arrojó a las tinieblas de la muerte, que era nuestro propio y merecido destino.

De ti, Virgen santa, que como segunda Eva y madre de los vivientes estabas de pie bajo la cruz del Salvador —árbol verdadero del conocimiento del bien y del mal, verdadero árbol de vida—, se mantenía en pie la humanidad redimida, la Iglesia, bajo la cruz del mundo y allí concebía el fruto de la redención y de la salvación eterna.

He aquí reunida, Virgen y Madre, esta comunidad de redimidos y bautizados; aquí precisamente, en esta comunidad, en donde se hace visible y palpable la comunidad de todos los santos, imploramos tu intercesión. Pues la comunión de los santos comprende a los de la tierra y a los del cielo, y en ella nadie vive sólo para sí. Ni siquiera tú. Por eso ruegas por todos los que en esta comunión están unidos a ti como hermanos y hermanas en la redención. Y por eso mismo confiamos e imploramos tu poderosa intercesión, que

no niegas ni aun a los que no te conocen. Pide para nosotros la gracia de ser verdaderamente cristianos: redimidos y bautizados, sumergidos cada vez más en la vida y en la muerte de nuestro Señor, viviendo en la Iglesia y en su Espíritu, adoradores de Dios en espíritu y en verdad, testigos de la salvación por toda nuestra vida y en todas las situaciones, hombres que pura y disciplinadamente, y buscando sinceramente la verdad en todo, configuran su vida con valentía y humildad, vida que es una vocación santa, una llamada santa de Dios. Pide que seamos hijos de Dios que, según la palabra del apóstol, han de lucir como estrellas en el seno de una generación corrompida y depravada (Filip 2, 15) alegres y confiados, edificando sobre el Señor de todos los tiempos, hoy y para siempre.

Nos consagramos a ti, santa Virgen y Madre, porque ya te estamos consagrados. Como no estamos solamente fundamentados sobre la piedra angular, Jesucristo, sino también sobre los apóstoles y profetas, así también nuestras vidas y nuestra salvación dependen permanentemente de tu sí, de tu fe y del fruto de tus entrañas. Así pues, al decir que queremos consagrarnos a ti, no hacemos más que reconocer nuestra voluntad de ser lo que ya somos, nuestra voluntad de acoger en espíritu, de corazón y de hecho, en toda la realidad del hombre interior y exterior, lo que ya somos. Con una consagración semejante intentamos sólo acercarnos en la historia de nuestra vida a la historia de la salvación que Dios ha efectuado y en la que ya ha dispuesto de nosotros. Nos llegamos a ti porque en ti sucedió nuestra salvación y tú la concebiste.

Ya que te estamos consagrados y nos consagramos a ti, muéstranos a aquel que ha sido consagrado en tu gracia, Jesús, el bendito fruto de tus entrañas;

ORACION A SANTO TOMAS DE AQUINO

muéstranos a Jesús, el señor y salvador, la luz de la verdad y advenimiento de Dios a nuestro tiempo; muéstranos a Jesús, que ha padecido verdaderamente y verdaderamente ha resucitado, hijo del Padre e hijo de la tierra, porque es tu hijo; muéstranos a aquel en quien realmente somos liberados de las fuerzas y potencias que todavía vagan bajo el cielo, liberados aun cuando el hombre de la tierra les permanezca sumiso; muéstranos a Jesús ayer, hoy y por la eternidad. Dios te salve, María, llena eres de gracia... Amén.

¡Oh, Santo Tomás de Aquino! Tengo que comenzar haciéndote una confesión que valdría para otros muchos santos. Me resulta difícil buscar con éxito a un solo santo en la infinita grandeza de Dios para tomarlo como interlocutor. Pero acaso lo más difícil sea justamente lo más adecuado.

Voy a dirigirte una petición en la fórmula tradicional, sobre cuyo exacto sentido no voy a ponerme a cavilar ahora: Otórgame ante Dios aquella intercesión por la cual unos santos se ocupan de otros, y hasta de los pecadores, entre los cuales yo me cuento. Intercede para que, al menos de lejos, me parezca a ti. Que yo sea sensato y sobrio y tenga siempre coraje para meditar sesudamente lo que voy a decir antes de proferirlo con fogosa ligereza. Haz que yo posea un espíritu eclesial sin, por ello, ser clerical. Tú bien sabes qué quiero decir con esto.

Te pido además que ejerzas tu intercesión por mí en dos asuntos. Al presente no haces otra cosa que pronunciar tu «Adoro te devote latens Deitas», puesto que te encuentras ante la inabarcable inmensidad de Dios. Tan inmensa divinidad no es ya para ti una palabra puramente teórica, pronunciada por la grandeza

de tu elevado espíritu. Ahora, gracias a la presencia del poder creador de Dios en ti mismo, se ha convertido en objeto experimentado de tu silente adoración. A través de este poder te olvidas de ti mismo al adorar a Dios, y justamente en este olvido llegas a poseerte de modo definitivo.

Que cuando yo me ocupe de la teología o me dedique a la predicación o converse con los hombres acerca de Dios, que sea entonces al menos mínimamente consciente de que todo se halla penetrado de su santo misterio. Siempre dijiste que su contacto nos introduce en una eternidad cada vez más dichosa. Y esto es mucho más que considerarle como el término de una pura adoración terrena de su amado e insondable misterio. El nos libera con su santidad de nuestra penosa angostura.

Aún tengo otra cosa que decirte. Tú comunicaste a tu amigo Reginaldo: «Paja me parece todo cuanto he dicho». Realmente fuiste muy inteligente para decir que no era más que paja lo que escribiste. No puedes, con todo, negar que esa palabra contiene algo válido respecto a cuanto el hombre puede decir de Dios. Cuando el hombre así lo percibe ha dado comienzo a la consumación de las promesas y se siente abocado a la Vida Eterna. En la Vida Eterna Dios mismo, sin que medien palabras humanas, apagará el hambre insaciable del espíritu humano, brotado de la gratitud amorosa de Dios.

Quiero recordar delante de ti a mis difuntos, Señor, a todos aquellos que alguna vez me pertenecieron y se han apartado de mí. Son muchos; tantos que de una mirada no puedo abarcarlos todos, sino que otra vez debo recorrer el camino de mi vida con el recuerdo, si mi dolor quiere volver a saludarlos a todos.

Cuando así lo hago es como si en la calle de mi vida pasara un desfile de hombres y, en cada momento, alguno de ellos, calladamente y sin decir adiós, se desviara de este desfile, y apartándose del camino se perdiera en la negrura de la noche. Mi comitiva se vuelve más y más pequeña porque sólo aparentemente hombres nuevos aparecen en el camino de mi vida para viajar conmigo. Ciertamente muchos van por la misma calle, pero propiamente conmigo peregrinan tan sólo los que en otro tiempo comenzaron juntamente conmigo, los que ya estaban allí cuando yo comenzaba mi ruta hacia ti, Dios mío, los que estaban muy cerca de mi corazón y aún lo están. Los otros son camaradas de viaje en el mismo camino, y de éstos hay muchos: nos saludamos y ayudamos mutuamente y siempre vienen nuevos y se retiran. Pero propia-

mente el desfile de mi vida, formado por aquellos que se aman, se hace cada vez más pequeño y callado, hasta que por fin también yo, silenciosamente, me desvíe del camino y me aparte sin despedida ni regreso.

Por eso mi corazón está con ellos, con aquellos que ya se alejaron de mí. No hay otro sustituto para ellos; no existe ningún otro hombre que pudiera rehacer un grupo de hombres que verdaderamente se aman, cuando repentinamente, y sin esperarlo, alguno de ellos ya no existe. Porque tratándose del amor verdadero, ninguno puede sustituir al otro. Porque el verdadero amor ama al otro con aquella profundidad que es característica de cada uno. Por eso, cada uno de los que se fueron se llevó un trozo de mi corazón —sí, cuántas veces el corazón entero—, cuando la muerte pasó a través de mi vida. Para quien verdaderamente amó y ama, la vida se torna, ya antes de la muerte, en un vivir con los muertos. Porque el que ama, ¿podría olvidar a sus muertos? Y si alguno verdaderamente amó su «haber olvidado» y su «haber llorado», no es un signo de estar ya consolado, sino del carácter definitivo de su luto, un signo de que una parte del propio corazón realmente murió con ellos y ahora está muerto en vida, y por eso ya no puede seguir lamentándose.

Así vivo con los muertos, con aquellos que me precedieron hacia la oscura noche de los muertos donde ninguno puede ya hacer cosa alguna.

Pero, ¿cómo puedo vivir con los muertos en la idéntica realidad de un mismo autor, mío y de ellos? Respóndeme Tú, Dios mío, que te has llamado Dios de los vivos y no de los muertos. ¿Cómo puedo vivir con ellos? ¿De qué me sirve cuando digo —e inclusive los filósofos me demuestran— que todavía existen y si-

guen viviendo? ¿Están conmigo? Porque amaba a los muertos y todavía los amo, debo estar con ellos. Pero ¿están ellos también conmigo? Ellos ya se fueron, están en silencio. Ni una palabra suya llega a mi oído. Ni una suave muestra de su cariño vuelve a llenar mi corazón. ¡Cuán callados están los muertos! ¡Cuán muertos están los muertos!

Entonces, ¿quieren ellos que los olvide, como se olvida uno de cualquiera con quien accidentalmente se encontró en un viaje y cambió un par de palabras indiferentes? Si aquellos que en tu amor partieron de este mundo no perdieron la vida, sino que se transformó en vida eterna, ilimitada y sobreabundante, entonces ¿por qué para mí son como si ya no existieran? ¿Acaso la luz —tu luz, Dios mío— en la cual penetraron es tan débil que no puede bajar hasta donde estoy? ¿Sólo pueden estar contigo a condición de que también su amor, no sólo su cuerpo, me abandone? Mi pregunta se vuelve de ellos a ti, Dios mío, que quieres ser llamado el Dios de los vivos y no de los muertos.

Pero ¿cómo he de preguntarte? Tú estás tan mudo como los muertos, aunque también te amo a ti como amo a mis muertos, aquellos lejanos y silenciosos desaparecidos que entraron en la noche. ¿Qué respuesta perceptible das a mi amor cuando te llama y pide una señal de que tu amor hacia mí vive y está conmigo? ¿Puedo quejarme de mis muertos cuando su silencio no es más que el eco de tu silencio? ¿O es tu silencio una respuesta a mi queja de su silencio?

Así ha de ser, porque eres la última, aunque incomprendible, respuesta a todas las preguntas de mi corazón. Yo sé por qué guardas silencio: tu silencio es la estancia sin límites en la cual mi amor sólo puede existir en tu amor por la acción de la fe. Si tu amor

hacia mí se me hubiera revelado en esta vida terrena, manifestándome claramente que soy amado por ti, ¿entonces cómo podría demostrarte un ánimo osado y la fidelidad de mi amor? ¿Cómo podría salirme por la fe —mediante el éxtasis de la fe y del amor— de este mundo, y amando salirme hacia tu mundo y entrar dentro de tu corazón?

Para que mi amor se descubra en la fe, tu amor se ha ocultado en el silencio de tu quietud. Me has abandonado para que yo te encuentre. Porque si estuvieras conmigo siempre me encontraría sólo a mí al buscarte a ti. Debo salir de mí si he de encontrarte allí donde Tú puedes ser Tú mismo. Porque tu amor es infinito, únicamente puede vivir en tu infinitud, y porque me quieres mostrar tu amor infinito, me lo has escondido en mi finitud y me llamas para que salga de ella. Y mi fe en ti no es otra cosa que el oscuro camino en la noche, entre la casa desamparada de mi vida, con sus reducidas y pobremente iluminadas estancias, y la luz de tu vida eterna. Tu silencio en este tiempo de mi vida terrena no es otra cosa que la manifestación terrena del Verbo eterno de tu amor.

Así mis muertos imitan tu silencio: porque entraron en tu vida, están ocultos para mí. Porque las palabras de su amor se confundieron con el júbilo de tu amor infinito, ya no penetran en mi oído. Viven la infinitud de tu vida y de tu amor, por eso su amor y vida ya no entran en el estrecho recinto de aquello que yo llamo mi vida y mi amor. Vivo una vida que no es más que una larga agonía —«prolixitas mortis», llama tu Iglesia a esta vida—, por eso nada experimento de su vida eterna que no recuerde la muerte.

Pero así es precisamente como viven también para mí. Porque su silencio es su clamor más agudo, porque es el eco de tu silencio. Porque es el son que vibra

al unísono con tu palabra que nos habla mientras nos envuelve a nosotros y nuestras palabras en su silencio frente al fuerte ruido de nuestra actividad y de las angustiosas y precipitadas protestas mediante las cuales los hombres aseguramos nuestros recíprocos amores. Así tu palabra, llamándonos, nos introduce en tu vida. Así nos ordenas, por medio de la obra del amor, que es la fe osada, dejarnos a nosotros mismos para encontrar una base eterna en tu vida. Y exactamente así también llama y ordena el silencio de mis muertos que viven en tu vida y por eso me dirigen juntamente contigo tu palabra, Dios de mi vida, la cual está lejos de mi muerte. Porque están vivos callan, así como nuestras ruidosas conversaciones nos deben hacer olvidar que somos moribundos. Y su silencio es la palabra de su amor a mí, la palabra de amor que me dirigen.

Dios silencioso, Dios de los muertos silenciosos, Dios vivo de los vivos, que hablas mediante el silencio. Dios de aquellos que mediante su silencio quieren llamarme hacia tu vida, haz que no olvide a mis muertos y a mis vivos. Que mi amor hacia ellos, mi fidelidad a ellos sea testimonio de mi fe en ti, Dios de vida eterna. Haz que no oiga en vano su silencio, el silencio que es la palabra más íntima de su amor. Que ésta su más íntima palabra me acompañe cuando partan de mí, para que su amor, penetrando en ti, esté más cerca de mí. Alma, no olvides a los muertos. Viven. Viven tu propia vida, que aún está encubierta por ti, ya sin velo en la luz eterna. Que tus vivos, Dios de los vivos, no me olviden a mí que soy un muerto. Concédeles, Dios, que ya les has concedido todo y a ti mismo, también esto: que su silencio se convierta en la expresión más explícita de su amor hacia mí, que se transforme en una palabra que conduzca mi amor hacia ellos, hasta su vida y su luz.

Si mi vida es y se vuelve cada vez más una vida con los muertos que me han precedido en la oscura noche de la muerte, en la cual nadie puede ya obrar, entonces tórnese mi vida, por obra de tu gracia, cada vez más una vida de fe guiada por tu luz en la noche de mi vida. Entonces yo vivo con los vivos que se me han adelantado con el signo de la fe hacia el día luminoso de tu vida, en el cual ya ninguno debe obrar, porque Tú mismo eres este día, Tú, plenitud de toda realidad, Tú, Dios de los vivos.

Cuando digo: Señor, dales el descanso eterno y alúmbreles la luz eterna, que mi oración sea solamente el eco de la palabra de amor, que ellos mismos hablan por mí en la quietud de su eternidad: Señor, dale al que amamos en tu amor, como nunca antes, dale, después de la lucha de su vida, el descanso eterno y también alúmbrele tu luz eterna como a nosotros. Alma, no olvides a los muertos. Dios de todos los vivos, no te olvides de mí, muerto, para que algún día también tú seas vida. Amén.

DIOS QUE HA DE VENIR

Mira, otra vez es adviento en el año de tu Iglesia, Dios mío. Otra vez rezamos las oraciones de la expectación y de la constancia, los cantos de la esperanza y de la promesa. Y otra vez toda miseria y toda expectación y todo aguardar lleno de fe se aglomeran en la palabra: ¡ven!

Extraña oración: Ya has venido, pusiste tu tienda de campaña entre nosotros, has participado de nuestra vida con sus pequeñas alegrías, con su larga rutina y su amargo fin. ¿Podíamos invitarte con nuestro «ven» a algo más que a eso? Penetraste tanto en nuestra vulgaridad que ya casi no te podemos distinguir de los demás hombres. Dios, que te llamaste hijo del hombre, ¿podías acercarte más a nosotros mediante tu venida? Y, sin embargo, oramos: ven. Y esta palabra nos sale del corazón como en otro tiempo a los patriarcas, reyes y profetas que veían tu día solamente desde lejos y lo bendecían.

¿Celebramos solamente el adviento o siempre es adviento? Pero ¿es que en verdad has venido ya? ¿Tú mismo, como nosotros queríamos decirlo cuando a la par deseábamos al que habría de venir, al Dios fuerte, padre del futuro, príncipe de la paz, la luz de la ver-

dad y la dicha eterna? En las primeras páginas de la Sagrada Escritura ya está prometida tu venida y, sin embargo, en su última página, a la cual nunca debe ser agregada otra, se encuentra la oración: ¡Ven, Señor Jesús!

¿Eres Tú el eterno adviento que siempre debe estar en camino, pero que jamás llegará, en forma tal que sea la plenitud de toda espera? ¿Eres Tú el lejano inalcanzable a cuyo encuentro peregrinan todos los tiempos, todas las generaciones, las ansias todas de los corazones, por esas calles que nunca terminan? ¿Eres solamente el lejano horizonte que rodea la tierra de nuestros acciones y padecimientos, y que siempre permanece lejos a donde quiera que uno marche? ¿Eres tan sólo el hoy eterno que está igualmente cerca y lejos de todo, y que encierra en sí los tiempos y todos los cambios, indiferentemente? ¿O es que no quieres venir de ningún modo porque todavía posees lo que nosotros fuimos ayer, y hoy ya no somos, o porque te adelantaste ya al más lejano futuro nuestro desde toda la eternidad?

¿Acaso no te retiras siempre en tus abismos inconmensurables, que llenas con tu realidad, a una distancia doblemente mayor del camino que nosotros hemos recorrido en pos de tu eternidad con los pies sangrantes? La humanidad ¿ha logrado acercarse a ti desde que hace miles y miles de años dispuso la marcha a su aventura más dulce y temible: buscarte a ti? En mi vida ¿ya he logrado acercarme algo más a ti o es, al fin de cuentas, toda cercanía conquistada solamente la mayor amargura con que tu distancia embriaga mi alma? ¿Hemos de estar siempre lejos de ti, quizá porque Tú, infinito, estás constantemente cerca de nosotros y por eso no tienes deseos de venir a nosotros, ya que no existe sitio alguno al que hayas de venir, pues estás presente en todo?

Me dices que has venido ya en realidad: que tu nombre es Jesús, hijo de María, y que yo ya sabía en qué sitio y tiempo podría encontrarte. Señor, perdóname, pero este venir tuyo se debe llamar más bien un partir. Te has escondido en forma de siervo y te has encontrado como uno de nosotros, y Tú, Dios recóndito, penetraste como un cualquiera, inadvertidamente, en nuestras filas y has marchado con nosotros, los que propiamente estamos siempre de camino y nunca acabamos de llegar, porque todo cuanto alcanzamos solamente sirve para que consigamos lo último: el final. Estamos llamando: ven, Tú, el que nunca va, porque tu vida no tiene ocaso y tu realidad no conoce fin; ven Tú mismo porque nosotros solamente renovamos cada día el cambio hacia el fin.

Te llamamos porque desesperamos de nosotros mismos; sobre todo cuando, tranquilos y presos en nuestra finitud, nos juzgamos sabios. Hemos llamado a tu infinitud y hemos esperado una vida interminable fiados en la venida de tu infinitud. Porque nosotros los hombres, al menos aquellos a quienes Tú has regalado la última sabiduría de esta vida, aprendimos que fue en balde lo que intentábamos: huir por esfuerzo propio, azuzados por la asfixiante angustia de nuestra impotencia e inconstancia, por medios siempre nuevos, de nuestra propia existencia, y por mil caminos ser poseedores de algo eterno. Porque no nos podemos ayudar, porque no podemos librarnos de nosotros mismos, por eso hemos conjurado sobre nosotros la plenitud de tu vida, tu realidad y tu verdad, por eso hemos apelado a tu sabiduría y justicia, tu bondad y misericordia, para que Tú mismo vinieras, para que arrancararas todas las cercas de nuestra limitación, para que hicieras riqueza de la pobreza, eternidad de nuestra temporalidad.

Y nos has prometido que vendrías y viniste. Pero ¿cómo viniste y qué hiciste? Tomaste una vida humana y la hiciste vida tuya, en todo igual a nosotros: naciste de mujer, padeciste bajo Poncio Pilato, fuiste crucificado, muerto y sepultado. Tú has alcanzado aquello de lo que huimos. Comenzaste lo que según nuestra opinión debería terminar mediante tu venida: nuestra vida, la cual es impotencia, finitud en lo íntimo, y muerte. Precisamente tomaste este ser de hombre no para transformarlo, no para suavizarlo ni clarificarlo y divinizarlo visible o palpablemente, o al menos llenarlo de bienes hasta estallar, bienes que los hombres, en sustitución de lo eterno, apenas frugal y fatigosamente pudieran arrebatarse del reducido y pedregoso barbecho de su temporalidad.

Hiciste nuestra vida, vida tuya, tal como nuestra vida es. La dejaste correr tal como la nuestra corre sobre esta tierra. La comenzaste con cuidados para que ni una gota de su tormento y de su gravosa estrechez se perdiera antes de que lo hubieras sufrido todo. También sobre tu vida rodó la cruel y espantosa aplanadora de la naturaleza ciega y de la evidente maldad humana. Y cuando tu vida humana levantaba la vista a aquel que en la verdad más clara y amor más quintaesenciado llamabas Padre, entonces veías tal como nosotros, hacia arriba, al Dios de caminos inescrutables y juicios incomprensibles, el cual tiende o deja pasar el cáliz según su deseo.

Y por toda la eternidad ningún «por qué» conduce al fondo de este deseo, que pudo haber sido otro y, sin embargo, quiso aquello que es incomprensible para nosotros. Tú debías venir para librarnos de nosotros mismos, y Tú, otra vez Tú, único libre e ilimitado, te «hiciste como nosotros». Y aunque sé que seguías siendo el que eras —¿no te estremeces ante

nuestra mortalidad, Tú, inmortal; ante nuestra estrechez, Tú, inmenso; ante nuestra apariencia, Tú, verdad suma? ¿No te crucificaste a ti mismo en la criatura cuando recibías como vida propia, completamente cerca y completamente como propia, lo que antes solamente habías extendido en distancias eternas como el oscuro, anonadado fondo para tu luz inaccesible? ¿No es la cruz del Gólgota la figura visible de la cruz que fue preparada por ti mismo a través de los espacios eternos?

¿Es ésta tu venida? ¿Para esto convirtieron los hombres la historia inconmensurable en un único coro de adviento (en él, hasta el blasfemo te reclama), en un único grito por ti y por tu venida? ¿Ha desaparecido nuestra desdicha porque también Tú lloraste? La entrega a nuestra finitud ¿ya no es acaso la más espantosa forma de nuestra desesperación, precisamente por eso, porque Tú has pronunciado la palabra de la entrega en tu encarnación humana, y juntamente la has dicho con nosotros? Nuestro camino, que no quiere acabar, ¿tiene un fin dichoso porque viajas con nosotros? Pero ¿cómo y por qué puede ser así? ¿Cómo puede nuestra vida, por convertirse en tuya, ser la salvación de nuestra vida? ¿Cómo puedes Tú quedar precisamente bajo la ley y mediante esto redimirnos de la ley? (Gál 4, 5).

¿Es mi entrega a mi vida el comienzo de la liberación de su gravosa estrechez porque esta entrega se convirtió en el amén de tu vida humana, en el sí a tu venida cuya realización es contra todo lo que yo esperaba? Pero ¿de qué me sirve que ahora mi destino sea participación del tuyo si te has limitado a convertir el mío en el tuyo? ¿O convertiste mi vida en el solo comienzo de tu venida, en el solo comienzo de tu vida?

Vuelvo a entender poco a poco lo que he sabido

siempre. Tú siempre estás viviendo y tu aparición en forma de siervo es el comienzo de tu venida para la liberación de la esclavitud que Tú aceptaste. Los caminos por los que Tú caminas tienen un fin. Estrecheces en las que Tú penetras se ensanchan. La cruz que Tú soportas se vuelve signo de la victoria. Propiamente no has venido. Todavía estás llegando: desde tu encarnación hasta la plenitud de este tiempo solamente hay un momento —y aunque miles de años corren a través de él para que, bendecidos por ti, se conviertan en partecita de ese momento—, aquel momento del hecho único que, en tu vida humana y su destino, nos une a todos nosotros juntamente con nuestros destinos y nos lleva al hogar de las eternas grandezas de la vida de Dios.

Porque has dado comienzo a este último hecho de tu creación, por eso en última instancia nada nuevo puede acontecer en este tiempo, sino que todos los tiempos están ahora inmóviles en el último fondo de las cosas; «el fin de los siglos ha irrumpido sobre nosotros» (1 Cor 10, 11). En este mundo existe un solo tiempo: tu adviento. Y cuando este último tiempo llegue a su término ya no existirá el tiempo, sino Tú en tu eternidad.

Si las obras son las que maduran, y no es el tiempo el que hace durar las cosas y las realidades; si una nueva realidad hace surgir una nueva época, con tu encarnación ha despuntado una nueva y última época. Pues ¿qué podía ya venir que este tiempo no lleve en su seno? ¿Que nosotros lleguemos a ser partícipes de ti? Sí, pero esto ha tenido lugar ya, porque Tú te dignaste participar de nuestra naturaleza. Se dice que Tú vendrás de nuevo. Es cierto. Pero propiamente no se trata de «volver de nuevo», pues Tú nunca nos abandonaste en tu naturaleza humana, que escon-

giste como tuya eternamente. Se trata sólo de que se manifieste con mayor claridad cada vez que Tú vienes realmente, que el corazón de todas las cosas se ha transformado ahora, porque Tú las has tomado en tu corazón.

Debes, pues, venir más y más, debe manifestarse con claridad lo que ha sucedido en el fondo de todos los seres, debe deshacerse en el interior de cada uno toda falsa ilusión, como si la finitud no hubiera quedado libre, ya que Tú la has tomado para ti, infundiéndole la vida. Mira, Tú vienes. Esto no es el pasado ni el futuro, sino el presente que se va llenando a sí mismo. Siempre está presente la hora de tu venida, y si alguna vez llega a su término nos habremos dado cuenta, aun nosotros, de que Tú realmente has venido. Haz que yo viva en esta hora de tu venida para que yo viva en ti, ¡oh, Dios que has de venir! Amén.

ENTRE LA GRACIA Y EL JUICIO

¡Señor Jesucristo, acabo de oír en el Sacramento la palabra de tu perdón! Aunque no me canso de oírlo, he podido de nuevo escuchar que quieres ser misericordioso y que me perdonas siempre de nuevo con una paciencia inagotable, generosa y leal. Te doy gracias por tu bondad, por la magnanimidad y paciencia que me has manifestado todos los días de mi vida. En este sacramento experimento tu gracia de modo siempre renovado. Recibo el perdón que sobre mí se proclama y del que tengo necesidad cada día. Frente a mis hermanos pecadores, haz que yo sea un emisario de aquella gracia que yo como penitente siempre necesito. Haz que mi oración aprenda a llevar las cargas ajenas, haz de mí un ser paciente, comprensivo, humilde, sabio. Haz de mí un apóstol capaz de anunciar esa palabra tuya que, al penetrar los corazones, los transforma. Cuéntame entre el número de aquellos que, habiendo recibido la paz de tu perdón, se convierten en transmisores de esa paz. Haz que el juicio clemente de tu gracia, tal y como lo he recibido en el Sacramento de la Reconciliación, se convierta para mí cada día en prenda de aquel juicio de misericordia al

que mis pasos terrenos se encaminan. ¡Oh juicio aquel en que culminarán todos los juicios sacramentales de este tiempo y de esta vida!

Sí, me encamino hacia ese juicio. «Está establecido que el hombre muera una vez y que después sea sometido al juicio» (Heb 9, 27). ¡Oh, Señor, qué cercano percibo ya ese día! Será el momento en que tenga que separarme de todo aquello de lo que me resisto a separarme, el momento irrepetible que nos aboca a la soledad absoluta. Solamente me quedan tres horas para pender de la cruz de este tiempo, de esta vida fugaz, yo que soy un pobre pecador. ¿Tendré que valerme de esta condición para decirte: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino»? ¿Tendré que usar de este instante que llamamos vida para colocar esta vida en manos de tu Padre con plena libertad, con fe y amor? Señor, cuando llegues como ladrón en la noche, no me lleves ante un tribunal de rigor. No sé cuándo vendrás, aunque sé que el instante de tu llegada no puede dilatarse. Cuando llegues, ¡oh, Juez mío!, podré ir delante de ti en la gloria ya silente de tu eterna gracia. Enciende en mi corazón la luz de la fe y haz que en él arda la llama de tu caridad. Dispón ya Tú mismo la mansión de mi eternidad en la que deseas que yo viva aún antes de venir a juzgarme. De este modo únicamente podré comprobar que está bien dispuesta y que es digna de darnos común cobijo. Te pido la gracia de la perseverancia. Me concederás tal don en la medida en que yo permanezca firme en el gozo de tu misericordia. Me darás esta gracia cuando yo esté convencido de que Tú eres mayor que nuestro corazón, cuando yo viva en una oración ininterrumpida y en un amor ardiente. El don de la perseverancia será mío cuando, con tu ayuda, supere yo las obstinadas fantasías acerca de la santa ley que has decretado. Me darás esta gracia junto con el regalo de un

amor indestructible y una veneración grande a su Sagrado Corazón y a tu Madre Santísima.

Me postro ante el sacramento en el que se proclama tu muerte. Cuando me uno a ti, lleno de amor, de esperanza y de fe, tu mismo sacramento anuncia también mi propia muerte. Sí, yo debo vivir y morir en ti. Del mismo modo que fui introducido en tu muerte por el Bautismo, la sensata percepción de mi muerte tiene que conducirme a la experiencia de que en ella me uno a ti, pues Tú has compartido tu muerte conmigo. Dame, Señor, tu muerte. Es ésta la mejor manera que el hombre tiene de morir. Si así lo deseas, dame también tu Sacramento Santísimo como viático y prenda de Vida Eterna. De todos modos, con este sacramento o sin él, estoy ya seguro de recibir tu amor y tu gracia por virtud de tu mortal soledad, de tu abandono, de tu impotencia absoluta, de tus dolores de Cruz. También en ese momento confórtame con tu gracia, con la esperanza de la Vida Eterna. Señor, Tú has muerto por nosotros, por cada uno de nosotros. No olvides tu propia muerte cuando llegue la nuestra. A nadie olvidas, Señor; por eso nuestra muerte es una participación de la tuya, es el juicio del que salimos justificados por tu misericordia. Amén.

RESURRECCION DE LOS MUERTOS

¡Oh, Dios mío!, cuando presto atención a la esperanza de eternidad que en mí alienta me asalta una extraña dificultad. Por una parte, rehusó hablar del «alma», que sólo a través del pórtico puede acceder a la vida. No me agrada hablar de la inmortalidad exclusiva del alma, puesto que yo me experimento a mí mismo como un ser inexcusablemente corporal, y esto sin hacer mención de otras dificultades teológicas que un tal lenguaje comportaría. Por otra parte, tiendo a imaginar aquel más allá en el que creo de modo totalmente abstracto y desmitologizado. Con un tal pensamiento, ¿qué hacer de las nubes del cielo, las trompetas del juicio, la reunión de los muertos en el valle de Josafat, la súbita apertura de los sepulcros y demás cosas por el estilo? Las imágenes del más allá que ahora poseo me estragan y llegan a empequeñecerme cuando pienso que sólo en la muerte me adentraré en tu poder, en tu amor y en tu beatitud, sin saber cómo ocurrirá todo. Incluso estas frases que acabo de proferir quedan como cautivas de la «analogía» o semejanza de aproximación.

Así pues, ¿es mi fe en el más allá mi convicción en la resurrección de los muertos todavía demasiado poco

«corpórea»? ¿Debo acaso preservarme de la sospecha de ser un puro espiritualista, con una fe cada vez más enteca? Me da, Señor, la impresión de que callas, dejándome sumido en la vacilación de mis fantasías. Voy a dejar a un lado ahora el esfuerzo por establecer los límites conceptuales entre el más allá y la resurrección propiamente dicha; se trataría de una ardua tarea que corresponde a la especulación teológica. Acaso me sea permitido ahora pensar que cuando rehusó esta o aquella imagen del más allá es porque puedo separar la realidad y su representación de ti y de la auténtica resurrección. En el fondo soy incapaz de aceptar del todo mis imágenes del más allá, como, por ejemplo, en qué silla voy a sentarme allí, si es que en el cielo he de tener un cuerpo que ubicar. Sin embargo, creo que puedo decir algo de todo este misterio, pues tu propia realidad y poder no tiene por qué anular todas estas realidades cuyas imágenes son supuestamente recusadas, sino que de modo sublime eres capaz de elevar cuanto el hombre imagina y siente.

Pienso que se toman las cosas demasiado a la ligera cuando uno cree poder desprenderse totalmente de la materia por suponer que ésta no puede referirse personalmente a tu intimidad. En tal situación cree uno quedarse sólo con lo espiritual como plenitud, como si no hubiera de planificarse todo cuando llegue la hora de la culminación total. Ciertamente que la materia y el espíritu experimentarán una transfiguración distinta en el momento en que se manifieste lo que seremos en ti. Sin embargo, la materia puede realísimamente y de forma radical ser elevada y transformada, cuando se cumpla el instante en que advenga nuestra consumación. Sí, Señor, Tú estás muy por encima de nuestras abstracciones y distinciones. Mas de modo para nosotros incomprensible estás próximo a

todo lo que nosotros, no sin cierta razón, percibimos infinitamente lejos de ti. Tú, en efecto, no eres sólo el creador de las cosas más encumbradas, sino el origen de todo. Si no pudiera con razón decirse que Tú estás próximo a la misma materia, podría llegarse a pensar que no la creaste y, como sostienen algunos filósofos, terminaría por creerse que ella es el «anti-Dios».

Por todo esto me gozo en la resurrección. Esta cláusula de nuestra fe no contiene una declaración acerca de una partícula secundaria del mundo. Se trata, más bien, de la afirmación radical en la que Tú, ¡oh, Señor!, no estás como algo extraño y como una realidad con un carácter puramente negativo. Tú has constituido también la materia como el origen más hondo de toda la realidad que se halla en evolución hasta llegar a las cumbres del espíritu con tu misma fuerza. Cuando hablo del cumplimiento exacto de mi existencia he de referirme al ver, a la danza, al gozo jocundo, al gusto y al paladeo, al tacto agradable. No obstante, desconozco cuál ha de ser el puesto de todas estas cosas junto a la visión inmediata de Dios, cabe la eterna e inaprehensible realidad y gloria. Sin embargo, este robusto discurso no puede convertirse en un espiritualismo tan poderoso que termine en un tenue discurso espiritual y metafísico, sólo en apariencia más fácil de entender que sus contrarios. Cuando llegue el día de la plenitud nos veremos sorprendidos de cómo todo será distinto a nuestras fantasías. Ello será así porque la transformación final se adecuará sorprendentemente al actual estado de nuestro ser. Mi espíritu y mi carne se regocijarán en Dios, mi salvador. Y ya que en la eternidad no contará el tiempo, me es indiferente la consideración de si mediará alguna dilación entre la plenificación personal del espíritu y lo que llamamos resurrección. Señor, yo es-

pero en paciencia y esperanza. Espero como un ciego a quien se le ha prometido la irrupción de una luz. Espero en la resurrección de los muertos y de la carne.

BENDICION FINAL

Señor Jesucristo, tanto el comienzo como el fin de cada acción nuestra nos conduce hacia ti. Tú eres el verdadero principio y fin de todo.

Nuestro fin, ¡oh, Señor, es sólo un apuntado comienzo; la tarea asumida, no la plenitud; la buena voluntad, no su cumplimiento. Tú, sin embargo, nos has dado el comenzar. De ti se dice: «Fiel es Aquel que ha comenzado en vosotros la buena obra, pues El mismo la llevará a culminación» (1 Tes 5, 24). Te pedimos que tu incansable gracia esté con nosotros siempre que intentemos llevar a plenitud nuestra vida con todas sus tareas.

Señor, nos está esperando lo ya vivido, lo mismo de siempre. Nosotros, débiles y pecadores, no dejamos de sentirnos rodeados por entornos gastados, por la decrepitud de lo cotidiano, por las tinieblas del futuro, lo mismo hoy que ayer, por la consabida experiencia del hombre viejo. He aquí la razón de que nos falte confianza en nuestras intenciones, en nuestro entusiasmo y en nuestra buena voluntad. Con todo conservamos la confianza en tu gracia, en tu paciencia y misericordia para con nosotros. No te exigimos experimentar tu cercana actualidad con nuestros senti-

mientos de soberbia; con ello sólo nos hacemos aptos para gozar de nosotros mismos. Por lo demás, creemos igualmente que Tú estás con nosotros cada día hasta el fin, incluso hasta aquel fin en que tendremos que apurar el amargo cáliz de tu muerte. Tú estás con nosotros; eso nos basta. Permanece con nosotros; he aquí nuestra súplica. Permanece junto a nosotros con el Espíritu Santo, con el Espíritu del santo temor de Dios, con el Espíritu de la comunión, con el Espíritu de la humildad y del sentimiento puro que nos impide deshonrar a Dios con nuestro pecado, con el Espíritu del coraje y la responsabilidad ante la tarea de evangelizar y extender tu Reino en todo el mundo, con el Espíritu de la magnanimidad y de la grandeza de corazón; permanece, por fin, junto a nosotros, con la gracia del amor a tu Santa Cruz. Puesto que Tú eres el Pan santo para los peregrinos que se mueven entre el tiempo y la eternidad, haz que te recibamos con fe sincera y amor verdadero, ¡oh, Tú, Dios de mi vida, fuente de todo don, poder sobre la muerte, prenda de Vida Eterna, ceñidor de la caridad entre los hermanos! Concédenos que acojamos como tu propia cruz y como participación en la muerte que manifiesta tu Vida todo aquello que contradice nuestros planes y propósitos. Llena nuestro corazón con el poder de tu eterna victoria y con la esperanza inquebrantable en que tu Reino se manifiesta victorioso justamente allí donde se desploman sobre nosotros los fracasos aparentes.

Señor, Tú lo ves, te pedimos sólo una cosa: que permanezcas siempre con nosotros y que seamos capaces cada día de seguirte. Te pedimos únicamente que nos des lo que en realidad ya nos has concedido y que lleves en nosotros cuanto en nosotros has comenzado. Sólo una cosa deseamos: parecerte a ti, Señor. Y puesto que Tú eres el amor de Dios hecho car-

ne, tenemos la certidumbre de que estás escuchando nuestras plegarias. Tú te nos has entregado. Sí, Señor, has introducido tu propio destino en la historia del mundo y de la humanidad. Por ello te has convertido en nuestro amigo y hermano, en el compañero de nuestra existencia. En todo te has hecho igual a nosotros. Y no te repugna quedarte con nosotros y hacer tuyas nuestras cosas todas. Tú atiendes siempre nuestras súplicas. La petición de que te quedes en nuestra compañía es ya fruto maduro de tu permanencia entre nosotros.

A ti se te ha confiado cuanto somos y tenemos: nuestra salvación y vocación, nuestro quehacer y nuestra familia, nuestra vida y nuestra muerte. Así queremos exponerte lo que constituye la suma de todo querer y pedirte: Toma, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Tú me lo diste, a ti, Señor, lo torno; todo es tuyo, dispón de ello conforme a tu voluntad. Dame tu amor y tu gracia, que ésta me basta. Amén.

ORACION POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

¡Oh, Dios!, Tú eres la razón última de la unidad y la fuerza para la unión. Clamamos a ti para pedirte concedas a las iglesias cristianas separadas aquella unidad que se conforma con la voluntad de nuestro Señor Jesucristo. Bien sabemos que nos corresponde poner de nuestra parte cuanto sea posible para conseguir que tal unidad sea pronto una realidad, pues de nosotros y no de ti provienen las divisiones entre las iglesias cristianas. Pero es justamente este nuestro empeño un don de tu gracia que sólo puede llevar a plenitud el propósito de la unión. Por eso habrá de comenzar todo nuestro esfuerzo con la sencilla plegaria: ¡Oh, Señor, danos lo que Tú mismo nos mandas!

En todas las iglesias cristianas hay fe en que todos los bautizados lo somos en la Santísima Trinidad y que por el Bautismo somos renacidos en la Vida Eterna en la fuerza del Espíritu Santo, el cual, como esperamos, ha tomado posesión de nosotros desde el centro de nuestra existencia. Si esto es así, ya se da entre nosotros los cristianos aquella divina unidad que Tú mismo eres. Pero cuando pedimos por la unidad estamos refiriéndonos a una unidad corpórea y espiritual de la Iglesia. Este don ya ha sido fundamentalmente con-

cedido, pero su plenitud será ante el mundo y la historia la prueba de que la Iglesia es sacramento verdadero y evidente de la salvación.

La unidad de las iglesias es un quehacer nuestro. Pero te queremos pedir que tu Espíritu llene a todas las iglesias de aquel sano temor de seguir infligiendo al Cuerpo de tu Hijo, que es la Iglesia, aquellos perjuicios que provienen de nuestros pecados: de la búsqueda de dominio, de la arrogancia, de la pasión incontrolada por el propio criterio, del fanatismo inmisericorde, de la angostura de nuestro propio espíritu, incapaz de tolerar que tu verdad única sea proclamada por muchas lenguas y en modos muy diversos. Con todo esto nosotros, hombres pecadores, nos colocamos en lugar de tu Verdad.

Danos prudencia y sabiduría en nuestro pobre quehacer para que no caigamos en la tentación de crear más desunión en la Iglesia por culpa de un celo desordenado por la misma unión. Da claridad de visión a los pastores de las iglesias, concédeles valor, de modo que se preocupen más por la unidad de sus iglesias según tu voluntad para el futuro que por las diferencias procedentes del pasado.

Haz que los que están al frente de las iglesias tengan audacia para impulsar la Historia de la Iglesia hacia la novedad sin buscar legitimaciones absolutas únicamente en el pasado. Concédeles la convicción gozosa de que en la única Iglesia futura habrán de tener cabida muchas más cosas procedentes del pasado de cada Iglesia de cuanto una mentalidad miope o timorata piensa, y que parte de la constatación de que estas mismas cosas originaron división en el pasado. Otorga a los responsables últimos de las iglesias la certeza de que la unidad no tiene nada que ver con aquella uniformidad por la que una sola iglesia se

hace norma de todas las demás, sino que ésta comprenda que es la reconciliación de la pluralidad en la Iglesia.

Para alcanzar la unidad exigida por Jesús a sus discípulos, cada uno ha de reconocer la buena voluntad en el corazón de sus hermanos separados. Y, no obstante, nosotros, pecadores de todas las iglesias, hemos de reconocer que tal voluntad no es ostensiblemente ardiente, valerosa y creadora como tendría que ser. Si no fuera por estos nuestros pecados, la unidad, que es nuestro quehacer, sería ya una realidad. Te pedimos, ¡oh, Dios santo y misericordioso!, la voluntad decidida de la unidad que Tú nos exiges. Cuando nuestro corazón nos acuse de estar demasiado poco poseído por el omnipotente espíritu de tu unidad, no permitas que nos desanimemos. Que entonces seamos todavía capaces de confiar en que esta debilidad nuestra llena de pecado está como envuelta en tu perdón y en aquella unidad de los cristianos que Tú ya nos has concedido. Amén.

CONCLUSION

Queridos hermanos, concluyamos silenciosamente. Que nuestro desproporcionado fragor y nuestras palabras falaces no apaguen aquel silencio de Dios, que, no obstante, es Palabra de Gracia. Digamos: «¡Oh, Dios, ayuda mi incredulidad!». Concédeme el don de creer en Jesucristo, Señor nuestro, en su Evangelio y en su gracia salvadora.

Entre las publicaciones más antiguas de Karl Rahner pueden enumerarse los textos oracionales. La colección «Palabras al Silencio», que apareció en forma de libro en 1938 y que pronto alcanzó gran difusión gracias a las abundantísimas traducciones del mismo, pertenece a la época en que el autor se ocupaba de estudios filosóficos¹. Ya en 1936 se hallaba ultimada su gran obra, *Geist in Welt*. Sin embargo, la primera edición de este libro no vio la luz hasta 1939. La segunda gran colección de textos oracionales y de meditaciones apareció diez años después (1949) bajo el título *Heilige Stunde und Passionsandacht*. Junto con su hermano Hugo, el autor dio a la publicidad en 1958 el tomito *Gebete der Einkehr*. Contenía textos que, en un primer momento, fueron expuestos verbalmente en la catedral de Münster en 1951 y que posteriormente se fueron completando con otras oraciones. Pretendía traducir en palabras el diálogo del alma con Dios «según los Ejercicios Espirituales de

¹ Para un conocimiento de la bibliografía de Karl Rahner, confróntese LEHMAN, K., *Karl Rahner. Ein Porträt*, en LEHMAN, K., y RAFFELT, A., *Rechenschaft des Glaubens*. Zürich, 1979, y Freiburg, 1982, pp. 13-46.

San Ignacio»². Como tales fueron estas oraciones rezadas en diversas tandas de ejercicios predicadas por el propio Rahner (cf., por ejemplo, *Betrachtung zum ignatianischen Exerziten*, de 1965). Aun cuando posteriormente a la fecha indicada Rahner no volvió a preparar expresamente ninguna colección de textos oracionales, éstos se hallan acá y allá en todos sus escritos espirituales. En este sentido tales textos se encuentran en estrecha conexión con el conjunto de sus trabajos teológicos y científicos. Particularmente hermoso resulta el ejemplo que nos brindan las tres oraciones *Gebete der Besinnung*³. Ellas fueron concebidas originalmente como tres sermones de Adviento pronunciados en la catedral de Münster, en 1967, por invitación de la Asociación de Estudiantes Católicos. Fueron publicadas dentro del pequeño volumen *Ich glaube an Jesus Christus*, en 1968. Con el paso del tiempo esta obrita ha llegado a ser considerada como una de las más importantes e impresionantes contribuciones de Karl Rahner a la Cristología.

Un rápido recorrido por la historia de las obras de Rahner revela que las demás oraciones nacen en períodos de tiempo más dilatados y dentro de los más variados contextos. El hecho de que su lenguaje religioso haya sufrido variaciones en el decurso de casi medio siglo es algo que se explica por sí mismo. No hemos buscado ocultar tal evidencia sirviéndonos de retoques o manipulaciones de los textos.

Para aquellos lectores que se interesen por la teología puede resultar excitante conocer la conexión

² RAHNER, K., «Vorwort zu K. Rahner und Hugo Rahner», en *Worte in Schweigen. Gebete der Einkehr*. Freiburg, 1973, p. 7.

³ En este librito se hallan bajo el título de «Seguimiento en el amor al prójimo», «La Palabra de Dios, como promesa para mí» y «Encuentro con Jesús».

entre estos textos oracionales de Karl Rahner y el conjunto de su obra teológica. Resulta particularmente evidente la comprobación de que en los textos oracionales más antiguos del autor se halla un paralelismo con respecto a sus investigaciones filosóficas en torno a la trascendencia del conocimiento. Con tales consideraciones puede llegarse a comprender cómo los esfuerzos intelectuales de Rahner han encontrado su propio «lugar espiritual» y un adecuado complemento en el conocimiento experiencial de Dios. En esta línea hay que afirmar que estos textos oracionales son decisivos para el conocimiento del desarrollo de la cristología rahneriana⁴. Lo cual se logra, sobre todo, confrontando las especulaciones cristológicas de Rahner con las *Gebete der Besinnung* ya mencionadas.

Sin embargo, el objetivo primordial de esta colección no consiste en convertirse en puro subsidio para el trabajo teológico. Se trata, más bien, de poner a disposición de cuantos deseen orar y meditar un conjunto de textos oracionales provenientes de un gran maestro de la teología y la espiritualidad. Vale también para este libro lo que Rahner escribió en 1972 como introducción a la primera edición de las *Gebete der Einkehr*: «Estas oraciones no desean contradecirse en modo alguno con sus fuentes de inspiración... Ellas intentan traer a las mentes sobre todo las intenciones y necesidades de los estudiantes. Sin embargo, a través de ellas, se expresan aquí los gozos y esperanzas de todos los cristianos. Incluso la plegaria de quien ya es sacerdote o aspira a serlo puede tener algún valor para cualquiera que se ponga en oración, ya que todo cristiano debe saber qué es lo que anida en el corazón

⁴ Para ello confrontar las breves anotaciones del propio K. Rahner, en *Karl Rahner im Gespräch*. München, 1982, vol. I, páginas 240-242.

de un hombre a quien, de algún modo, se confía el propio destino eterno»⁵. El título de esta colección pretende proponer en forma abreviada y clara las mismas intenciones de Karl Rahner.

El propio autor advierte que la fuerza verdadera de estas oraciones nada tiene que ver con el uso repetitivo que de ellas se haga: «Naturalmente, no es posible hacer un uso fácil e inmediato de las oraciones aquí recogidas; no pueden llevarse ante Dios tal como aquí aparecen. Nadie puede pretender que sean sino una sugerencia, una incitación a ver esto o aquello con más caridad, pero siempre según el estilo y talante que cada cual perciba en su corazón y con las palabras que se desee dirigir a Dios. Se trata de aportar novedad y riqueza a la oración de cada uno en aquellos puntos en que, de no ser por nuestra ayuda, se tendería a pasar por alto aspectos importantes. Pero aun en el caso de que alguien aceptase la propia oración según el modelo que aquí se le ofrece y se acogiera a su formulación, no sabría con certidumbre y seguridad si el centro más íntimo de su hombre interior une su voz plena a estas palabras. Cada uno ha de estar atento al Espíritu de Dios, que, según San Pablo, clama con gemidos inefables; conforme a este mismo Espíritu, cada uno ha de pedir lo que es digno de ser escuchado. En fin, cada uno ha de intentar hacer su propia oración. Acaso este librito pueda prestarle una modesta ayuda. Las oraciones privadas, es decir, aquellas formulaciones oracionales de carácter particular, tienen todo derecho a ser "subjetivas". Nadie está autorizado a hacer por ello reproche alguno».

Si alguien quiere ocuparse todavía del trabajo «teológico», utilizando como tema la oración de Rahner,

⁵ Cf. la nota 2.

deberá buscar sobre todo sus sermones de Munich de 1964, aparecidos bajo el título *Von der Not und Segen des Gebetes*. Este librito se ha difundido ampliamente gracias a sus muchas ediciones, así como a las traducciones que de él se han hecho a varios idiomas⁶. Finalmente, son dignos de mención aquellos pasajes que tratan sobre la oración y que se contienen en los libros de Rahner *Rechenschaft des Glaubens*⁷ y *Praxis des Glaubens*⁸.

NOTA FINAL A LA TERCERA EDICIÓN ALEMANA

Karl Rahner pudo recibir todavía en vida la primera edición de este libro como regalo de su 80 cumpleaños. Su inesperada muerte, el 30 de marzo de 1984, hizo que este presente tuviera carácter de despedida. La última edición que aquí ofrecemos está enriquecida con el texto de la oración de los enfermos y con una plegaria por la unidad de los cristianos.

⁶ Este tomo ha aparecido por fin como volumen 647 de la «Herderbücherei». Freiburg, 1980.

⁷ Cf. la nota 1.

⁸ RAHNER, K., *Praxis des Glaubens*, edit. por Karl Lehmann y Albert Raffelt. Zürich, 1982, y Freiburg, 1984, pp. 137-161.

INDICACION DE FUENTES

- Betrachtungen zum ignatianischen Exerzitienbuch*, Kösel, Munich, 1985 (Betr.).
- Worte vom Kreuz*, Herder, Freiburg, 1980 (W. Kr.).
- Fieles a la tierra*, Herder, Barcelona, 1971 (Fi.).
- Heilige Stunde und Passionsandacht*, 4.^a ed., Herder, Freiburg, 1965 (Hl.).
- Hilfe zum glauben* (juntamente con A. Exeler y J. B. Metz), Zurich, 1968 (Hfe.).
- Im Heute glauben*, 2.^a ed., Benziger, Einsiedeln, 1968 (Im.).
- Ich glaube an Jesus Christus*, Benziger, Einsiedeln, 1968 (Ich).
- Siervos de Dios*, Herder, Barcelona, 1967 (Si).
- María, Madre del Señor*, Herder, Barcelona, 1967 (Ma.).
- Escritos de Teología*, VII, Taurus, Madrid, 1967 (Es.).
- Was sollen wir jetzt tun?*, Herder, Freiburg, 1974 (Was).
- Gebete der Einkehr* (juntamente con Hugo Rahner), Herder, Freiburg, 1973 (Geb.).
- Palabras al silencio*, 6.^a ed., Ed. Verbo Divino, Estella, 1981 (Pa.).
- Worte vom Kreuz*, Herder, Freiburg, 1980 (W. Kr.).
- Comienzo*: Was, 59; *Ante Dios*: Geb., 81-85; *Dios de mi vida*: Pa., 11-19; *Dios del conocimiento*: Pa., 43-50; *Dios de mis oraciones*: Pa., 33-40; *Dios de la ley*: Pa.,

53-64; *Dios de mi Señor Jesucristo*: Pa., 23-30; *Alabanza de la creación*: inédita; *Cristo todo en todas las cosas*: Geb., 116; *Oración de Nochebuena*: Es., 140; *Meditación de la Pasión*: Hl., 41; *Las siete palabras de Jesús*, Hl., 43-64, y W. Kr., 49; *El presente de Jesús y de su vida*: Hl., 9-18; *La presencia de la agonía de Jesús en Getsemaní*: Hl., 18-27; *La presencia de la agonía de Jesús en nosotros*: Hl., 27-37; *Ascensión y presencia del Señor*: Es., 195; *Seguimiento de Cristo*: Geb., 95-97; *Seguimiento en el amor al prójimo*: Ich, 66; *La Palabra de Dios, como promesa para mí*: Ich, 66; *Encuentro con Jesús*: Ich, 67; *Espíritu Santo*: Fi., 95-98; *Liberado por Dios*: Hfe., 56; *Dios de mi vida cotidiana*: Pa., 67-75; *Vivir por la gracia*: Geb., 98-100; *Oración para pedir la esperanza*: Fi., 235-240; *Oración de mi apostolado*: Pa., 99-107; *Dios de mis hermanos*: Pa., 89-96; *Miseria y pecado*: Betr., 288-290; *Por la Iglesia*: inédita; *Hacia el sacerdocio*: Geb., 110; *Oración de un candidato en la víspera de su ordenación sacerdotal*: Si., 250-257; *Oración para implorar el verdadero espíritu del sacerdocio de Cristo*: Si., 258-260; *El Sacramento del Altar*: Geb., 104-106; *Eucaristía y vida cotidiana*: Es., 239; *Oración de un laico*: inédita; *Para pedir la justicia y la fraternidad*: inédita; *Oración por la paz*: inédita; *Oración por los que se dedican a una actividad creadora en el campo del espíritu*: Es., 432-434; *María*: Ma., 139-143; *Oración a Santo Tomás de Aquino*: inédita; *Dios de los vivos*: Pa., 79-86; *Dios que ha de venir*: Pa., 111-119; *Entre la gracia y el juicio*: Geb., 92-94; *Resurrección de los muertos*: inédita; *Bendición final*: Geb., 123-125; *Oración por la unidad de los cristianos*: inédita; *Conclusión*: Im., 53.

PUBLICACIONES CLARETIANAS agradece a las editoriales Herder, de Freiburg; Benziger, de Zurich; Kösel, de Munich; Otto Müller, de Salzburgo; Herder, de Barcelona; Verbo Divino, de Estella, y Taurus,

de Madrid, las facilidades prestadas para la edición castellana de *Oraciones de vida*, de Karl Rahner.

Domiciano Fernández, Bonifacio Fernández, Nicolás Tello y Pedro Sarmiento han hecho la versión castellana de los textos de las obras que en la indicación de fuentes aparecen en alemán.

Publicaciones del Instituto Teológico de Vida Religiosa

SEMANAS NACIONALES DE VIDA RELIGIOSA:

III.—*Unidad, pluralismo y pluriformidad en la vida religiosa*, Páginas 484.

VI.—*Experiencia de Dios y compromiso temporal de los religiosos* 2.ª edic. Págs. 344.

VII.—*Responsabilidades eclesiales y sociales de los religiosos*. Páginas 340.

VIII.—*Religiosos en una sociedad laica*. Págs. 350.

IX.—*La solidaridad de los Religiosos*. Págs. 310.

XI.—*Religiosos en un mundo inhumano*. Págs. 282.

XII.—*Los religiosos ante la actual situación española*. Págs. 272

XIII.—*Religiosos al servicio de la reconciliación*. Págs. 200.

XIV.—*Religiosos del Pueblo de Dios, a veinte años del Concilio*. Páginas 232.

XV.—*María en la vida religiosa*. Págs. 336.

SERIE MAJOR

* SEVERINO M.ª ALONSO, CMF., *La vida consagrada. Síntesis teológica* 8.ª edic. Págs. XXIV + 456.

* GERARDO PASTOR, CMF., *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*. Págs. 368.

* J. M. R. TILLARD, OP., *El proyecto de vida de los religiosos*, 3.ª edición Páginas 518.

* J. M. R. TILLARD, OP., *Religiosos, un camino de evangelio*, 3.ª edición Páginas 260.